

SPANISCHE FORSCHUNGEN  
DER GÖRRESGESELLSCHAFT

HERAUSGEGEBEN VON IHREM SPANISCHEN KURATORIUM  
H. FINKE, M. HONECKER, G. SCHREIBER

ERSTE REIHE

GESAMMELTE AUFSÄTZE  
ZUR KULTURGESCHICHTE SPANIENS

7. BAND



MONUMENTA GERMANIAE  
HISTORICA  
Bibliothek



MÜNSTER IN WESTFALEN 1938  
ASCHENDORFFSCHE VERLAGSBUCHHANDLUNG

GESAMMELTE AUFSÄTZE  
ZUR KULTURGESCHICHTE  
SPANIENS

7. BAND

IN VERBINDUNG MIT

M. HONECKER UND G. SCHREIBER

HERAUSGEGEBEN VON

H. FINKE



MÜNSTER IN WESTFALEN 1938  
ASCHENDORFFSCHE VERLAGSBUCHHANDLUNG

X 212-39

hatte er viel gewonnen. Und so darf man überhaupt wohl den ganzen Entwicklungsgang des landesherrlichen Kirchenregimentes in Aragon und in Spanien dahin kennzeichnen, daß die landesherrliche Gewalt ihre außerordentlichen Erfolge, die freilich für das Volk nicht immer zum Segen ausschlugen, durch eine lange Reihe von „Niederlagen“ errang. Nicht mit Unrecht wird man die Zeit des Großen Schismas als den Angelpunkt dieser Entwicklung ansprechen.

Nicht so, als ob die Apostolische Kammer an der Römischen Kurie nun dem Absterben nahe kam; theoretisch hielt sie mit aller Zähigkeit ihren Rechtsanspruch betreffs ihrer Mittelbeschaffung aufrecht und arbeitete demgemäß auch in der Praxis zielbewußt weiter. Man hat oft hervorgehoben, wie das staatliche und das kirchlich-kuriale Finanzgebaren in ihrem geschichtlichen Werdegang sich gegenseitig beeinflussten<sup>1</sup>. Man soll diesen Gesichtspunkt auch auf unsern Fall anwenden. Der König hat durch sein Zugreifen in der Zeit des Schismas, die uns hier beschäftigte, nicht nur der Apostolischen Kammer namhafte Beträge entnehmen können, er hat sie mit seiner straffen Geschäftsführung zugleich auch in ungewohnt wirksamer Weise lebendig erhalten und vielleicht sogar ausgebaut. Dieser Kraftzustrom hielt noch länger an. Er äußerte sich nicht zuletzt darin, daß mancher Klage des Königs über die Apostolische Kammer einfach der Mund verstopft wurde durch die Erwägung, daß der König selbst seinerzeit im Namen der Apostolischen Kammer ebenso verfahren sei.

Das Leben webte im Spiel der Kräfte über die Grenzpfähle der beiden Gewalten hinweg so enge Wechselbeziehungen, daß der eine dem andern zu geben hatte, auch wenn er ihm etwas zu nehmen glaubte.

<sup>1</sup> Vgl. z. B. Göller, Die Einnahmen unter Johann XXII, S. 29\*. J. Vincke, Die Krone von Aragon und die Anfänge der päpstlichen Annaten. Römische Quartalschrift (1932) S. 177 ff. G. Mollet, A propos du droit de dépouille. Revue d'Histoire Ecclésiastique XXIX (1933) S. 316 ff.

## Andanças e Viajes de un hidalgo español

(1436—1439)

con una descripción de Roma

por José Vives

*A los hidalgos españoles de hoy*

No es ni mucho menos desconocida ni inédita la obra de Pero Tafur de que vamos a ocuparnos. Ya Nicolás Antonio la cita en su importante bibliografía<sup>1</sup> y, después, todos los manuales de Literatura española le han dedicado algunos párrafos, los que merecía por su valor literario que no es grande. En cambio su valor histórico, que es mucho mayor, no ha sido suficientemente apreciado a nuestro humilde entender por la historiografía moderna<sup>2</sup>. Ello ha sido debido quizá a que la edición que la dió a conocer, en 1874, se publicó en una colección de libros raros y no era ni mucho menos satisfactoria, como no lo son, con alguna excepción, los trabajos especiales que sobre ella se han escrito después, según vamos a ver.

### Literatura sobre Tafur

La primera edición<sup>3</sup> apareció en el año citado en la «Colección de libros españoles raros o curiosos», en un abultado tomo de más de 600 páginas dividido

<sup>1</sup> Nicolás Antonio, Bibliotheca hisp. vetus, II, p. 254.

<sup>2</sup> Tafur no da ciertamente noticias históricas o arqueológicas tan interesantes que merezcan ser citadas en las historias generales de los países que visitó; pero sí para que lo fueran en trabajos muy especializados. Así, siendo tan minucioso el aprovechamiento de las noticias sobre la Roma medioeval, no sabemos que nadie haya aprovechado las que da Tafur que ofrecen alguna novedad. La gran obra bibliográfica de Calvi: Bibliografía generale di Roma, la desconoce en absoluto. Con mayor motivo debía ser citada la obra de Tafur en el libro de J. Ebersolt, Constantinople byzantine et les voyageurs de Levant (Paris 1918), pues en ella el autor se esmera en hacer mención de todos los viajeros occidentales del Medioevo que dijeron algo de aquella ciudad, aun de algunos, que, como Gilles le Bouvier, solo escribieron algunas líneas sobre ella, mientras que Tafur escribió algunas páginas ciertamente interesantes y con alguna noticia del todo nueva.

<sup>3</sup> Andanças e viajes de Pero Tafur por diversas partes del mundo avidos (1435—1439), por J. Jiménez de la Espada en la «Colección de libros españoles raros o curiosos, t. VIII». Madrid 1874. XXVIII-618 págs. 12.<sup>o</sup>

en dos volúmenes; el primero (págs. 1—302) con el texto limpio y escueto, precedido de una introducción (p. 1—XXVII), en la que se dice bien poca cosa del autor y de su obra, y seguido de un vocabulario geográfico no completo (p. 303—320). En el segundo volumen van las ilustraciones y notas (p. 321—615) que ocupan casi 300 páginas<sup>4</sup>. La edición la preparó J. Jiménez de la Espada a base de un manuscrito único muy tardío<sup>5</sup>, de principios del siglo XVIII, existente entonces en la Biblioteca patrimonial. Las ilustraciones y notas representan ciertamente un trabajo impropio y muy meritorio, pero adolecen de dos graves defectos: disposición antimetódica<sup>6</sup>, que hace difícil y enojosa su consulta, y digresiones interminables que sirven bien poca cosa para ilustrar el texto. En realidad Jiménez de la Espada se propuso como tarea principal el componer un «Diccionario biográfico», con noticias de desmesurada extensión<sup>7</sup>, del gran número de personalidades (no todas, pues algunas ni constan en la lista) citadas por Tafur en sus *Andanças*, dejando en cambio en lugar muy secundario o tocando muy de paso los puntos más interesantes que acostumbra a ser estudiados en esta clase de ediciones, por ejemplo: tiempo en que fué escrita la obra, tiempo del viaje, historicidad, etc.

Morel-Fatio, el sabio hispanista, hizo el año siguiente (1875) una recensión<sup>8</sup> crítica de la edición con algunas atinadas observaciones, pero sin tiempo, según el manifiesto, para examinar el gran caudal de notas, mal dispuestas, de Jiménez. Se atrevió, de paso, a emitir alguna sospecha sobre la veracidad de Tafur, lo que motivó una réplica, al parecer algo destemplada, del editor<sup>9</sup>.

En 1881 aparecían casi a un mismo tiempo en Alemania e Italia dos artículos sobre el libro de Tafur, firmados respectivamente por W. Heyd y C. Desimoni. Ambos se limitan casi exclusivamente a comentar el encuentro

<sup>4</sup> Van así distribuidas: Catálogo biográfico, págs. 321—558; notas, p. 559—604; glosario, p. 605—615.

<sup>5</sup> Es una copia en 91 fols., letra de comienzos del siglo XVIII, que procede de la librería del Colegio mayor de S. Bartolomé de Cuenca, en Salamanca. En 1874, cuando lo copió Jiménez de la Espada, estaba en la biblioteca del palacio real de Madrid, llamada entonces Biblioteca patrimonial, más tarde Biblioteca real y últimamente Biblioteca de Palacio. Dadas las actuales circunstancias, no era posible saber nada más de él. Dios sabe donde para!

<sup>6</sup> El «vocabulario geográfico», que no es completo, no da nunca la referencia a las páginas del texto. En el «Catálogo biográfico» solo raras veces se dan aquellas referencias y en el orden alfabético se siguen diversos sistemas. En la sección llamada «notas» si hay las referencias a las páginas, pero en cambio en el texto no hay ninguna llamada.

<sup>7</sup> Al obispo de Burgos, Alonso de Cartagena, le van dedicadas 20 páginas. De varios personajes que solo son citados incidentalmente en el texto de Tafur se escriben cinco o seis páginas. De lo cual resulta que las notas que realmente servirían para ilustrar el texto se han de ir a pescar en un mar de digresiones extemporáneas. Cualquiera tiene paciencia para ello!

<sup>8</sup> Revue critique d'Histoire et de Littérature, IX (1875, 1) 135—141

<sup>9</sup> Revista Europea, 2 mayo 1875 (que no hemos visto). Morel-Fatio contestó a esta réplica en la revista y tomo antes citados, p. 380—383.

de Tafur con Nicolò de' Conti en el Sinaí. Corto y bien redactado el de Heyd<sup>10</sup>, pero, como ya se ve por su título, no intenta hablar principalmente de Tafur; más largo el de Desimoni<sup>11</sup>, pero algo superficial y muy desigual, pues se le escapan no pocos disparates, debidos en parte a su limitado conocimiento de la lengua española.

En 1887 dió C. Häbler<sup>12</sup> una traducción alemana sin comentarios de la parte del viaje por tierras del imperio germánico y países limítrofes, no completa, pues suprime los pasajes que le parecen menos interesantes.

En 1902 aportó R. Ramírez de Arellano<sup>13</sup> algunas interesantes notas documentales sobre Tafur y su familia, referentes, pero, todas a los últimos años de su vida, es decir mucho después de escrito el viaje. Esta parte del trabajo ofrece naturalmente no poco interés. En cambio en la parte de dicho artículo que trata de las *Andanças* en general se contenta el autor en reproducir poco más o menos lo que dijo Jiménez, o, en lo que le contradice, estuvo, como diremos después, muy poco afortunado.

En 1926 publicaron K. Stehlin y R. Thommen el único trabajo sobre Tafur digno de la ciencia y crítica modernas<sup>14</sup>. Desgraciadamente estudian tan solo una pequeña parte del viaje, la referente a las tierras recorridas por nuestro viajero al Norte de los Alpes. Después de unas breves notas introductorias, dan la traducción alemana de aquella parte del texto con excelentes notas históricas o topográficas y un registro muy útil. Las notas concisas y claras dicen todo lo que puede ilustrar el texto sin nada superfluo; podrán servir de modelo para la futura y definitiva edición del libro cuatrocentista. La traducción es buena y hecha con mucho cuidado; pero ya que los autores se propusieron que pudiera servir de fuente para los historiadores y para ello consultaron con algunos sabios de diversos países, es de lamentar no consultaran también con alguno de español que les hubiera hecho ver algunas incorrecciones y a lo menos un par de disparates que la afean<sup>15</sup>.

<sup>10</sup> W. Heyd, Der Reisende Nicolò de' Conti, en: Ausland (1881, 2) 481—483.

<sup>11</sup> C. Desimoni, Pero Tafur, i suoi viaggi e il suo incontro col veneziano Nicolò de' Conti, en: Atti della Società Ligure di Storia patria, XV (1881) 329—352. Véase la serie de disparates más adelante, p. 51.

<sup>12</sup> K. Häbler, Peter Tafurs Reisen im Deutschen Reiche in den Jahren 1438—1439, en: Zeitschrift für allg. Geschichte, Kultur u. Literatur, IV (1887) 502—529.

<sup>13</sup> R. Ramírez de Arellano, Estudios biográficos: Pero Tafur, en: Boletín de la real Academia de la Historia, XLI (1901) 273—293.

<sup>14</sup> K. Stehlin, R. Thommen, Aus der Reisebeschreibung des Pero Tafur, 1438 und 1439, en: Basler Zeitschrift für Geschichte u. Altertumskunde, XXV (1926) 45—107.

<sup>15</sup> He ahí las que hemos notado: A p. 52, no sabiendo bien lo que significa «sobrados», traducen «Dachvorsprungen» y añaden en nota 19: «Könnte auch vorspringende Obergeschosse bedeuten». Pero sobrados significa sencillamente, según el Diccionario de la Academia española (ed. de 1925), pisos o Obergeschosse. El mismo Tafur dice hablando de las casas de Génova: «son torres de quatro o cinco sobrados» (p. 12). — Más grave es el error de p. 71, cuando traducen «quien se pagase de ir» por «die sich dafür bezahlen lassen».

En el mismo año de 1926 publicaba M. Letts en la colección «The Broadway Travellers» una traducción inglesa de todo el libro de Tafur<sup>16</sup>. No la hemos visto. Por la corta nota bibliográfica que le dedica la *English hist. Review*<sup>17</sup> deducimos que debe contener mucha cosa útil y que responde bien al carácter de dicha colección. Sin embargo nos atrevemos a esperar que nuestro trabajo en su mayor parte no será superfluo aun después de tal publicación, pues en ella no se habrá dado gran importancia a las principales cuestiones que aquí tratamos. Es ya muy significativo que en el título de dicha edición se persista en el grave error de suponer que el viaje de Tafur empezó en 1435. Por otra parte parece que la tal versión inglesa ha sido poco conocida y utilizada en el Continente y especialmente en España<sup>18</sup>.

Un interesante, demasiado corto, comentario a la descripción de Constantinopla hecha por Tafur publicó Ch. Diehl en 1932<sup>19</sup>.

Por fin en 1934 J. M. Ramos ha publicado una nueva edición de las Andanças sin ninguna nota<sup>20</sup>. El texto va precedido de un estudio preliminar, un resumen de lo dicho por Jiménez de la Espada y Ramírez de Arellano, sin nada de cosecha propia, y seguido de un glosario. Es una edición para divulgar el texto y nada más.

Esta es toda la literatura especial que hemos sabido encontrar sobre Tafur. Sin prejuzgar el valor de la edición de Letts que no hemos podido ver, podemos decir que falta principalmente el estudio preli-

Pagar = bezahlen, pero el reflexivo «pagarse» solo puede significar, según el citado diccionario, «afanarse» o bien, y así es en nuestro caso, «agradarse». Inútil decir que toda la frase cambia completamente de sentido. Sea dicho en descargo de los autores que el pasaje es oscuro y seguramente corrompido. El sentido general, pero, es obvio y muy distinto del que le han dado los traductores. —Un error más bien de interpretación que de traducción es el de traducir el presente indicativo «tiene» por el pretérito «hatte» en el pasaje referente a Isabel, esposa de Alberto, p. 99. Por fin nos permitimos anotar otra errata que no nos explicamos bien. El texto de Jiménez (ejemplar de la Biblioteca de la Univ. de Freiburg i. Br.) habla a p. 283 de una casa de «Laesendorf» que los autores transcriben «Laesendorf» advirtiendo en nota que nos resulta incomprendible: «In der Ausgabe von Jiménez (sic) infolge eines Druckfehlers Laesendorf geschrieben. Laxendorf ist . . .», p. 99. De quien es la equivocación?

<sup>16</sup> Pero Tafur Travels and Adventures 1435—1439. Transl. and ed. with an introd. by M. Letts (Londres 1926), XVI-262 p., 8 ilustr., 1 mapa (nota bibliogr. de Rev. Hist. écel. 1927, Bibl., n. 1935).

<sup>17</sup> English hist. Review, XLII (1927) 459—460.

<sup>18</sup> Las tres recensiones o notas bibliográficas que menciona la Revue d'Hist. écel. (Bibl. de 1927, n. 7691) son todas de revistas inglesas, ninguna de revistas del Continente. Aunque parece que no podía faltar la nota bibliográfica de tal edición en la preciosa «Bibliografía» de la Revista de Filología española, no hemos sabido encontrarla en ella.

<sup>19</sup> Un voyageur espagnol a Constantinople au XV<sup>e</sup> siècle, en: Melanges Glotz (Paris 1932), p. 319—327.

<sup>20</sup> Andanças e viajes de Pero Tafur por diversas partes del mundo avidos (1435—1439), estudio y glosario por J. M. Ramos (Madrid 1934).

minar de conjunto que debiera haber ido al frente de una buena edición y que se echa de menos en las dos españolas conocidas. También sería de desear un comentario histórico preciso de todo el texto por el estilo del que Stehlin y Thommen han escrito sobre una de sus partes, según hemos dicho.

Con el presente trabajo intentamos llenar en parte estos vacíos. En primer lugar vamos a escribir una introducción general examinando con alguna detención y resolviendo las cuestiones referentes a la patria del autor, al tiempo en que fué escrita su obra, a la época y duración del viaje y a la historicidad de la narración.

En segundo lugar daremos un resumen del relato, siguiendo el itinerario y haciendo resaltar lo más interesante que es, como se comprende, lo que él cuenta como testigo ocular.

Por fin estudiaremos con bastante detalle dos capítulos del texto: el encuentro de nuestro viajero con el veneciano Nicolò de' Conti y la descripción de Roma.

*Advertencia.* En la transcripción de varios fragmentos del texto de Jiménez nos hemos permitido algunas libertades puramente ortográficas, sin importancia en un estudio histórico, sobre todo teniendo en cuenta que dicho texto no representa ciertamente el original, ni mucho menos.

## I. La personalidad de Tafur

### 1. Datos biográficos

Poca cosa sabemos con certeza de la vida de Tafur. En su libro en que, como veremos, se nos presentan bien dibujados su carácter, sus sentimientos, sus ideales, en una palabra toda su alma, son escasas y algo vagas las noticias biográficas. Aparte de ellas solo conocemos los datos documentales, todos referentes a los últimos años de su vida, publicados por Ramírez de Arellano en su ya mencionado trabajo. De lo que dicen algunos autores antiguos sobre él casi puede prescindirse pues es poco de fiar.

Aunque sea contra el orden lógico, empecemos, para ir sobre seguro, por los datos documentales<sup>1</sup>. Tafur sale en documentos de compra y venta o similares, de Córdoba, en 1460, 1469, 1476 y 1477, y, como venticuatro o regidor de dicha ciudad, varias o muchas veces en los libros de actas capitulares del Ayuntamiento, de 1479. En 1480 ya no aparece su nombre en dichas actas, que, por desgracia, faltan para los años siguientes.

<sup>1</sup> Para las noticias contenidas en estos documentos ver los detalles en el citado artículo de Ramírez.

De 1490 tenemos un testamento<sup>2</sup> de Da. Juana de Orozco en el que esta señora aparece como muger legítima de Pero Tafur, ya muerto, y del cual tuvo a lo menos tres hijas, Da. María, Da. Elena y Da. Mayor. La madre, ya viuda, tuvo que cuidar del casamiento de estas dos últimas. Da. Elena casó unos cinco o seis años antes y en 1490 ya había muerto.

De todo lo cual se deduce con certeza no solo que Tafur había muerto ya en 1490, sino también antes de 1485 cuando se casó su hija Elena. Probablemente ya no vivía en 1480 pues no sale su nombre en las citadas actas capitulares de Córdoba.

Por dichas actas se sabe que Tafur tuvo además un hijo, D. Juan, regidor o venticuatro de Córdoba en 1479, como su padre.

Por fin en el citado testamento de Da. Juana hay esta cláusula algo enigmática: «Conozco que al tiempo que murió el dicho Tafur, mi marido, e mandó a la dicha Brianda Tafur veinte mil maravedís, de los cuales le compraron unas casas... y cuando la dicha Brianda salió del monesterio de Santa Cruz... Ramírez de Arellano sospecha con algun fundamento que esta Brianda fuera una hija natural de Tafur, ya que ciertamente no era hija de Da. Juana de Orozco. Además se atreve, sin razón a nuestro juicio, a dejar entender que la madre fuera una de las esclavas compradas en Crimea, de que hablamos en el itinerario.

Aun aceptando como probable la primera sospecha, no juzgamos desatinado proponer otra hipótesis para resolver el enigma.

No deja de extrañar que dos de las hijas de Tafur casen tan tarde, muerto ya su padre, que tendría por lo menos sus 70 o 75 años, o quizá más, como se verá. Esto hace verosímil que Tafur casara con Da. Juana ya algo avanzado de edad y por lo mismo que fuera en segundas nupcias. A esta primera extrañeza se junta la de que en el citado testamento no salga para nada el nombre del hijo, D. Juan, aunque se quiera suponer que entonces había ya muerto. Es que realmente era hijo de Da. Juana?

La sospecha adquiere aun más fuerza sabiendo que el Dr. Andrés de Morales y Padilla en su *Historia de Córdoba*<sup>3</sup> dice que Tafur contrajo matrimonio con Da. Francisca de Aguayo. No pudo ser ésta la primera esposa? Solo algun nuevo documento podrá dar la respuesta satisfactoria.

Pasemos ahora a las noticias que pueden sacarse de su obra escrita. Como cierto consta ahí que cuando escribió el libro (hacia el 1454) ya vivía en Córdoba<sup>4</sup> y, naturalmente, que por los años de 1436—1439 emprendió la gran peregrinación objeto de este trabajo. Además, como

<sup>2</sup> Ramírez, p. 291.

<sup>3</sup> Citada por Ramírez, p. 276.

<sup>4</sup> Hablando de Caffa, dice: «alli compré yo dos esclavas o un esclavo, los quales oy tenco en Córdoba», p. 162.

manifiesta haber luchado contra los moros en la frontera de Jaén<sup>5</sup>, es fácil deducir que esto era por los años de 1431—1432.

El que no muriera antes del 1480 y ya en 1431 luchara en dicha frontera hace suponer, como ya indica Ramírez de Arellano, que naciera en la primera década del siglo XV, quizá mejor en la segunda mitad de dicha década, por los años de 1405—1409.

Segun Jiménez de la Espada (por los términos en que se expresa (Tafur) respecto del Maestro de Calatrava D. Luís de Guzmán, parece que fué criado en la casa de este magnate... así como de haber necesitado licencia real para su viaje, y de la honra con que lo hace se deduce que era familiar de D. Juan II antes de emprenderlo<sup>6</sup>. Aunque Jiménez no cita los pasajes del libro en que apoya tales supuestos, no son difíciles de encontrar los referentes al Maestro<sup>7</sup>, a quien va dedicado el libro. En cambio en cuanto a la licencia real el único pasaje a que puede referirse nos parece bastante vago y es éste que se encuentra en la dedicatoria: «E yo avido respeto que, allende de otras causas, la tregua fecha entre nuestro señor el rey Don Juan e los moros nuestros naturales enemigos, me podía dar lugar e otorgar tiempo para que yo visitase algunas partes del mundo . Más significativo me parece lo del honor con que hizo el viaje, pues ciertamente se adivina a cada paso que iba provisto de valiosas recomendaciones de su monarca.

También se desprende casi con evidencia de la lectura atenta de dicha obra que Tafur pasó su juventud y quizá toda su vida antes de sus Andanças en Sevilla. Al describir las ciudades y monumentos que visita hace frecuentemente comparaciones con las de España. Sevilla sola sale casi tantas veces citada<sup>8</sup> en estas comparaciones como todas las otras ciudades de España reunidas. Pero principalmente, y esto es lo más significativo, Tafur encuentra conocidos y amigos<sup>9</sup>.

<sup>5</sup> Texto, p. 269.

<sup>6</sup> Introducción, p. XVIII—XIX.

<sup>7</sup> Los pasajes deben ser, la dedicatoria del libro, p. 1—2 y este otro: «Carlo Morosin, mercader que estava en Sevilla... donde yo en la casa del Maestro Don Luís ove con él gran conoscimiento», p. 20. El tercero en que nos habla de haber luchado en la frontera de Jaén, p. 269, pues se supone lucharía bajo las banderas de dicho maestro.

<sup>8</sup> Son tamañas o mayores que Sevilla las ciudades de la Meca (p. 108), Caffa (p. 161), Breslau (p. 278), Padua (p. 287), Palermo (p. 300). Son altas como la Giralda, las Pirámides o graneros de José (p. 86) y el campanile de Venecia (p. 206).

<sup>9</sup> Muy conocidos o muy amigos de Sevilla encuentra en Venecia, p. 20; en Foja vieja (cerca de Esmirna), p. 134; en Pera, p. 158; en Baden, el cardenal Cervantes, p. 234, y en Asís, un criado de dicho cardenal, p. 37. Aun puede ser muy significativo este pasaje. Acabada su gran peregrinación, entrega en Venecia todas sus cosas al mercader sevillano Carlo Morosin, su amigo: «e fallélo de partida para Castilla a Sevilla e roguéle que en su nao me truxese todas mis cosas», p. 291.

algunos muy amigos, de Sevilla y solo de Sevilla en varias de las ciudades visitadas. De ninguna otra ciudad de España dice haber encontrado un amigo o conocido. Algunos que no serían de Sevilla recuerda, en general, que los ha visto en Castilla y solo de uno concreta que era en la frontera de Jaén.

Por si esto fuera poco, él mismo declara explícitamente que era sevillano al trujamán o intérprete mayor del Sultán de Egipto en esta forma: E estuve allí dos días antes que viese al Soldán, e en estos días hablando el trujamán conmigo muchas cosas, e preguntándome dónde era, ovo de saber de mí como yo era castellano natural de Sevilla, e él ovo mucho placer conmigo, porque así mesmo él era de Sevilla, que seyendo niño fué levado a Jerusalem.<sup>10</sup> Con razón pues Jiménez de la Espada<sup>11</sup> fijándose en este texto dió por resuelto, aun contra la opinión de cuantos se ocuparon de Tafur antes, que éste era natural de Sevilla.

Ramírez de Arellano en cambio, encariñado sin duda con las cosas de Córdoba, no titubea en hacerlo natural de esta ciudad, como creyeron Zapico, Morales y Nicolás Antonio. Ya hemos visto que todos los documentos por él sacados a luz solo hablan de los últimos años de la vida de Tafur, que ciertamente le transcurrieron en dicha ciudad. Pero estos documentos poca cosa nos dicen del nacimiento y juventud de nuestro héroe. Es también cierto que la familia Tafur tenía su abolengo en Córdoba. En el mismo libro consta que él descendía de Pero Ruíz Tafur, uno de los conquistadores de la ciudad el año 1236. Pero esto no es suficiente para contradecir una afirmación tan precisa.

Ramírez de Arellano<sup>12</sup> cree sin embargo poder rechazarla y declara, no sabemos si en serio: vamos a probarlo con palabras del mismo Tafur. He ahí resumido su razonamiento. Tafur cuando se encuentra en el Sinaí con el veneciano Nicolò de'Conti, para congraciarse con él le declara como era de Italia y que se había criado con el rey de Chipre<sup>13</sup>, aunque pronto se retracta y confiesa la verdad que era fidalgo e cavallero natural de España; luego, prosigue Ramírez: «el viajero iba inventando falsedades... para atraerse personas poco de fiar pues eran renegados... por consiguiente el texto citado por Jiménez queda refutado con el otro»<sup>14</sup>.

<sup>10</sup> Texto, p. 78.

<sup>11</sup> Jiménez, p. XVIII. Como de costumbre Jiménez toca este punto muy a la ligera.

<sup>12</sup> Ramírez, p. 274. También Ramos en el estudio preliminar de su edición acepta esta hipótesis.

<sup>13</sup> «preguntóme quién era e qué fazía allí... e yo le dixé como era de Italia e me avía criado con el rey de Chipre», p. 95.

<sup>14</sup> Ramírez, p. 275.

Parece que entre los dos casos hay una diferencia respetable y que la conclusión de Ramírez de Arellano es sencillamente absurda. En el caso de Nicolò de'Conti pudo tratar de engañar al veneciano pero ni por un momento pensaría en engañar a los lectores quince años después cuando escribía su libro. La retractación evitaba toda duda. En el caso del trujamán no solo se trataría de embaucar a éste sino de mentir ante sus lectores contemporáneos y esto no es admisible.

Aun preescindiendo de esto, no hay paridad entre los dos casos. Tafur ante un veneciano se hace no hijo de Venecia sino italiano. Bastaba, es cosa evidente, decir ante el trujamán que era castellano, sin necesidad de mentir, para atraérsele. Así vemos que dicho trujamán algunos días después le dijo: «que bien parecía que yo era de su nación, pues sus hijos tanto me querían», no le dice, de la misma ciudad. Aun más, Tafur podía declarar con razón que él era castellano de Sevilla, ya que es cierto que vivía en Sevilla. Qué necesidad tenía de declararse natural sino lo era? Por fin aun se puede advertir una diferencia entre uno y otro caso quizá en las mismas palabras usadas. Para Conti usa el «yo le dixé»; para el trujamán: «ovo de saber». Y para que se vea claro que no mintió, añade: «e yo non le encobrí nada de mi fecho».

Ramírez de Arellano adivinando sin duda la fragilidad de su raciocinio acude a otro aun más desesperado y es el de dar a la voz «natural» en el siglo XV un significado exclusivo que no tuvo ni ha tenido nunca: «al afirmar Tafur —arguye— ser natural de Sevilla quería decir que radicaban allí su solar y sus bienes y esto sabemos de sobra que no era cierto»<sup>15</sup>. Y para probar que solo éste podía ser su significado se contenta con aducir un documento de aquel siglo en que se dice de una señora «ser natural de Córdoba y había nacido en Calatayud». Pero se puede concluir de él que el tal sentido era el único?

Para no alargarnos demasiado diremos que lo razonable era acudir al mismo Tafur para ver que significado daba a dicha palabra en otros casos, que son muchos. En ninguno el que pretende Ramírez y si el corriente que le da el diccionario de la Academia de: nativo, originario de un país o pueblo, o significados parecidos. En nota aducimos algunos casos por si alguien dudara de ello<sup>16</sup>.

<sup>15</sup> Ramírez, p. 276.

<sup>16</sup> Hablando del papa Eugenio, que era hijo de Venecia, dice: «e como los venecianos supieron e vieron el grant disfavor del papa que era su natural», p. 133. De un marino, que ciertamente no se podía suponer que tuviera tierras de abolengo: «un patrón de una nao que llamavan Juan Caro, natural de Sevilla», p. 138. La emperatriz de Constantinopla dice a Tafur: «non pudiéredes fazer más si fuéredes nuestro natural», p. 170. En la dedicatoria del libro: «a la provincia donde son naturales». Véanse además, p. 63. l. 10; p. 69. l. 2; p. 79. l. 10; p. 120. l. 16, y p. 125. l. 27.

Queda pues fuera de duda que Tafur era natural de Sevilla y que, mientras no se pruebe lo contrario<sup>17</sup> documentalmente, se ha de entender por ello que nació en la ciudad de la bella Giralda que él se complació en comparar por su altura con las pirámides y con el campanile de Venecia.

## 2. El hidalgo castellano

Si en el texto son pocas las notas biográficas referentes a sucesos de la vida pasada de Tafur, son en cambio muchas las que pueden servirnos para esbozar con pinceladas seguras los rasgos de su noble carácter y de su relevante personalidad.

Tafur nos aparece en su libro como el prototipo ideal del caballero cristiano, del noble hidalgo de Castilla en lucha contra el Mahometismo; joven, valiente por no decir arriesgado, que está siempre pronto para tomar las armas contra los infieles no solo en su patria sino también en cualquier reino cristiano; amante del honor por sobre del interés; cumplidor de sus deberes religiosos, caritativo y afable con los humildes; cortesano que busca la compañía y el trato de los grandes y poderosos pero que no sabe adularlos sino más bien hablarles con toda libertad aun para desaprobando su conducta; conocedor del mundo; hombre de gusto refinado; incipiente humanista, viajero intrépido y curioso.

Recordemos sucintamente algunos episodios<sup>18</sup> que nos revelen dichas cualidades.

Aun convaleciente de una enfermedad y ya preparado para emprender el gran viaje, no titubea un momento en aplazarlo para presentarse entre las huestes del Conde de Niebla que van contra Gibraltar. En Constantinopla, al rumorearse que se venía el Gran Turco contra ella, se dispone a tomar parte en la defensa. Al pasar por los Dardanelos, le cuesta un flechazo en el pié el poder salvar, contra la voluntad del capitán del barco, unos cautivos que pedían auxilio desde la costa y, conseguido su objeto, exclama: «e allí fuí ferido en el pié de una frecha, pero bien se fizo, pues non perdimos nada e servimos a Dios».

Hablando de los venecianos que tuvieron consejo de dejar perder Salónica, dice que una de las razones fué porque no sacaban provecho de ella, y añade que «ellos e los otros italianos en tal fecho más el provecho que la onrra procuran».

<sup>17</sup> Decimos mientras no se pruebe lo contrario, porque aunque creemos del todo seguro que Tafur dijo la verdad al declararse natural de Sevilla, es claro que no es absolutamente necesario dar a este vocablo el sentido de que había nacido allí. Otro significado más general es también posible.

<sup>18</sup> Los detalles de estos episodios se pueden ver más adelante en el itinerario. No creemos necesario dar aquí en nota las referencias de cada uno.

Al saltar a tierra después de las grandes etapas de su viaje, antes de buscar alojamiento, va a la iglesia a hacer oración, así en Génova, en Constantinopla-Pera, en Venecia.

El episodio de las doncellas de L'Ecluse y el de los caballeros que quisieron saltarle en Viena manifiestan su gran nobleza de corazón, como no menos su delicadeza, los presentes de pescado fresco o las limosnas con que obsequia a los monjes de la isla Stamphani y a los del Sinaí.

En todos los países por donde pasa se presenta, seguramente con buenas recomendaciones de su rey, a los señores de la tierra, ya sean condes o duques, reyes o emperadores. Y siempre es bien recibido y agasajado u obsequiado con regalos que él, en general, rehusa aceptar. Y como «lo cortés no quita lo valiente» al emperador de Trebizonda que le pedía ahincadamente que se quedara a su servicio, le responde sin embages «que non lo podría facer... e puesto que yo oviera de quedar, non fuera con él porque él estava casado con la fija de un turco». Y aun al escusarse aquél que lo había hecho con intención de volverla cristiana, replica «antes dizen que vos la dieron para que ella vos tornara moro a vos, segunt el favor que de ella esperáis e el poco que tenéis».

Su gusto se manifiesta en apreciar el valor de la estatua ecuestre de Marco Aurelio, la superioridad de los mosaicos de Santa Sofia y de Monreale, la esbeltez de las torres de las catedrales de Estrasburgo y Viena, la magnificencia de la Casa de la Ciudad de Bruselas, que es la mejor que ha visto, o de la decoración de la sala de la Ragione de Padua y por fin la esplendidez del panorama de la Riviera de Génova y, sobre todo, del de las riberas del Rin desde Maguncia a Coblenza que excita su entusiasmo.

El humanista de la Corte del rey Juan II, amador de las letras, se nos revela en su interés, con ciertos resabios de credulidad medioeval es verdad, por la antigüedad clásica. En Roma se queja amargamente de que nadie le supiera dar razón de las cosas antiguas. Desde Chios emprende una larga excursión para ver las ruínas de Troya; de Mesina recuerda que «fablaron mucho» los antiguos «ansí poetas, como oradores e estoriadores»; cerca de Florencia se interesa por ver el lugar de la batalla de Cannas, y en fin, en Creta se acuerda de Agamenón; en Citerea, de Paris y Elena; en los Dardanelos, de Aquiles y Patroclo; en Trapani de Anquises, el padre de Eneas.

Como viajero se muestra turista práctico que se provee para ir por el mundo de cheques de viaje o letras de cambio que puede cobrar en Génova, Florencia, Venecia, Brujas y Amberes. Debió ir muy bien provisto de dinero para un viaje tan largo y con dos escuderos de compañía. Acostumbrado en su tierra a montar a caballo, no se acomoda

fácilmente a viajar en carro, como era costumbre en Flandes, y aun el traqueteo de los barcos se ve que no le era muy familiar.

Sería de complexión fuerte, pues no se espanta de pasar tres meses los más calurosos en Egipto, ni los más duros del invierno en los países del Norte.

Su curiosidad para ver y oír cosas nuevas o extraordinarias no tendría límites. En el Mar muerto se separa del grupo de peregrinos para llegar a la Transjordania; en Jerusalén se disfraza de moro para poder entrar en el templo de Salomón convertido en mezquita; en el Sinaí, contra el consejo de los monjes y de Nicolò de' Conti, se empeña en pasar a la India, la fabulosa tierra del Preste Juan, y cuesta no poco trabajo hacerle desistir de tan temeraria empresa; desde Constantinopla se llega a visitar al Gran Turco, y desde Crimea quería pasar a la Tartaria y tierra del Gran Tamerlán.

La idea del gran viaje le debió venir no solo del deseo entonces ya muy corriente de hacer una peregrinación a Tierra Santa, sino también, y principalmente, de haber escuchado en la Corte de su rey la narración de la embajada al Gran Tamerlán que salió de Castilla por los primeros años del siglo XV. El mismo dice explícitamente que le hablaban de aquel viaje los que fueron embajadores<sup>19</sup> y especialmente Alfonso Fernández de Mesa. Otro gran aliciente, sino el mayor, de su salida sería para él la perspectiva de entrar en relación personal con los príncipes y monarcas de los nuevos países, ya que en este punto manifiesta verdaderamente un afán desmesurado.

Tafur habría viajado no poco por su tierra de Castilla. Antes de escribir su libro tenía visitadas las más importantes ciudades, como Córdoba, Toledo, Salamanca, Valladolid, Burgos, Cádiz, Medina, entre otras que cita como conocidas. Sospechamos que había hecho además otro viaje al extranjero. Cuando habla de la feria de Amberes dice que había visto otras aunque no tan importantes, entre ellas la de Ginebra<sup>20</sup>. Esta ciudad no la tocó en el itinerario de sus Andanças escritas, luego debió verla en otra ocasión. Pudo ser esto antes del 1436 y así se explicarían mejor algunas alusiones históricas que en otro caso resultan contradictorias.

### 3. El narrador

Ya hemos dicho que el libro de Tafur como obra literaria no tenía gran importancia. Seguramente manejaba nuestro narrador mucho mejor

<sup>19</sup> «e vieron cosas bien extrañas por el camino e en casa del Tamurbeque, segun ellos dizen ciertamente», p. 165.

<sup>20</sup> «Non sé como podiese escrevir un fecho tan grande d esta feria d esta cibdat; e bien que yo he visto otras, así como la de Geneva, que es en el ducado de Saboya», p. 260.

la espada que no la pluma. Las frases y períodos son frecuentemente oscuros y el lector atento se queda dudando si ello no será debido a corrupción del texto. La disposición general no es artística. Especialmente la hacen embrollada las digresiones históricas o legendarias de desmesurada extensión.

Sin embargo quizá exageró un poco Morel-Fatio al decir: «Tafur n'est pas un écrivain; convaincu que l'intérêt du sujet le dispensait de toute recherche de style, il s'est borné a faire l'énumération de ses impressions de voyage»<sup>21</sup>. Fitzmaurice-Kelly, gran conocedor de la literatura española, dice de su estilo<sup>22</sup>: «Der Satz ist prächtig und überaus bezeichnend». Realmente Tafur tiene con mucha frecuencia expresiones felicísimas para emitir sus juicios sobre las personas y sobre las cosas; algunas lapidarias, otras graciosas, como de buen andaluz. Sus descripciones son plásticas, matizadas con abundantes y muy expresivas, cuando no algo exageradas, comparaciones, al estilo del país natal. Véase la descripción que da de los elefantes<sup>23</sup>.

En las descripciones de pueblos o ciudades no se limita a mentar las cosas extraordinarias o más importantes que llaman la atención del turista, sino que generalmente sigue un orden sistemático dando las más de las veces una información suficiente que permita formarse una idea de las características de cada país, información que versa sobre estos puntos: a) Fertilidad o riqueza de las tierras de labor circundantes, especialmente en pan y vino; cría de ganados y, frecuentemente, industrias del país. b) Sistema de defensas: fosos, murallas, castillos, ptrechos gente de armas, datos que no faltan casi nunca. c) Aspecto de las calles y casas, monumentos notables. d) Régimen político y administración de la justicia, a menudo con notas curiosas. e) Costumbres

<sup>21</sup> Revue critique (1875, 1) 139.

<sup>22</sup> Fitzmaurice-Kelly, J., Geschichte der span. Literatur, trad. alem. de Hämel, Heidelberg, 1925, p. 109.

<sup>23</sup> «Fuemos a ver la casa donde están los elefantes, e fallé siete, los quales son negros de color e de grandeca más que camellos, e de forma así de brazos como de piernas que parecen mármoles, la mano redonda e con uña fuerte, e dizen que conjuntura tienen pero que non tienen fuétano ninguno; tienen los ojos muy chequitos, como un cornado, e colorados, la cola corta como de osso, la oreja como una comunal adarga, e la cabeça como de tinaja de estas de seys arrobas; los colmillos de quatro palmos, tiene la boca muy chica, tiene en el beco de arriba una trompa de fasta seys palmos; ésta él la aluenga quando quiere, e la encoge quando quiere, e con ésta apaña las cosas que ha de comer e las mete en la boca, e finchela de agua quando quiere beber. Estas bestias parece como que tengan entendimiento; tantas burlas fazen, que a las vezes traen aquella trompa llena de agua, e échala encima a quien quiere, e fázenlos jugar con una lanza echándola en alto e rescibiéndola, e otros muchos juegos...», p. 87-88.

loables o reprobables del pueblo y particularmente de los príncipes o gobernantes.

Este orden se haría mucho más patente si no fuera por las ya anotadas digresiones históricas o legendarias que por su extensión excesiva interrumpen el hilo de las descripciones y rompen la proporción entre las partes, sembrando la confusión. Esta confusión es aumentada por la disposición desgraciada del texto en las dos ediciones conocidas, sin divisiones, sin apartados, sin subtítulos.

Las observaciones sobre Egipto y Alemania, para poner algun ejemplo, son las mismas que se forma hoy el viajero español que visita estos países. Egipto es el país del Nilo, de las Pirámides y de los Sultanes, pero, sobre todo, de los bazares y de la vida en las calles. He ahí algunos párrafos sobre El Cairo o Babilonia: «La mejor e más rica e magnífica cosa de ver de Babilonia es el Alcaycería, de tantas cosas como allí se venden de las que deciden de la India mayor, en especial perlas, e piedras, espeçerías, perfumes e toda cosa odorífera, e seda e lienços, e quién podría decir cuántas cosas desçienden de la India e se reparten por todo el mundo, e grant barato de todas las cosas sobredichas. Andan por el Cayro unos onbres con un espejo de alinde colgado de los pechos, e éstos son los barberos que rapan las cabeças e los colodrillos a los moros, e van dando voces por las calles; andan otros negrilla de fasta diez o doze años, e van así mesmo dando voces: quién quiere rapar?, e éstos son los que sirven a las dueñas... E de todos los ofiçios por las calles andan los ofiçiales requiriendo a quien los ha menester; fasta los coçineros traen colgado un brasero e fuego e olillas de guisado para vender; otros, platos con frutas, e ynumerable gente que anda a vender el agua así en los camellos como en los asnos, e otros a cuestas; porque la gente es mucha e non hay otra agua synon de aquella rivera; las frutas de verano muy suavísimas, segunt la gran calor Dios ha proveído allí en lo neçesario... los asnos son las más gentiles bestias e de más gentil talle e andariegos, e tráenlos bien guarnidos de frenos e de sillas», p. 117.

Alemania es para él país rico esta cibdad es abundosa segunt que es Alemanyá dice de Basilea; de ciudades limpias, con calles bien pavimentadas, con mesones u hoteles tan bien puestos que el de Colonia podría recibir a un rey; los alemanes son gente muy sutil, mayormente en estas artes, que dixen, mecánicas; cantan bien, fasta las personas comunes cantan por arte con todas tres voces como personas artistas; los servicios públicos están bien ordenados: en Estrasburgo vió funcionar el servicio de incendios que ciertamente era buena cosa de ver la orden que en ello se tenía. Es también el país de muchas comidas y bebidas. Por último, es la tierra del maravilloso panorama del Rin.

Especial interés ofrecen sus juicios y aun las semblanzas que nos da de una serie de personalidades ilustres de varios países<sup>24</sup>. Con desenfado blasma sus costumbres si son escandalosas<sup>25</sup>, o humorísticamente las pone en relieve si disculpables por ser fruto de los tiempos. Algunas veces recoge habladurías más o menos maliciosas del pueblo<sup>26</sup>. Tampoco les escasea las alabanzas cuando son merecidas<sup>27</sup>.

Morel-Fatio hace aun notar con acierto «le ton par moments presque humoristique de la narration (une rareté pour l'époque)»<sup>28</sup>. Y Fitzmaurice-Kelly, en una edición póstuma, escribe: «He tells his story with humour, with good humour and a disarming simplicity»<sup>29</sup>.

Examinemos ahora con algun mayor detalle la cuestión de la historicidad del relato, ya que hemos dicho que la importancia de la obra radica en su valor histórico. Digamos cuatro palabras sobre la credulidad de Tafur y algunas más sobre su veracidad.

Tafur «n'est pas par trop crédule» dice Morel-Fatio<sup>30</sup>, y Fitzmaurice-Kelly con más detalle: «Er ist gläubig, nicht gerade übereifrig, aber eben gläubig wie alle Welt. Man fühlt aber doch das Heraufkommen des kritischen Geistes, der sich hütet, zu viel zu behaupten»<sup>31</sup>. Efectivamente no es demasiado crédulo. A veces expresa abiertamente sus dudas con un «yo non lo vió o bien como quier que ello sea», o humorísticamente «aun esto non es pecado dejallo de creer», o frases parecidas<sup>32</sup>. Sospechamos además que el empleo muy frecuente del «dicen», antepuesto a una noticia, muchas veces fué intencionado para indicar cierta duda personal y no cargar con la responsabilidad de tal aserto.

Más grave es el punto referente a su veracidad. No son escasas las contradicciones entre los datos que nos da sobre ciertos sucesos y los que sobre los mismos son conocidos por otras fuentes dignas de toda fe. Antes de formar un juicio desfavorable sobre ellas se han de tener en cuenta algunas circunstancias:

Aunque el viaje ya estaba terminado en 1439, Tafur no escribió el libro, como veremos, a lo menos hasta 14 o 15 años más tarde. Es muy grande el número de lugares y cosas descritas y muchos de los nombres eran para él extraños y difíciles. No es menor el de personajes de todas

<sup>24</sup> Así las del Gran Turco, Amurates II, p. 153; del duque de Borgoña, p. 218; del emperador electo Alberto, p. 271.

<sup>25</sup> Así la del marqués de Ferrara, p. 221, 225.

<sup>26</sup> Una habladuría recoge sobre la viuda del emperador Segismundo, p. 275.

<sup>27</sup> Tal el elogio que hace del conde de Urbino, p. 39—40.

<sup>28</sup> Lugar citado, p. 136.

<sup>29</sup> J. Fitzmaurice-Kelly, *A new History of Spanish Literature*, Oxford, Univ. Press, 1926, p. 98—99.

<sup>30</sup> Morel-Fatio, p. 139.

<sup>31</sup> Fitzmaurice-Kelly, *Geschichte*, etc., p. 100.

<sup>32</sup> Texto, p. 75 y 194, 31, 178.

categorías y el de hechos históricos ya anteriores, ya coetáneos, ya posteriores al viaje a los cuales hace alusión. Por otra parte parece que Tafur al hacer el viaje no pensó seguramente en escribirlo y por lo mismo no redactaría un «diario de viaje» detallado, si bien tomaría algunas notas. No serán pues mucho de extrañar ciertas confusiones.

Estas confusiones resultarán aumentadas si no se tiene muchísimo cuidado en la lectura, por el hecho de que Tafur estuvo en muchas de las ciudades visitadas dos o más veces y, por sistema, quiere hablar una sola vez de cada ciudad, acumulando los hechos acaecidos o escuchados durante las varias estancias.

No se ha de dar un sentido demasiado concreto y determinado a adverbios y expresiones adverbiales que pueden tener un sentido más vago, tales: ahora, hace quince días, por Navidad, allí, etc. Allí, pongamos por caso, aun cuando esté hablando de una ciudad tiene muchas veces el sentido más general: en aquel país, en Oriente, en el extranjero es decir lo opuesto a: aquí, que significaba para él, Castilla.

La edición está hecha sobre un solo manuscrito tardío, de principios del siglo XVIII, que contiene algunos errores manifiestos y que puede contener muchísimos más que no lo son tanto. Nosotros, por ejemplo, sospechamos que en la pág. 247 del texto en donde se dice de un personaje que «tenía cincuenta e cinco años» se ha de leer «tenrá», como pide el contexto. El cambio de una letra ahorra un notable disparate, ya que en el primer caso se atribuyen a dicho personaje 55 años cuando solo tenía 40. Con la corrección la cuenta es casi exacta<sup>22</sup>.

<sup>22</sup> He ahí la explicación: Tafur estuvo varios días en Bruselas y trabó allí íntima amistad con Juan de Luxemburgo, el llamado por él bastardo de San Polo, quien durante su estancia le «fizo tan gran compañía como si fuera muy estrecho pariente». Lo retrata así: «Este cavallero es gentil de persona e cuerpo, e de buen estatura, e onbre bien discreto e muy curial; tenía cincuenta e cinco años, es delgado e un poco amarillo, e tiene una ferida por el rostro». Es decir que, según el texto, Juan de Luxemburgo tenía 55 años en 1438, cuando él lo vió. Sabemos en cambio que había nacido en el 1400 y que solo tendría entonces 38 años. Cómo es posible decimos nosotros que Tafur se equivocara de tantos años hablando de una persona de la cual hace un retrato tan detallado? Adviértase que habla no de edad aproximada «tendría», sino en forma categórica «tenía». Hay que suponer un error en el manuscrito. Indicios de tal error ya son manifiestos si leemos atentamente el pasaje. Tafur, al hablar de una persona aun viviente cuando escribía, lo hace siempre en tiempo presente para cosas aun subsistentes, y así en nuestro caso: «es gentil de persona... es delgado e tiene una ferida». El pretérito «tenía» nos choca metido entre estos presentes. Seguramente estaba escrito «tenrá» y entonces naturalmente el cálculo resulta casi exacto. En 1451 el bastardo de San Polo tenía 51 años. Paleográficamente

Por fin no estará por demás observar que Tafur era andaluz y que sabe exagerar las cosas con la gracia propia de los naturales de aquel país<sup>24</sup>.

Teniendo seguramente presentes observaciones parecidas, Stehlin y Thommen, que en su valioso comentario histórico a una parte del texto de Tafur han puesto en evidencia varios por no decir muchos errores, dicen sin embargo de la veracidad de nuestro autor: «Der Leser wird sich an Hand dieser Nachweisungen davon überzeugen, daß Tafur kein Aufschneider, sondern ein ehrlicher und glaubwürdiger Erzähler ist»<sup>25</sup>. Y, después de algunas atinadas observaciones sobre las causas de los errores, añaden: «Im übrigen aber scheint das, was er aus eigener Anschauung erzählt, durchaus glaubwürdig; denn soweit eine Nachprüfung möglich war, haben sich die Angaben als richtig erwiesen». Creemos que el día en que se haga un comentario profundizado de todo el texto por el estilo del llevado a cabo por los dos beneméritos autores, el tal juicio favorable a la veracidad de Tafur podrá ser mantenido íntegramente.

Podríamos decir en síntesis que Tafur no se entretiene como un historiador de oficio en reflexionar sobre la certeza de los sucesos o sobre la precisión en los detalles, ni en consultar fuentes, sino que cuenta las cosas tal como las ha visto o como se contaban en las tertulias de la buena sociedad de su tiempo, con la circunstancia desfavorable de que las cuenta a una respetable distancia de tiempo y lugar. Por esto sus confusiones más graves se refieren al tiempo en que habrían ocurrido los sucesos y a la distancia entre los lugares.

Parece no sería necesario insistir más sobre este punto, pero dos autores de reconocida autoridad, Morel-Fatio y Desimoni, le pusieron, hace ya algunos años, graves reparos que han hallado tácitamente eco en obras recientes. Los reparos se refieren a las noticias que Tafur dice haber escuchado del veneciano Nicolò de'Conti sobre las aventuras de éste en la India. Trataremos este punto con la detención que se merece en un capítulo especial.

el tránsito de tenía a tenrá es muy comprensible, solo se distinguen por el punto superpuesto. Esta interpretación se corrobora con el caso paralelo de la página siguiente (p. 248) en que se habla del Duque de Borgoña así: «es muy nobilísima persona, e de grant virtud, muy gentil gesto... será de edad de cincuenta e cinco años». En realidad tenía 58, tres años más.

<sup>24</sup> Hablando de la mole imponente de Santa Sofía, que está situada sobre una colina de poca altura, dice: «otro día, al alva, vimos una muy grande montaña muy alta, de más de cien millas, e dixerón que era la yglesia de Santa Sofía, que es en Constantinopla». Y como esto era después de la salida de Sylumbrea, a lo máximo estarían a cuarenta millas, y no a cien.

<sup>25</sup> Art. citado, p. 46.

## II. La obra

### A. Cuestiones previas

Habiéndonos ya ocupado de las ediciones y literatura sobre la obra de Tafur así como de su valor literario e histórico, vamos a tratar detenidamente de las cuestiones referentes al tiempo en que fué escrita dicha obra y en que tuvieron lugar las «Andanzas».

#### 1. Cuando fué escrita la obra

Jiménez de la Espada, como de paso, dijo sobre el primer punto: «transcurridos catorce o quince años después de su vuelta en España y allá por los tres que median entre la muerte de su amo Don Juan II de Castilla (1453), y la de Ladislao el Póstumo de Hungría (1457), acabó de ordenar y pulir sus *Andanzas e viajes*». Hay aquí, como es fácil observar, un manifiesto lapsus calami o una errata de imprenta, pues entre 1453 y 1457 van cuatro años y no tres. En realidad la equivocación está en la fecha de la muerte del rey D. Juan que acaeció, como el mismo Jiménez ya fija en una nota<sup>1</sup>, a mediados del año 1454 (el 21 de julio). Lo malo es que Ramírez de Arellano y Cejador<sup>2</sup>, entre otros, transcribieron tal cual el mismo error. Jiménez no nos señala el pasaje en donde Tafur habla de la muerte de Juan II, si bien en la citada nota aduce éste: «que santa gloria aya», sin referencia a página alguna y que no hemos sabido encontrar. No cabe duda que debe referirse a este otro que transcribiría de memoria: «e allí (en Constantinopla) conocí algunos que avía visto en Castilla, entre los quales ví Alfón de Mata, escudero de cavallo del rey Don Juan, nuestro señor —que Dios aya— el qual me rogó...», p. 139. El pasaje referente a Ladislao se encuentra en la pág. 282 y dice: «un fijo pequeño, el qual agora es rey de Ungría». Este espacio de tiempo de tres años creemos que puede reducirse mucho más y sentar sin temor de equivocación que el libro quedó redactado en 1454. A la muerte del rey castellano se estaba ya escribiendo, si es que no estaba terminado, como sospechamos.

En efecto, el pasaje antes citado no es el único del libro en que se alude al rey D. Juan, hay muchos otros que debían ser tenidos en cuenta. He ahí los principales por orden de páginas:

- a) p. 2: la tregua fecha entre nuestro señor el rey don Juan e los moros...
- b) p. 140: e començó a meterme en nuevas de la tierra e príncipes latinos, especialmente del rey de España mi señor, e de su estado...
- c) p. 150: un collar de oro d escama de la divisa del rey nuestro señor, e salió a mí...

<sup>1</sup> La nota biográfica referente a Ladislao de Hungría, p. 542.

<sup>2</sup> Ramírez, l. c., p. 282; J. Cejador y Franca, *Historia de la Lengua y Literatura castellana*, t. I, parte 2.ª, p. 97 (Madrid 1927), 2.ª ed.

- d) p. 246: la señora duquesa por la naturaleza de España e por el debdo que tiene con nuestro Señor el rey Don Juan, que es su primo, fijos de dos hermanos.
- e) p. 273: estava allí el obispo de Burgos por mandado de nuestro señor el rey Don Juan, al qual...
- f) p. 301: Siracusa... que es de la señora Reyna de Aragón, hermana del rey Don Juan nuestro señor, e de allí...

Como se ve, en ninguno de estos textos se alude a la muerte del rey. Claro que no vamos a pretender que cada vez lo fuera con la apostilla: que Dios aya, o parecida. Pero es que había una razón especial para que lo fuera una sola vez y precisamente en el pasaje de la pág. 139 en que se habla de Alfón de Mata? Ciertamente que no. Al contrario, parece que esto debía recordarse principalmente en el pasaje a) que está en la dedicatoria del libro al magnate D. Luis de Guzmán. No tenemos ninguna duda que esta dedicatoria fué escrita cuando D. Juan II aun vivía. Igualmente vivía dicho rey cuando se escribió el pasaje d) en que se habla de él en presente «rey D. Juan que es su primo». Razonablemente no se puede dudar de esto, sobre todo si se tiene en cuenta que Tafur distingue siempre muy bien si las personas de que habla aun viven o no. Los otros pasajes acaban de corroborar esta conclusión, especialmente el último.

Si se me pregunta como se explica aquel «que Dios aya», diré que puede ser una glosa del copista, del copista del primer manuscrito original, si se quiere, que se enteraría de la muerte del rey mientras estaba copiando aquel pasaje. Otra hipótesis mucho más atrevida pero no desatinada es la siguiente. Dado el hipébaton frecuentemente confuso de Tafur, no sería descabellado suponer que el «que Dios aya» no se refiere al rey sino al personaje de quien se está hablando, a Alfón de Mata. Si se pudiera averiguar que este personaje murió hacia el 1453—54, la hipótesis se podría convertir en una afirmación. De todas maneras este detalle no tiene gran importancia; siempre será seguro que el libro ya se escribía en 1454, no solo por lo que queda dicho sino también porque la frase «que Dios aya» indica en todo caso que el personaje aludido hacia poco había finado.

Aun hay otros textos que corroboran nuestra aserción y que al mismo tiempo prueban que el libro no pudo ser escrito antes, y son principalmente los alusivos a la caída de Constantinopla, que se supone reciente<sup>3</sup>, como se puede ver:

<sup>3</sup> Téngase presente que si bien la caída de Constantinopla ya tuvo lugar en 29 de mayo de 1453, no sería conocida en España hasta dos o tres meses más tarde. Por otra parte hay un texto que indica a las claras que la caída no era tan reciente: «e bien parece que por la negligencia que después de Constantinopla perdida han mostrado los príncipes e pueblos cristianos», p. 168.

- g) p. 131: encomendóme (el emperador de Constantinopla)... a Dragas su hermano a quien dejó por heredero... éste que los turcos mataron agora.
- h) p. 173: plega a dios que ellas (las reliquias de Const.) en esta destruyción de los griegos non ayán venido en manos de los enemigos.
- i) p. 181: la gente non bien vestidos mas triste e pobre... así que tiempos ha que han prenusticado el mal que tienen...

Otro suceso acaecido en 1453 se supone también reciente y es la sublevación de Gante contra el duque de Borgoña y la rendición de la ciudad que tuvo lugar en 28 de julio de aquel año:

- j) p. 258: pero agora tovieron questión con el duque su señor, e ovo de venir sobre ellos... al fin los tomó e a gran verguença dellos, e dizen que los fizo salir desnudos.

Por fin aun se podría añadir que de la manera como habla Tafur de su paisano el cardenal Cervantes: «este señor era tenido en gran reverencia... e sin duda él lo merecía bien, que era persona notable e de soberana virtud»<sup>4</sup> es que lo supone muerto. La muerte ocurrió el 25 de noviembre de 1453.

## 2. Época del viaje

Jiménez de la Espada en el prefacio de su edición no se atrevió a fijar con certeza los años del viaje de Tafur, si bien ya en el subtítulo del libro puso los de 1435—1439, que después adopta, aunque con ciertas dudas, en las notas. Fascinados por la apariencia de dicho subtítulo casi todos los autores que han tocado este punto han copiado sin reparos dichas fechas; así Desimoni, Ramírez de Arellano, Cejador, Ballesteros, Ramos<sup>5</sup>. Aun Stehlin y Thommen, que en la introducción parecían recharzarla, la siguen abiertamente en la última nota al texto<sup>6</sup>. Fitzmaurice-Kelly afirmó que Tafur no da datos suficientes para fijar el tiempo del viaje<sup>7</sup>.

En realidad, como vamos a ver, la narración ofrece datos más que suficientes para seguir sino día por día ni semana por semana, sí mes por mes el itinerario. Por lo menos se puede fijar con absoluta certeza que el viaje empezó en el otoño de 1436, un año más tarde de lo que supuso Jiménez, y acabó en la primavera de 1439, como ya afirma dicho autor.

<sup>4</sup> Texto, p. 234.

<sup>5</sup> Desimoni, l. c., p. 332; Ramírez de Arellano, p. 276; Cejador, Historia etc., p. 97 del tomo y edición citados; Ballesteros y Beretta, Historia de España y su influencia en la Historia universal, t. III, p. 129 (Barcelona 1922); Ramos, en el estudio preliminar de su edición. Añadamos aun, por ser muy conocida, la obra de J. Hurtado y A. González Palencia, Historia de la Literatura española (Madrid 1921), p. 233—234.

<sup>6</sup> Art. citado, p. 102.

<sup>7</sup> Edición alemana citada, p. 100.

Para probarlo vamos a fijarnos en un solo punto fácil de comprobar, y es el de las visitas de Tafur al papa Eugenio IV. Empecemos por transcribir el itinerario de éste durante los años 1435—1439, tal como lo da Eubel<sup>8</sup>:

- 23-VI-1434 hasta 18-IV-1436, en Florencia.  
 22-IV-1436 „ 14- I-1438, en Bolonia.  
 18- I-1438 „ 19- I-1439, en Ferrara.  
 19- I-1439 sale de Ferrara para Florencia.

Si se mira el resumen de los viajes de Tafur se verá, según decimos después, que tomó como centro de operaciones Venecia y desde allí emprendió un gran viaje al Oriente y después otro al Norte, regresando cada vez a dicha ciudad. Pues bien, cada vez que Tafur llega a Italia lo primero que hace es ir a ver al papa.

La primera vez, poco después de salir de España, lo encuentra en Bolonia, en donde pasa quince días. Esto dice él explícitamente era «en medio del invierno» poco antes de la Cuaresma, es decir en la segunda quincena de enero<sup>9</sup>. Si miramos el itinerario del papa veremos que esto no pudo ser ni en 1435, ni en 1436, y debió necesariamente ser en 1437.

2.<sup>a</sup> visita. — Tafur, obtenida la bendición papal, emprende el gran viaje a Oriente y a su regreso vuelve a visitar al papa que se encontraba con el emperador de Constantinopla en Ferrara, exactamente el día de Corpus, que tuvo necesariamente que ser el de 1438.

3.<sup>a</sup> visita. — Ahora emprende otro gran viaje al imperio alemán y a su vuelta a Italia llega a Ferrara el día en que Eugenio IV salía para Florencia, es decir el 19 de enero de 1439.

Dos años pues exactos entre la primera y la tercera visita.

Antes de dicha primera visita las Andanças de Tafur duraron muy poco: dos, a lo máximo tres meses. Esto ya se deduce con solo ver las pocas páginas, unas quince, que les dedica en su libro. A los dos años siguientes en conjunto les dedica 280 páginas. Y si se leen aquellas pocas páginas lo que vamos diciendo resulta claro hasta la misma evidencia.

Por si esto fuera poco, Tafur nos dice que, antes de comenzar su peregrinación, asistió a la expedición fracasada contra Gibraltar, capitaneada por el Conde de Niebla, quien perdió allí la vida. Este episodio tuvo lugar en 1436, y no en los primeros meses, según la *Crónica* de Juan II. Como pues se pudo concebir que el viaje había empezado en 1435?

<sup>8</sup> Hierarchia catholica, II, p. 7.

<sup>9</sup> Véase más adelante el itinerario para esta referencia y las de los cuatro párrafos siguientes.

Parece que con lo que queda dicho hay datos de sobras para concluir con toda certeza que la fecha inicial de las Andanças no puede ser anterior al otoño de 1436. Pero hay muchos más que sería enojoso aducir.

Es verdad que hay en el libro un dato que parece estar en contradicción con esta fecha y éste es el que haría no solo titubear a Jiménez de la Espada sino también el que le indujo a sospechar que estaba equivocada la fecha dada por la citada *Crónica* al episodio de Gibraltar y que andaban descarriados todos los autores italianos al afirmar que el papa en el invierno de 1435—36 estaba en Florencia y no en Bolonia como, según él, exigía el texto de Tafur y admitía Iliescas en su *Historia pontifical*. Aun Zurita había de andar mal informado en otro punto importante, como después diremos<sup>10</sup>.

El pasaje, que tenía la virtud de hacer quedar mal a tantos historiadores, es el siguiente:

Tafur, unas semanas antes de estar en Bolonia, llegó a Génova, precisamente el día 26 de diciembre. Pasó allí varios días porque los banqueros no le querían pagar una letra de cambio, por lo cual acudió al Dux que le hizo justicia ejemplar. Nuestro viajero en la narración, después de ensalzar las bellezas de la ciudad y las virtudes de sus ciudadanos, habla de las luchas políticas habidas allí durante los últimos años y, con esta ocasión, dice: «e estando yo allí se revelaron contra el duque (de Milán) e le mataron un capitán suyo que tenía allí, que llaman micero Lopiein de Alasar».

El episodio de la rebelión de Génova contra los Visconti y de la muerte de Opicino de Alzate, es cosa probada, tuvo lugar en 27 de diciembre de 1435<sup>11</sup>. Luego, se concluye, Tafur estaría en Génova este día y este año.

Aun suponiendo que no se pudiera hallar otra explicación, en buena crítica parece que debería concluirse que es aquí en donde Tafur padeció un error o tuvo una confusión y no en la otra serie de datos concordantes. Nótese que en el párrafo citado, que es todo lo referente al suceso, la narración es algo vaga, sin notas personales, mientras que en las noticias que lo contradicen pasa lo contrario. Es Tafur mismo quien toma parte en el sitio de Gibraltar, que nos describe con muchos detalles; él mismo se presenta al papa Eugenio en Bolonia. Se podría objetar que estos dos últimos sucesos están algo

<sup>10</sup> Jiménez en las notas biográficas sobre el papa Eugenio, p. 432—439 y sobre el conde de Módiica, p. 471—472.

<sup>11</sup> Desimoni, p. 332, según nota sacada del archivo de Génova; Ametller y Vinyas, Alfonso V de Aragón en Italia (Barcelona 1903), t. II, p. 74 y t. III, p. 569—570, que es un documento de las Cortes catalanas que fija esta fecha.

alejados en tiempo y lugar de su estancia en Génova. Por esto queremos aducir otros dos que están íntimamente ligados con ella.

Tafur al llegar a Génova tuvo cuestiones con los banqueros y acudió inmediatamente al Dux, según hemos dicho. Pues bien en diciembre de 1435 no había Dux en Génova sino gobernador, el que precisamente fué asesinado, y no lo hubo hasta tres meses más tarde<sup>12</sup>. La consecuencia salta a la vista. Otro caso: al salir de Génova, donde a lo máximo estuvo quince días, se encontró en Porto Venere con una sublevación contra la dominación aragonesa-catalana, que había estallado aquel día y, continuando el viaje en una fusta genovesa, antes de entrar en Livorno se encontraron con 14 galeras del Conde de Módiica, que les hizo prisioneros. Tafur comunicó a dicho conde la sublevación de Porto Venere, no la de Génova. Pero el conde de Módiica, lo atestiguan los documentos y lo dice Zurita<sup>13</sup>, no fué nombrado por Alfonso V capitán de dichas galeras hasta el 22 de diciembre de 1436, un año después de la sublevación de Génova, pues dicha sublevación fué lo que dió origen a tal nombramiento.

Sería inútil insistir, Tafur no llegó, ni pudo llegar a Génova hasta el 26 de diciembre de 1436. Cuando escribí la frase «estando yo allí no pudo ni quiso significar que estuviera presente en dicha ciudad cuando sobrevino el incidente que costó la vida a Opicino de Alzate. La frase tiene un sentido mucho más vago. Muy otra hubiera sido la descripción de dicho episodio si él hubiera sido testigo ocular de tal hecho.

Esta misma expresión, exactamente con las mismas palabras, la encontramos otras dos veces en el libro<sup>14</sup> y siempre con el mismo

<sup>12</sup> Desimoni, p. 332, nota citada, según la cual el primer dux después de la rebelión no fué nombrado hasta el 28 de marzo de 1436. Según Ametller y Vinyas, ob. cit. II, p. 11, a la muerte de Opicino, fué nombrado un Consejo compuesto de ocho ciudadanos.

<sup>13</sup> Zurita, Anales, lib. 14, c. 39; Ametller y Vinyas, II, p. 85 y III, p. 571—572. Jiménez, p. 472, supone equivocada, según antes dijimos, esta afirmación de Zurita.

<sup>14</sup> Primera, en p. 219: Yendo Tafur de Venecia a Ferrara, antes del día de Corpus de 1433, dice: «e estando yo allí salieron los venecianos con cuarenta galeones e fueron contra la tierra del duque de Milán». Pero esta salida de la escuadra fué a lo menos dos meses más tarde, el 21 de julio, cuando Tafur ya no estaba en Venecia pero sí por las tierras de los Alpes, seguramente en Suiza. El otro pasaje, también referente a los venecianos, dice: «Estos tienen, estando yo allí, por capitán el conde de Carmeñola, e dizen que sintieron d'él alguna maldad...», p. 213. Pero Carmagnola murió antes de que Tafur emprendiera su viaje. Aun en la misma expresión «dizen» ya da claramente a comprender que él no estaba presente en Venecia. Véanse las notas de Jiménez, p. 296—297. Quizá la mejor explicación de algunas de estas confusiones es el suponer que

significado vago, según se puede comprobar, que sería: «en los tiempos en que yo andaba por aquellas tierras». Allí, ya lo hemos advertido, era lo opuesto a aquí = Castilla, España, y nada más. En ninguno de los tres casos quiso decir que el estuviera presente en el lugar de la acción, ni que ésta sucediera en el momento en que parece hablar de ella. Tafur pues, al hablar de la sublevación de Génova, a lo más quiso decir que él se encontraba por aquellos países cuando sucedió tal hecho. En lo cual, tratándose de un suceso oído 18 años antes pudo fácilmente equivocarse o confundirse, aunque también sería posible que dijera verdad, pues es seguro, ya lo hemos anotado, que el gran viaje que él describe no es el único que hizo, a lo menos llevó a cabo otro por la Saboya.

### B. El itinerario del viaje

Tafur para sus Andanças tomó como centro de operaciones Italia y más particularmente Venecia. Desde aquí emprendió dos grandes viajes, uno al Oriente y otro a algunos países del Norte de los Alpes. A estos dos largos viajes precedió el de ida a Italia y siguió el de regreso a España, estos dos últimos, ambos mucho más cortos. Dividimos, pues, sus andanças en cuatro viajes, separados por tres fechas perfectamente conocidas.

1.º viaje: San Lúcar de Barrameda-Pisa, Venecia, con visita de Roma y algunas otras ciudades italianas: Otoño de 1436 hasta 9 de mayo de 1437.

2.º viaje: Al Oriente: Palestina, Egipto, Bizancio, Turquía, con regreso a Venecia: 9 mayo 1437 hasta 22 mayo 1438.

3.º viaje: Al imperio alemán y ciudades limítrofes de los Países Bajos, Polonia, Austria e Italia hasta Ferrara: 22 mayo de 1438 hasta 19 enero de 1439.

4.º viaje: Regreso a España por el Adriático y Mediterráneo hasta Cerdeña, en donde queda interrumpida la narración en el manuscrito: 19 enero de 1439 hasta la primavera del mismo año.

#### 1. Viaje a Italia

(otoño 1436—9 mayo 1437)

Por faltar en el manuscrito la mitad del primer folio, no sabemos cuando saldría Tafur de su casa (seguramente de Sevilla) para San Lúcar de Barrameda que es la primera ciudad citada en la narración. Por lo que sigue se puede conjeturar que ahí se pondría enfermo, lo que Tafur se enteró de las noticias no durante el viaje sino después en España, de la misma manera que se informó de las que da frecuentemente sobre sucesos posteriores al viaje.

que retrasaría su salida para Italia y, cuando estaba aun convaleciente, se enteró de la expedición militar que contra la fortaleza de Gibraltar preparaba el Conde de Niebla<sup>1</sup>. Como pundonoroso caballero se presenta entre los sitiadores, con sorpresa del conde que lo creía enfermo y, fracasada la empresa, vuelve a San Lúcar, en donde, dice: «nos rescibieron non con aquella alegría con que avjemos partido» y en donde ultima los preparativos para su larga peregrinación. Esto sería por el otoño de 1436, pág. 3—6.

**San Lúcar-Génova.** — En San Lúcar sube él con dos escuderos de compañía en una carraca de Jerónimo de Voltajo, que con otras dos de los hermanos Doria, todas genovesas, se dirigían a su patria llevando a bordo gente de armas «por recelo de los catalanes»<sup>2</sup> y muchos ricos comerciantes genoveses de Sevilla. Era la segunda quincena de noviembre, p. 7.

Después de tocar los puertos de Cádiz y Arcila (en Berbería) en donde pasan tres días, al entrar por el estrecho de Gibraltar, se han de refugiar en Tánger por miedo de dos grandes velas que creían catalanas. Pasan el día siguiente a Ceuta y después a Málaga (9 días) que visita y describe con vistas a poder atacarla algún día, p. 9—10.

Siguiendo por las costas del entonces reino granadino, hacen escala de un día en Cartagena «por saber nuevas de catalanes» y prosiguen, no alejados de tierra, hasta cerca de Valencia y «allí ovieron consejo de apartarse de la tierra e meterse a la mar»; divisan las Baleares y, por huir de unos enemigos temibles, caen en manos de otros que no lo eran menos, los vientos y tempestades que dispersan las tres carracas. Solo la de Tafur puede refugiarse en una isla de Provenza y llegar la vigilia de Navidad a Niza y al día siguiente a Savona, p. 10—11.

Celebran la fiesta de Navidad en Savona y salen el día 26 «por la ribera de Génova, que son quarenta millas, la más hermosa cosa del mundo de ver... parece que todo es una ciudad, tan poblada es e tan espessa de casas». Antes de entrar en Génova van a cumplir un voto, hecho durante la tempestad, al santuario de la Coronata<sup>3</sup>. Por fin «bien

<sup>1</sup> El episodio de Gibraltar tuvo lugar en 1436, como hemos dicho. Según Ortiz de Zúñiga (Anales de Sevilla, p. 322) aducido por Jiménez (p. 177) la muerte del conde de Niebla ocurrió el 31 de agosto de dicho año. Si así fuera, habría de suponerse que Tafur a su regreso a San Lúcar de Barrameda, esperó aquí a lo menos dos meses, cosa que no sería de extrañar, pues no habría todos los días, ni todas las semanas barco para Italia.

<sup>2</sup> Los genoveses, pues, estaban en guerra declarada con los catalanes, una nueva prueba de que esto era en 1436, pues en diciembre de 1435 no lo estaban.

<sup>3</sup> «A nuestra Dona que Corona, que así lo aviamos prometido en la fortuna del mar», p. 11. Desimoni, p. 334, es quien identifica este santuario: Nostra Donna di Coronata, media hora antes de Génova.

cansado, e enojado, e mareado, e quito de toda ufanía puede descansar en la posada, p. 11.

**Génova-Pisa-Venecia.** — Tiene aquí cuestiones con los banqueros que «non le acudien con el cambio», pero el Dux y varios señores de la tierra le favorecieron y le hicieron pagar todo lo suyo con la costa doblada. De Génova canta no pocas excelencias: de la ciudad, de los comerciantes, de su imperio colonial, de la virtud de las mugeres, con algunas reflexiones desfavorables sobre las luchas políticas<sup>4</sup>, p. 11—14.

Pasadas unas dos semanas en Génova, en nave genovesa sale para Porto Venere, que aquel día se había rebelado contra el rey de Aragón, tocan Spezia, Lerice, Pietrasanta y, al estar a la vista de Livorno, son detenidos por la escuadra catalana del Conde de Módica, Bernardo Juan de Cabrera, a quien él comunica la sublevación de Porto Venere. Es obligado a regresar a Lerice con dicha escuadra; de allí pasa a Porto Venere y, con otra fusta, a Livorno, llegando por el río hasta Pisa y «por muy buena tierra de lavor y de pan» a Florencia, continuando aun «por las Alpes de Pistoia» hasta Bolonia, a donde llegaría a mediados de enero de 1437, p. 14—17.

En Bolonia, acompañado de los castellanos que allí estaban «ansí perlados como cavalleros» se presenta al papa y le pide y obtiene licencia y la bendición para el viaje a Jerusalén. Se detiene aquí dos semanas reposando y «mirando las fiestas que fazían ansí los cortesanos como los cibdadanos, esto era en medio del invierno, quando ellos acostumbran fazer todas sus fiestas e ayuntar casamientos»<sup>5</sup>. Vende ahí sus caballos y en barca por el río, que se hiela cada noche, y después por el Po llega a Ferrara (tres días, con visita al marqués), a Francia y a Venecia a primeros de febrero, p. 17, 19.

**Venecia-Roma.** — Al desembarcar en Venecia entra en la iglesia de San Marco para hacer oración, se hospeda un día en la posada del Esturión y, al siguiente, se presenta al banquero Carlos Morosín, que le pagó con puntualidad la letra de cambio que traía. Otro mercader del mismo nombre, Carlo Morosín, muy conocido suyo de Sevilla, le prepara casa y estancia; pero, en esto, se entera que ha de esperar tres meses para poder ir a Jerusalén, pues los barcos no salen hasta el día de la Ascensión que era en el mes de mayo (día 9). Si bien él hubiera querido aprovecharlos en un viaje hacia el Norte, por consejo del buen amigo, opta por visitar Italia e ir a pasar la próxima Cuaresma en Roma, p. 19—21.

<sup>4</sup> La tierra flaca, las casas, el puerto, los faros, las iglesias, el imperio colonial. La castidad de las mugeres; en los casamientos se cotiza su talla alta. Las luchas políticas; alusión a la rebelión de diciembre de 1435, que costó la vida a Opicino de Alzate, el gobernador del duque de Milán.

<sup>5</sup> Descripción de la ciudad; el río con los molinos que fabrican papel, seda, etc. La Universidad. Nota histórica sobre la tumba de Santo Domingo.

En un viaje rápido, pues aunque dice que visitó varias ciudades no nombra ninguna, se traslada a la capital de la cristiandad, entonces muy abandonada, ya que el papa, según repite, se hallaba ausente en Bolonia. Pasa toda la cuaresma aquí. A la descripción de Roma, que, según veremos después, es muy interesante, dedica 15 páginas del texto, p. 16—36.

**Roma-Venecia.** — A finales de marzo o primeros de abril sale de Roma para Viterbo, Nerni, Terni, Perugia y Asís<sup>6</sup>, en donde pasa tres días, pues encontró allí un criado, muy amigo suyo, sevillano sin duda, de su paisano el cardenal Cervantes. De Asís llega hasta Gubbio para saludar al conde de Urbino, que era un santo varón, y que encuentra cantando con los clérigos en una procesión organizada para recibir al cardenal Colonna, el hermano de la muger de dicho conde. Tafur, para ser mejor recibido, se presenta como peregrino necesitado, pero pronto declara su personalidad y es tratado afectuosamente y aun obsequiado con presentes que él se resiste a admitir<sup>7</sup>. Un escudero del conde le acompaña hasta Rimini y le prepara allí una galera con portes pagados hasta Venecia, a donde llega, después de una corta parada en Ravenna, un mes antes del día de la Ascensión, es decir hacia el 9 de abril.

En Venecia, en donde se sabían cada día nuevas de todas partes del mundo, pasa un mes «aviendo mucho placer e mucho descanso». Contrata con el patrón de la galera el pasaje a Tierra Santa, que era, según costumbre, «por el nólito del navío, e por el comer abundantemente, con las colaciones de muchas e buenas conservas ansí a la mañana como a la tarde e noche, yda e venida fasta Veneja, treinta e cinco ducados por cada persona»; pero él pagó, por tres personas y por el solo viaje de ida, 60 ducados, p. 41—42.

## 2. Viaje a Oriente

(9 mayo 1437—22 mayo 1438)

**Venecia-Jaffa.** — El día de la Ascensión, 9 de mayo de 1437, al atardecer, después de recibida la bendición, sale Tafur de Venecia con el barco especial destinado a peregrinos. Se dirigen a la costa opuesta de Esclavonia, por haber allí muchos puertos seguros, y hacen parada en Parenzo, Zara y Ragusa, en donde se admira de las personas, que son las más altas de estatura que nunca vió, pero que le hacen

<sup>6</sup> Nota sobre los monasterios y sobre la forma en que está guardado el cuerpo de San Francisco.

<sup>7</sup> Hubo de aceptar tres pares de camisas, paños y toallas. Rechazó los cien ducados que le ofrecía a última hora el escudero por encargo del conde, del cual hace este elogio: «este buen conde es ya finado, e dizen que murió santamente e es canonizado por santo».

Marzo  
1437

Abril  
1437

9 mayo  
1437

Enero  
1437

Febrero  
1437

exclamar: «que salvática gente!»<sup>8</sup> Entran en Valona, ganada poco ha por el Turco, y siguiendo la costa de Albania tocan Corfú<sup>9</sup>, a ochocientas millas de Venecia, y antes de llegar, el cuarto día, a Modón (Methone) puede visitar el monasterio de monjes basilianos del islote de Stamphani<sup>10</sup> a los cuales obsequia con pescado fresco. En Modón<sup>11</sup>, puerto-escala de los venecianos, se detienen seis días y en otros dos con sus noches ganan las trescientas cincuenta millas hasta Creta o Candía<sup>12</sup>, viendo de cerca, de paso, la isla de Citera que le recuerda a Paris y Elena, p. 42—46.

Pierden tres días en Creta y, saliendo de allí, al tercero están a la vista de Rodas, salvando las 300 millas que las separan. Unos barcos del rey de Aragón que se disponían a atacar el de Tafur, lo dejan en paz al izar éste los pendones de Jerusalén. Rodas, la isla de los caballeros, encanta al nuestro, que se complace en describir sus aposentamientos, palacios, castillo y jardines<sup>13</sup>. De Rodas en menos de veinticuatro horas alcanzan Castelrosso y, costeano cerca de las ciudades turcas<sup>14</sup>, en tres días ven Paphos y en otros tres Jaffa, el puerto de Tierra Santa, p. 46—51.

**Palestina.** — Dos monjes de Monte Sion venidos expresamente desde Jerusalén, entran en el barco con el seguro del Sultán y sacan todos los peregrinos en tierra, e entrérganlos al Adelantado por escripto, en tal manera que non pase engaño ninguno. En asnos, por los cuales pagan dos ducados<sup>15</sup>, se dirigen a la ciudad santa, parando en San Jorge y en Ramleh. En Jerusalén se aloja, lo mismo que una docena de caballeros, en Monte Sion, p. 51, 52.

La visita de Tafur a Tierra Santa, que duró unas tres semanas, no fué para él de importancia extraordinaria. Vió, sí, los lugares históricos o legendarios más venerados de los alrededores de Jerusalén hasta el Mar muerto, que entonces, como ahora, eran enseñados a los

<sup>8</sup> «aquí se crían los mejores açores, después de Nuruega, que hay en el mundo, e dizen que en muchas partes de esta provincia se falla minero de plata», p. 42.

<sup>9</sup> «la qual dicen los venecianos ser la puerta de su cibdat; poco ha la vendió a ellos el rey Lançalango», p. 43, es decir, el rey Ladislao, en 1417.

<sup>10</sup> En Stamphani, una de las Strophades, se conservan aun las ruínas de un convento fortificado. Cf. Enc. Italiana, voz: Strophadi.

<sup>11</sup> Modón, ciudad de 2000 vecinos (cabezas de familia).

<sup>12</sup> Descripción de la ciudad, allí cerca está el laberinto de Dédalo.

<sup>13</sup> El Gran Maestre está siempre acompañado de 12 compañeros que comen con él. Magnífico hospital para los peregrinos.

<sup>14</sup> De paso le muestran una ciudad «suvertida, dicen, por pecado de sodomía», p. 50.

<sup>15</sup> Por derechos de visita, tuvo que pagar en conjunto doce ducados y medio.

peregrinos<sup>16</sup>. Hay que notar una escapada particular suya, separándose de la comitiva, a la Transjordania; un lance con un alcalde (sic) que les exigía indebidamente unos derechos, lo que le costó la vida, y una travesura en Jerusalén, pues se disfrazó de moro para entrar con un renegado portugués en el llamado por él templo de Salomón, convertido en mezquita<sup>17</sup>. Sin embargo su narración con las acostumbradas descripciones plásticas quizá ofrezca no pocas notas originales, p. 52—64.

Tafur se informó con los frailes de Monte Sion para ir por tierra al Sinai, pero los trujamanes habían ya partido, y aunque él estaba dispuesto a esperar otro año, el Guardián le aconsejó que se fuera por Chipre, pues allí el cardenal seguramente le facilitaría los medios.

**Jaffa-Beyrut-El Cairo.** — Deshaciendo el camino hasta Jaffa, se embarca aquí para Beyrut y durante el trayecto sus algo confusos recuerdos bíblicos le hacen hablar de Sur y Ascalón (quizá Tiro y Sidón)<sup>18</sup> y Acre, que distingue desde el barco. En Beirut admira los cedros del Libano y trae a colación la leyenda de San Jorge<sup>19</sup>. Quisiera ir a Damasco, pero el patrón del barco no le da tiempo. Continúan para Chipre desembarcando en Famagusta y, por tierra, pasa a la corte que se halla en Nicosia, no sin antes haber pillado en la isla malsana un dolor que se le apoderó de todo el cuerpo, y que por fortuna duró poco, p. 65—67.

En la corte es muy bien recibido por la tía del rey y por el cardenal de Chipre, hermano de ésta, y aun encuentra allí a un castellano de Segovia, Mosén Suárez, que era el almirante y que le aloja en su casa<sup>20</sup>. El rey, para favorecerle, le encarga una embajada al Sultán de Egipto que él acepta con gusto y, después de pasada una buena semana en la isla, sale muy bien provisto de víveres y acompañado de un intérprete para Egipto, cuya costa alcanza al cabo de once días, p. 67—72.

Desembarcan en Damietta a la boca del Nilo. En seguida se presenta al adelantado que le aloja en su morada. Unos moros le acusan de ser catalán, acusación que de ser cierta le hubiera costado la vida,

<sup>16</sup> Visitó muy detalladamente Jerusalén, y además Belén, S. Juan in Montaña, Jericó y el Mar muerto, el Monte de los Tentaciones, Magdala o lugar de la resurrección de Lázaro.

<sup>17</sup> Descripción del interior de la mezquita, de la cual dice «pocos días ha que era Iglesia sagrada».

<sup>18</sup> Sur y Ascalón podrían ser Assur y Ascalón, pero esta última ciudad está al sud de Jaffa, y no la vería en dicho viaje.

<sup>19</sup> Dice de los dragones: «e fallantos en los campos debaxo de las piedras, como acá los alacranes, e non crescen más, nin tienen ponçoña, dicen que por ruego del bien aventurado Sant Jorge», p. 65—66.

<sup>20</sup> Larga digresión sobre el rescate del rey Janus, hecho años antes prisionero en Egipto.

pero para dirimir el pleito se acude al testimonio inapelable de dos turcos que declararon era mentira. Aquí se siente Tafur por primera vez en país de maravillas y por esto se extiende en largas y pintorescas descripciones de todo lo que ve: el agua del Nilo es tan buena que «bien parece agua del Parayso» y nunca bebió otra cosa mientras estuvo allí; vió muchos cocodrilos y la manera de cazarlos, son muy peligrosos; en la barca o gerba<sup>21</sup> con que subían por el río había tres tambores para espantarlos. Vió también una turba de gentes que se rapan la cabeza, barbas, cejas y pestañas, de los cuales dice con cierta sorna: «que aquella es la santidad, e que por servicio de dios desprecian el mundo e su pompa, que es aquello que se raparon, e algunos van cargados de cuernos, e otros enmelados e emplumados, e otros con unas lanzas e lanternas encendidas», p. 72—77.

Llegan a Babilonia (el Cairo) después de siete días y, al siguiente, se presenta al trujamán o intérprete mayor haciéndole entrega de las cartas del rey de Chipre y de 200 ducados que éste le enviaba. El trujamán le da alojamiento en su mansión y a una pregunta suya Tafur declara que es «castellano natural de Sevilla», de lo cual aquel hubo mucho placer, pues también él lo era. Desde entonces le trata como a hijo.

Al cuarto día le recibe ricamente ataviado y con gran aparato el Sultán<sup>22</sup> y da inmediatamente respuesta favorable a las demandas contenidas en las letras<sup>23</sup>, que figuraba leía entonces por primera vez, pero que en realidad ya el día anterior había visto<sup>24</sup>. Las letras las leen en lengua turca aunque vayan escritas en otra, p. 77—79.

En el Cairo pasa unas semanas visitando, siempre acompañado del trujamán, entre otras curiosidades, el jardín de la Matarea, donde crece el bálsamo, que ha de ser regado con agua de la Virgen, y en donde hay la higuera en que ella se escondió; los elefantes, de los que nos da una descripción muy notable, y las girafas; los graneros de José, que serían las pirámides.

Por fin va a pedir licencia al sultán para ir al Sinaí y lo encuentra de caza acompañado de unos cinco mil de a caballo. Presenció allí un juego muy espectacular parecido al del Polo, en el que tomaban parte mil jinetes por bando. El sultán puso tres camellos a su dispo-

<sup>21</sup> Descripción de estas barcazas adaptadas para navegar en río.

<sup>22</sup> Se celebraba aquel día una gran fiesta en honor del Sultán. Larga descripción de la residencia del príncipe, con calles y patios llenos de gente armada «será tan grande como Villareal».

<sup>23</sup> Las demandas eran: que no le enviase mamelucos para cobrar el tributo; que le recibiese en «chamelotos» al precio que valían en el Cairo, y que le dejase vender libremente la sal en Siria.

<sup>24</sup> Esto se hacía porque «tenían por mengua non responder súbito».

sición y, a más, le procuró una recomendación del patriarca de Alejandría<sup>25</sup> para los monjes del monasterio, p. 85—91.

*Excursión al Sinaí.* — Para el viaje por el desierto, que dura unas dos semanas, siempre entre un mar de arena, hacen uso de la brújula. Hacía un calor tan grande que dudaba onbre de poderlo sufrir<sup>26</sup>. En el monasterio del Sinaí, cerca del mar rojo, hay de cincuenta a sesenta personas entre monjes y sirvientes. No pudo ver sino a cierta distancia el cuerpo de Santa Catalina, pero le pareció que debía ser «segun su grandeza más de un palmo más alta que la más alta muger que agora se falla»<sup>27</sup>. Al cabo de tres días habla con el prior sobre la manera de poder pasar a la India. Éste le dice que espere unos días pues está a punto de llegar de allá la gran caravana, p. 91—94.

En efecto llegó la gran caravana en la cual venía otro aventurero mucho más atrevido que él, el veneciano Nicolò de' Conti, con su muger e hijos tornados moros, que les habían hecho renegar en la Meca. En el primer momento Tafur se presenta como italiano y súbdito del rey de Chipre, pero luego confiesa la verdad. Conti le saca de la cabeza la proyectada excursión a la India, pues no le sería posible llegar allá si no fuera volando. Más adelante damos una nota muy detallada de este encuentro. Tafur se despide de los monjes, que le otorgan la divisa de Santa Catalina, con una limosna, p. 94—99.

Las quince jornadas de regreso por el desierto se le hicieron menos trabajosas «con el sabor de oyr tan buenas cosas como dizie Nicolò de Conto». Realmente le contaría cosas interesantes. A nuestro héroe le interesarían principalmente las legendarias a juzgar por las que reproduce en su libro, p. 99—111.

*El Cairo-Constantinopla.* — En el Cairo concertaron los dos amigos de darse cita todos los días en la iglesia de Santa Marta. Conti debió buscar, como renegado, aposentamiento entre los moros. Tafur se fué con el Trujaman, que le recibió «alegremente como si un fijo le fuera venido». El veneciano fué a quejarse al sultán porque en la Meca no le habían guardado el seguro obligándole a apostatar. El soberano «entendiendo estar en cargo e por lo amansar, fizole muchas mercedes e fizole su trujaman mayor», lo que decidió a Conti a quedarse una

<sup>25</sup> Nota interesante sobre el patriarca de Alejandría. Dice que hacía el nombramiento de patriarca de la tierra del Preste Juan, es decir del Abuna, y que mientras estaba él en Egipto (verano de 1437) hizo un tal nombramiento. En la lista de Abunas hay un vacío o confusión en estos tiempos. Cfr. Dict. d'Históire et Géographie écclesiastiques, voz: Abuna.

<sup>26</sup> Sería a últimos de agosto. Nota curiosa sobre las momias.

<sup>27</sup> Leyenda del traslado del cuerpo de Santa Catalina desde el monasterio de arriba al de abajo, del Sinaí.

temporada en el Cairo; en efecto veremos que no llegó a Italia a lo menos hasta dos años después<sup>28</sup>. Tafur quedó allí aun algunas semanas y las aprovechó para visitar mejor aquella capital que, como hoy, chocaba al español por su alcaycería o bazar y por el bullicio de vendedores ambulantes que andan por las calles. El trujamán, creyendo halagarle diciendo bien de catellanos, le contó la curiosa leyenda de Pedro de Randa, un castellano pirata y mártir, cuya fumba era muy venerada en la iglesia de Santa Marta, p. 111—118.

Por fin se despidió de la amable familia del trujamán sevillano que le obsequió con algunos regalos: dos gatos de India, e dos papagayos, e otras cosas, sobre todo una turquesa que aun conservaba cuando esto escribía.

Nilo abajo, se fué esta vez hacia Alejandría para venerar los recuerdos de Santa Catilina y, por tierra, pasó a Damietta en donde tuvo que esperar una semana la nave que el rey de Chipre había puesto a su disposición, p. 118—119.

En siete días de navegación estuvo otra vez en Chipre tomando tierra en Paphos, malsana ciudad. El día de llegada parece había muerto el obispo<sup>29</sup> y dos escuderos suyos. Con las bestias de montar de dicho obispo se trasladó él a Nicosia, pernoctando antes en una aldea para que se le pudiera preparar honorífico recibimiento, pues venía de cumplir una embajada. Mientras estaba en Nicosia hubo una sublevación contra el rey para obligarle a separar de su corte a un privado o favorito. Tafur, para complacer al monarca, hubo de quedar allí una semana y vió llegar dos embajadas, una del duque de Saboya y otra de un duque alemán; enviadas por tratar casamiento con el rey, que era joven<sup>30</sup>, p. 119—122.

De la isla de Chipre, en un gripo puesto a su disposición, partió por el puerto de Cerines y, antes de llegar a Castelrosso, fueron perseguidos por una galera turca, salvándose gracias a la habilidad de un cómitre catalán a quien poco antes Tafur había librado de la muerte que le quería infligir el patrón de una nave. La persecución fué empeñada, tanto que allí non fallecía la letanía, las manos bien trabajadas de remar. Tuvieron con ocasión de este percance tal

<sup>28</sup> Poggio (obra citada más adelante) dice que cuando llegó Conti a Florencia, el papa Eugenio IV estaba allí por segunda vez, es decir por los años de 1439 a 1443. Pero comparando esta nota de Poggio (de p. 126) con otra de Biondo, que veremos después, se ha de concluir que fué antes del setiembre de 1441.

<sup>29</sup> El franciscano Angelo de Narnia. Eubel (Hierarchia catholica, I, p. 359 y II, p. 211) no da ni el día ni el año de su muerte, aunque sí anota que el sucesor ya estaba nombrado en mayo de 1438. De la referencia de Tafur se deduciría que murió en octubre de 1437.

<sup>30</sup> Tafur dice que era «grande de persona» y que tendría unos 16 o 17 años. Tenía unos 22 años de edad.

tempestad que, para descargar el gripo, queríanle echar un hombre al agua, pero él no lo permitió, p. 123—125.

De Castelrosso en dos días llegan a Rodas en donde se presentó enseguida al caballero castellano Nuño de Cabrera, que le hizo con su buen tratamiento olvidar pronto el susto y peligro que había pasado. Al segundo día lo recibe el Gran Maestre Antonio de Fluvián «muy agraviado de dolor de yjada»; le despachó enseguida un asunto del rey de Chipre y aquel mismo día por la noche murió<sup>31</sup>. Esto acaccia, según los autores, a últimos de octubre de 1437. Tafur fué testimonio del entierro del finado y de las ceremonias de elección, que describe detalladamente, del nuevo maestre. Fué elegido el Prior de Alvernia, Juan de Lastic, p. 125—129.

En Rodas contrató el pasaje para Constantinopla con el patrón de una nave de Ancona. Tocaron la isla de Samos y, al estar a la vista de la de Chios, una barca les notificó que en el puerto había las naves enviadas por el concilio de Basilea al emperador de Constantinopla<sup>32</sup>. Ellos querían pasar de largo, pero calmó tanto el viento que decidieron pasar la noche en una de las playas. Cuando al día siguiente iban a emprender la marcha, se les acercaron dos galeras gruesas y dos sotiles que les obligaron con amenazas a que entraran en el puerto de Chios para que no pudieran saber sus intentos, que eran de ir a Alejandría a combatir dos naves catalanas, «la d' En Casa-Sages e En Sirvienta». Lo malo fué que la nave de Tafur, mal anclada aquel día en medio del puerto, a causa de una súbita ventolera fué a dar contra los restos de una carraca anegada allí cerca, y con tal furia que los marineros hubieron de salvarse a nado y él agarrándose a las desferras de aquella carraca, pasando unas horas bien desagradables. Por fin le vino el auxilio por unos vizcaínos que había en tierra<sup>33</sup>. Uno de

<sup>31</sup> No hay acuerdo entre los historiadores sobre la fecha exacta de la muerte de Antonio de Fluvián aunque todos convienen en que sería a últimos de octubre. Tafur parece indicar claramente que entre el día del entierro y el de elección del nuevo Maestre no pasaron más de 24 horas.

<sup>32</sup> Los embajadores del Concilio, ya de regreso de su fracasada misión, estuvieron detenidos en Chios del 8 al 22 de noviembre de 1437 (Concilium basiliense, vol. V, p. 317). Tafur da aquí una explicación curiosa sobre la forma en que el emperador se desentendió de dichos embajadores. Dice que para poner paz entre ellos y los enviados por parte del papa dijo que no quería hacer el viaje ni con las galeras de los unos ni con las de los otros, sino que lo haría con las suyas propias. Pero las del papa, ya de acuerdo con él, se dirigieron al Mar negro por unos días y a su regreso tomaron al emperador, p. 133. Que dichos galeras se fueron al Mar negro, lo confirma Sanudo (Muratori, XXII, 1049—50).

<sup>33</sup> Se interesaron por salvarle el capitán general de la isla, micer Nicolao de Meton y los obispos embajadores.

los embajadores del Concilio, que como hemos dicho estaban en la isla, el obispo de Viseo, se lo llevó consigo y lo hizo curar. Tafur dió allí la noticia de la elección del Prior de Alvernia para Gram Maestre de Rodas<sup>31</sup>, p. 130—133.

Mientras era sacada a flote y adobada su nave, Tafur que no sabía estar ocioso, saltó al continente asiático. En Foja vieja<sup>32</sup> encontró a un amigo suyo de Sevilla que le facilitó medios para ir a visitar las ruínas de Troya. Nadie le sabía dar razón de la desaparecida ciudad, pero a él lo que le sirvió para conocer que aquel fuese el Elion de Troya, fué ver grandes pedaços de edificios e mármoles e losas, e aquella ribera e aquel puerto de Tenedon enfrente<sup>33</sup>, p. 133—134.

Vuelto a Chios y en ruta de nuevo, otra tempestad les abre la nave que reparan en Tenedos<sup>34</sup>, isla do hay muchos conejos y viñas, aunque todas perdidas. Lo que más admira es el puerto que parece tan nuevo como que hoy saliere de la mano del maestro, e el molle fecho de muy grandes losas e colupnas, en que se amarran los navíos, e muy buen suelo para surgir. Saliendo de Tenedos se entran por los Dardanelos en cuya ribera izquierda, de Europa, está la torre del Vituperio donde se halló Aquiles con Patroclo, y llegan a Galípoli. Por el mar de Mármara tocan Heraclea y Sylumbrea y, poco después, divisan a lo lejos una montaña que le dijeron era Santa Sofía. Dos millas antes de llegar a Constantinopla paran y pasan la noche, p. 134—137.

Desde allí, al día siguiente, él hace anunciar su llegada a un patrón de una nave Juan Caro, natural de Sevilla, que era mucho su amigo. Y éste con otros castellanos de Pera le salen a recibir y, contra su voluntad, fiene que desembarcar en Pera do ellos tenían su morada. Al saltar a tierra todos juntos van a la iglesia a hacer oración y allí encontró al Podestà genovés que le recibió muy bien y aun, poco después, le envió un presente de vinos y aves a la posada. El día siguiente hubo recepción de la colonia castellana de Pera y de Constantinopla y entonces vió a Alfonso de Mata, escudero del rey Don Juan II, llegado allí con la embajada del Concilio, p. 137—139.

Al cabo de dos días, bien ataviado y luciendo el collar de escamas fué a hacer reverencia al emperador. De intérprete le sirvió Juan de

<sup>31</sup> Anota que también estaba en la isla el hospitalario comendador de Pulaque, que, poco después, fué nombrado mariscal de Rodas y que Tafur más tarde encontró en España.

<sup>32</sup> Foja vieja, la Focea antigua, hoy Eski Fokia, cerca del golfo de Esmirna.

<sup>33</sup> Curiosa nota de Tafur: «Toda esta tierra es poblada a caserios e han los turcos por reliquias los edificios antiguos e non desfarian ninguno d ellos, antes fazen sus casas junto con ellos», p. 134.

<sup>34</sup> Nota histórica sobre el castillo.

Sevilla, un trovador que con su laúd cantaba romances al soberano. A éste dijo que venía por visitar su persona, ver su estado y saber verdaderamente la razón de su linage, que se decía procedía de allí. El emperador le prometió hacer registrar las historias sobre el asunto y otro día le manifestó el resultado, que da lugar a una larga disquisición histórico-legendaria, p. 139—149.

El Paleólogo considerandole como a uno de su linage lo trata con gran afección, le convida algunas veces a caza, intenta se quede a su servicio como hombre de armas, y, al salir pocos días después para Venecia-Ferrara<sup>35</sup>, lo encomienda a su muger la emperatriz y a su hermano el déspota Dragas «este que los turcos mataron agora» advierte, refiriéndose al tiempo en que escribía el libro, p. 149—152.

*Excursión a Andrinópolis.* — Por recomendación del déspota, el hermano de un genovés de Andrinópolis, que tenía gran conocimiento con el Gran Turco, acompaña a Tafur hasta dicha ciudad y aun hace de manera que dicho Gran Turco, Amurates II, le llame para informarse de él como había salido el emperador de Constantinopla. Así pudo ver nuestro curioso viajero su persona e casa e gentes... e estava tan bien acompañado qual yo nunca vi otro, el qual, aunque parezca que yo digo mucho, refiérome a aquellos que me lo dijeron, que tenía seiscientos mil de a cavallo, e a buena fe que yo me temo mucho de decir tanto como me dijeron... Su persona e gentes están siempre a campo, invierno e verano, en tiendas, puesto que estava cerca de la cibdat, e jamás entra en población sinon es cuando va al baño con sus dueñas...» Aun el genovés le procuró el ir a caza con dicho príncipe. Es muy detallada la descripción que Tafur hace de aquellas gentes, de su vestir, alojamiento, etc. Los turcos —acaba— es noble gente

<sup>35</sup> Así describe la salida: «el día que partió de Constantinopla el emperador se hizo una gran fiesta, e salieron con él todos los religiosos con la procesión fasta lo embarcar, e muchos le acompañaron una jornada de allí por la mar, e yo fui con él, e de allí tomé licencia e bolví a Constantinopla», p. 152. Según los historiadores el emperador habría salido de la capital el 27 de noviembre de 1437. Todos se apoyan en la afirmación de Sguropulos (Vera Historia Unionis non verae, Hague Comitib., 1660, p. 67). Es algo difícil de hacer concordar esta fecha con las notas de Tafur sobre su estancia en Chios y en Constantinopla. Como el escritor griego es muy apasionado y exagera manifiestamente los sufrimientos y molestias del viaje, no sería extraño que también hubiera alargado dicho viaje anticipando la salida en una o dos semanas, de lo cual, creo, hay indicios en la misma narración. Las *Acta graeca* (Mansi, XXXI, 463ss.) omiten la relación del viaje. Sin que lo corrobore otra fuente no puedo dar tal autoridad a Sguropulos que me obligue a dar por equivocadas las noticias de Tafur. Lo más probable es que las galeras no salieron todas al mismo día. Sabemos que una de ellas con familiares del emperador ya llegó a Venecia el 23 de diciembre de 1437, mes y medio antes que las otras (Muratori, XXII, col. 1050).

en quien se falla mucha verdat, e biven en aquella tierra como fidalgos, así en sus gastos como en sus traeres e comeres e juegos, que son muy tahures, gente muy alegre e muy humana e de buena conversaçion, tanto que en las partes de allá, quando de virtud se fabla, non se dize de otros que de los turcos», p. 152—157.

*Excursión a Crimea.* — Vuelto a Constantinopla organiza con otro mercader genovés, patrón de una nave, la expedición a la Tartaria. Por el Bósforo entran en el Mar mayor (mar negro), pasan dos días en S'nope, castillo de genoveses, y otros en Trebizonda con visita al emperador, hermano de la emperatriz bizantina, el cual le recibe bien y quiere informarse por él de las intenciones de su hermano mayor, que tenía desterrado, y que Tafur había encontrado en Constantinopla. El de Trebizonda le invita a quedarse a su servicio pero él le echa en cara su casamiento con una muger turca. Se despide, y continúa el viaje hasta Caffa<sup>39</sup>, de genoveses, de la cual así nos informa: «La cibdat es grande tan maña o mayor que Sevilla, e de gentes çerca de dos lantos, así de christianos católicos como griegos e de todas las naciones del mundo. Dizen que el emperador tártaro la avría alguna vez tomado o desfecho, salvo que los señores e las gentes comunes de las tierras veçinas non gelo consenten, porque en ella e con ella obran de sus maldades e de sus furtos e grandes travesuras que fazen, así como vender padre a fiço, o hermano a hermano; e d estas cosas e de otras peores acostumbbran allí todas aquellas naçiones de la Persia; e quando salen de la cibdat, buelven contra ella el rostro e arman el arco e tiran la frecha contra el muro, e dizen que va asuelto del pecado que cometiç, e aun dizen que este vender de los fijos non es pecado, porque es un fructo que Dios les da, de que se pueden aprovechar, e aun, que allí donde van les fará Dios más merçed que allí. Aquí se venden más esclavos e esclavas que en todo lo otro del mundo». Y a continuación describe la forma pintoresca en que se hacen los contratos de venta. Él compró allí un esclavo y dos esclavas que aun tenía en 1454. Después nos informa sobre las costumbres bárbaras del país, el comercio, la pesca, el caviar: «Aquí non comen pan que non lo ay, sinon arroz con leche de camellos, e carne de cavallos; de vinc nunca ovieron notiçia». Las gentes «son comunmente pequeñas de cuerpo e anchas d espaldas, e las frentes muy anchas, e los ojos chiquitos, e aun dizen que los más disformes son los más fidalgos... Esta çibdat de Cafa es tan fria en el invierno, que las naos se yelan dentro en el puerto. Tanta es la bestialidad e deformidad de aquesta gente, que de buena voluntad yo abrí mano del deseo que tenía de ver adelante...»

<sup>39</sup> El podestà de Caffa habia estado antes en Sevilla, en donde fuera muy bien tratado; se ofreció para lo que conviniese a nuestro viajero.

Aun fué por el mar de Azof hasta el Don<sup>40</sup> (la Tana) y, con intención de ir a la Tartaria, hasta Solcati (Corcate = Solchat, o Sulgat, en la Crimea), dando otras noticias, ya de vista ya de oidas del vestir y costumbres de aquellas gentes, p. 157—168.

**Constantinopla.** — De regreso a Constantinopla, pide al regente que le muestren los monumentos y los tesoros de la ciudad. Son ciertamente interesantes las páginas que dedica a ello. Empieza por Santa Sofia «la qual es tan grande, que dizen que, quando Constantinopla prosperava, avie en ella seys mil clérigos. E este circuyto lo más está mal parado, pero la yglesia en tal manera está, que oy paresçe que se acaba de fazer; a la manera griega, de muchas capillas<sup>41</sup> altas todas cubiertas de plomo, e de dentro de lavor musayca fasta una lanza del suelo; e tan sutil lo musayco, que aun el pinçel non se atreveria a lo fazer mejor; e de allí abaxo tan delgadas losas entremezcladas con mármoles, pórfidos e jaspes muy ricamente labrados, e el suelo de losas muy grandes por magnificencia asserradas muy delgadas; entre estas capillas e enmedio d ellas está aquella principal...la altura de la qual non se podría creer que çimiento tal sostuviese; de dentro está de musayco, como dixe, e una figura de Dios Padre<sup>42</sup> enmedio, e de abaxo paresçe como estatua de un comunal onbre, e dizen que en el pie tiene de longura tanto como una lanza d armas...» Después le enseñan las preciosas reliquias: la lanza, la saya<sup>43</sup> sin costura, un clavo, espinas; otras de la cruz, de la columna, de la santa Virgen y las parrillas de San Lorenzo, p. 170—173.

Fuera se admira de la columna-monumento de Justiniano, que le hacen creer es la de Constantino<sup>44</sup>: «un gran edificio de una columna labrada de cantos, más alta mucho que non es la capilla grande, e ençima d ella está un grant cavallo de alatón dorado e un cavallero

<sup>40</sup> Alusión a la embajada de Castilla de los primeros años del siglo XV al Gran Tamerlán, conocida por la narración de Clavijo.

<sup>41</sup> Capillas, es decir bóvedas, significado corriente en el siglo XV.

<sup>42</sup> También Clavijo habla de la figura de Dios Padre entre los mosaicos. Ebersolt, p. 50.

<sup>43</sup> «La qual paresçia que deviera ser morada e por longueza de tiempo estava como pardilla», p. 172.

<sup>44</sup> La estatua de Constantino estaba algo más lejos, en el centro del Foro de su nombre. En una mano tenía la esfera, en la otra la lanza. La esfera se cayó por los años de 478—480. La descripción de Tafur corresponde perfectamente a la de Justiniano, que reposaba no sobre una sola columna, sino sobre un monumento, con la mano derecha hacia el este mostrando a los persas. Cf. Unger, F. W., Ueber die vier Kolossal-Säulen in Constantinopel, en: Repertorium f. Kunstwissenschaft, II (1879) 109—137, y J. Ebersolt, Constantinople byzantine, p. 59 ss. Otro viajero de 1433 hace la misma confusión entre las dos columnas. Ebersolt, p. 59.

ençima d él con el brazo tendido e con el dedo señalando la Turquía, e en el otro una mançana en la mano, a señal que todo el mundo era en su mano; e cayóse un día<sup>45</sup>, con tan gran fortuna que fizo... e dizen que es tan grande como una tinaja de cinco arrobas, e de acá paresçe como una naranja», p. 173—174.

En Santa María venera una icona de la Virgen puesta en magnifico y pesado marco de plata, la cual todos los martes es paseada por las calles en forma algo maravillosa. La iglesia de Blacherna fué destruida en castigo de los sodomitas que se escondían en sus pórticos. Son también magníficos los mosaicos de la iglesia del Pantoerátor; allí hay las vasijas de la bodas de Caná, p. 174—175.

Sigue la descripción del Hipódromo con la columna serpentina, que ya solo tenía dos serpientes enteras; con una estatua de bronce, llamada el Justo<sup>46</sup>, que antiguamente dirimía las diferencias entre los mercaderes cerrando la mano. En otro lado de la plaza hay los baños que también sirvieron para juzgar a las mugeres acusadas de adulterio. En el centro había un obelisco, ni tan bueno ni tan alto como el de la aguja de César, o vaticano, p. 175—178.

Aun hay otras notas más o menos curiosas sobre los muros, el palacio imperial, la Biblioteca (noticia quizá del todo nueva)<sup>47</sup>, la atarazana, el puerto de Pera. El estado de la población es lamentable «la gente non bien vestidos, más triste e pobre, mostrando el mal que tienen», p. 179—186.

Mucho más lugar ocupan las digresiones históricas o legendarias intercaladas en el texto<sup>48</sup>.

Por fin se insertan dos episodios que podríamos llamar personales. Tafur demandó y obtuvo justicia contra un griego que había muerto a un hombre del patrón castellano. Al culpable le fueron cortadas las

<sup>45</sup> Lo que cayó en 1325 fué la cruz de la esfera, Unger, *ibidem*. Pero otro viajero Johannes Schiltberger, entre 1394—1427 vió que faltaba la esfera. *Reisen des Johannes Schiltberger aus München in Europa, Asia und Africa in 1394—1427*, pub. por K. F. Neumann, München 1859, p. 137. Cf. Ebersoll, p. 16—17.

<sup>46</sup> Sigue una leyenda referente a esta estatua.

<sup>47</sup> De la biblioteca dice: «a la entrada del palacio debaxo de unas cámaras está una lonja sobre mármoles, abierta, de arcos con poyos en torno bien enlosados e junto con ellos como mesas puestas de cabo a cabo sobre pilares baxos, así mesmo cubiertos de losas, en que están muchos libros e escrituras antiguas e estorias, e a otra parte, tableros de juegos...», p. 180. Ebersoll no cita otro viajero que hable de la Biblioteca.

<sup>48</sup> Sobre la aparición de un jinete, el ángel, al Gran Turco que iba a cercar la ciudad (p. 179—180); sobre el paso de Carlomagno por Constantinopla al volver de Jerusalén, p. 181. Sobre las leyendas, cf. Diehl, art. cit.

manos y sacados los ojos<sup>49</sup>. Otro día vió pasar, con gran regocijo suyo, por cerca de la ciudad al Gran Turco con su ejército y aun se temió viniera a atacarla por lo cual él se disponía a tomar parte en la defensa, p. 182—184.

Antes de salir de la capital bizantina hizo, por fin, una excursión a la ciudad turca de Brusa en la costa asiática, p. 185.

**Constantinopla-Venecia.** — Después de haber pasado más de tres meses en Constantinopla y tierras vecinas, dos meses en la ciudad a la vuelta de su excursión a Crimea, decidió Tafur emprender el regreso, y con sus cosas y sus esclavos se embarcó en una nave de Ancona. Al pasar por los Dardanelos unos cautivos cristianos desde la costa asiática les hicieron señas para que los salvaran, lo cual, aun contra la voluntad del patrón, logró Tafur, no sin tener que verse en una refriega con los turcos que se dieron cuenta de ello, de manera que él recibió un flechazo en un pie, p. 186—187.

Entrados en el mar del archipiélago tocaron Tenedos y Mitilene, en donde se encontraba entonces el hermano mayor<sup>50</sup> del emperador de Trebizonda que le pidió noticias de éste. Desviándose algo hacia el Norte, se acercan al Monte Atos y a Tesalónica y llegan el día de Pascua<sup>51</sup> a la isla de Andros, p. 188—190.

El segundo día de Pascua hacen vela hacia Creta y a media noche tuvieron tal tempestad que, según dice, iban «quasi desesperados de la vida, e allí se fazían pelegrinajes al Levante e al Poniente» y aun el barco se llenó de avejillas que huían de la fortuna. Rotas las velas, a árbol seco, llegan el día siguiente al anochecer cerca de Candía y anclan en una playa para descansar. Un ermitaño, que desde una colina había visto sus apuros y rogado por ellos, se acerca al barco y encuentra toda la gente dormida. Tafur y los suyos, mientras se reparaba el velamen, se fueron a pasar tres días con el santo hombre, «e si yo en tierra firme estuviera, —observa— segunt el miedo que avie pasado, para siempre nunca tornara a la mar», p. 190—191.

Al cuarto día pueden salir y en cursa rápida tocan Modón, Corfú, Valona, Ragusa, tierra de azores y de minas de plata, p. 191—192.

Desde Ragusa atraviesan el adriático para cargar y descargar en Ancona y pasan allí cuatro días. Vuelven a la costa dalmata entrando

<sup>49</sup> Al preguntar el porqué habían hecho esto, le respondieron que «el emperador non podía mandar sacar ánima».

<sup>50</sup> Este hermano había casado con una hija del señor de la isla para obtener auxilio contra el de Trebizonda. Tafur desaprobó sus intentos que solo podían favorecer al Turco.

<sup>51</sup> Tafur dice por confusión el «día de Pascua de Cinquesma» que significa generalmente por Pentecostés. Es posible que dicha confusión fuera debida a su conocimiento imperfecto de las fiestas del calendario. En otro lugar (p. 53) llama a la de Pentecostés, Pascua del Espíritu Santo.

en Spalato, en donde le contaron el caso de varias mugeres raptadas por un monstruo marino, y llegan a Parenzo, escala obligada antes de entrar en Venecia. A esta ciudad entraba el día de la Ascensión de 1438 (22 de mayo). No el mismo día pero si la misma fiesta había salido de aquí el año anterior<sup>52</sup>, p. 192—195.

### 3. Viaje al Imperio alemán

(22 mayo 1438 — 16 enero 1439)

22 mayo  
1438

**Venecia.** — Al entrar en el puerto o canal de Venecia vieron que había allí preparadas las naves que iban a Tierra santa, ya que el de la Ascensión era el día acostumbrado de salida. Entre los peregrinos encontró Tafur a varios castellanos a los que pudo dar información útil sobre el pelegrinaje, aunque no logró ponerlos de acuerdo. Al saltar a tierra van todos a la iglesia de San Marco por oír misa, después comen reunidos y por la tarde, recibida la bendición, él despide a los peregrinos.

Aquel día se celebraba grandísima fiesta en Venecia en conmemoración de la victoria sobre el Barbarroja<sup>53</sup>. En San Marco había expuesto el tesoro de la basilica que era riquísimo. El Dux sale «en toda su magnificencia e çerimonias papales e imperiales» para la fiesta de los desposorios de la ciudad y el mar, descrita con mucho colorido.

En esta ocasión inserta nuestro narrador una larga y valiosa descripción de la reina del Adriático. Contaba, según se decía, 70 000 vecinos, abundando los extranjeros y gente de armas. Su mejor defensa es el mar sobre la que está asentada «e cada uno, como al modo de Castilla tiene bestia en que cavalgar, así allí tiene barco e paje que lo reme e que lo guarde». Aunque hay cisternas, el agua es traída principalmente del río en barcos. San Marco «es fecho a capillas a la manera de Greçia, de fuera cubiertas de plomo con sus mançanas doradas, e de dentro de muy fino e muy rico mosaico de oro». La plaza toda enladrillada «e entorno todas las casas encaramadas e emportaladas»; el campanile «una torre tan alta como la de Sevilla, con un cruxío de oro fino de ducados» con las campanas que tañen «ya conosciidas qual es a misa, e qual es a oración de la noche, e qual es a consejo de plegaria, que dizen por ayuntamiento». Notables las

<sup>52</sup> Tafur dice equivocadamente al entrar en Venecia: «e en aquel día e aquella hora avia dos años que yo avia partido para Jerusalem», p. 195. Solo hacía un año, de fiesta a fiesta.

<sup>53</sup> En una larga digresión explica Tafur la intervención de Venecia entre el papa y el emperador Barbarroja. La ciudad recibió en recompensa las insignias papales e imperiales, p. 200—203. Es lo que narra Sanudo en *Le Vite dei Dogi* (Muratori, XXII, 4 [1900] p. 420ss.).

columnas de San Jorge<sup>54</sup>, el palacio ducal; las casas «muy encaramadas, e con muchas chimeneas, e presçianse de ricas portadas e finiestras de oro e de azul, bien enmarmoladas»<sup>55</sup>. Hay más de 80 monasterios y 50 iglesias con importantes reliquias y cuerpos santos, p. 204—210.

No son menos curiosas las notas sobre el regimiento público: la elección, el estado y el poder del Dux; la justicia, que es muy rigurosa, el imperio colonial, p. 208, 212—214, 216—217.

Le llamaron especialmente la atención la casa de maternidad<sup>56</sup>, la rapidez en armar las galeras y la fiesta de Carnestollendas<sup>57</sup>, que vería en su primera estancia en la ciudad (en 1437) o en la última (en 1439).

**Venecia-Ferrara.** — Tafur emprende ahora su viaje al Norte. Antes, va a hacer una visita al papa y al emperador de Constantinopla que se hallan en Ferrara. Por Chioggia y siguiendo el Po, pasa por Francolino y llega a aquella ciudad. Eugenio IV quiso informarse por él del «fecho de Jerusalem, e del Soldán e del Turco, e aun del emperador que tenia ahí consigo». Éste, a quien entregó cartas de la emperatriz y del hermano, le recibió muy alegremente y aun quería tenerle en su alojamiento, unos palacios del marqués de Ferrara que son sobre el agua del Po, que llaman del Paraíso», p. 218—221.

Tafur que durante su viaje por Oriente, siguiendo una costumbre que aun conservan hoy muchos peregrinos, se había dejado crecer la barba, aquí se la cortó, con gran pesar del emperador, ya que según él «la barba era la mayor onrra e el mayor bien que los ombres tienen a lo que contestó el castellano «nosotros por el contrario lo tenemos, que sinón por grant dapño jamás nunca la traemos». Con el Paleólogo

<sup>54</sup> Dichas columnas fueron traídas de Constantinopla y las puso de pié o erigió allí un castellano, pidiendo como premio el derecho de asilo para los delinquentes que se acogiesen a las gradas. Lo cuenta Sanudo, *ib.* p. 283. Es curioso de notar que Tafur hace castellano al erector de las columnas. En Sanudo hay puntos suspensivos.

<sup>55</sup> Dice que muchos señores de las tierras vecinas y aun de muy lejos quieren tener casa parada en Venecia, p. 203.

<sup>56</sup> Leyendas históricas sobre un Dux decapitado por haber callado un secreto de estado, sobre la muerte del conde de Carmagnola y sobre la fundación de la Casa de Maternidad.

<sup>57</sup> «Yo vi por Carnestollendas fazer una fiesta en el palacio mayor del Duce, que fizieron momos, e venian dos galeras por la mar, e fingieron que la una traya al emperador, e venien con él treynta cavalleros vestidos de brocados, e en la otra un maestro de Rodas vestido de vellud negro; e rescibienlos las damas todas vestidas de brocado e muy ricos firmalles, e ciertamente yo vi tal que mudó tres vestidos en aquella fiesta, e aun non fué mucho que aquellos eran gente mediana de la cibdat», p. 210.

estuvo en una reunión de los Padres del Concilio. El emperador traía de su tierra gran compañía, e como todos andan vestidos de ropas luengas e barvas crescidas, muéstranse personas graves e parescen una gran multitud, más aun de lo que ellos eran, aunque dizen que serien mil personas. Al cabo de una semana de estar en Ferrara vió celebrar la fiesta del Corpus Christi con asistencia del papa y del emperador, pero con tal mezquindad que le hace decir burlescamente: «e tan magnificamente se celebró la fiesta, que en una aldea de diez vezinos non se pudiera fazer más pobrememente; siquiera por los estrangeros devieran mudar el propósito usado», p. 221—223.

Del marqués de Ferrara, Nicolás III de Este, saca a relucir su vida algo escandalosa. Le vió dar una fiesta aristocrática en su palacio: túvose una gran justa, e después fizo que todas las damas corriesen a pié el palco, que llaman, que era el curso quanto un onbre echarie una piedra, e estaban de la otra parte tres pedaços de paño; uno de brocado, otro de vellud de seda carmesí, otro de grana; la primera ganava el brocado, la segunda la seda, e la tercera la grana. Si allí estuviera la Garandilla de Alcudia, bien les diera tres vueltas e ganáralo todo», nota con gracia Tafur, p. 223—226.

**Ferrara-Basilea.** — En Ferrara estuvo unos veinte días. De allí pasó a Parma<sup>58</sup> en donde se detuvo tres para ver pasar el ejército, muy vistoso, de Nicolò Piccinino, que, segun rumor, se dirigía a Bolonia; continuando después por Piacenza hasta Milán, grandísimo pueblo, uno de los mayores lugares de la cristiandad... más arreado está e mejor de ver... en día de lavor que de fiesta; las calles e casas de los armeros es una singular cosa de ver, e ansimesmo asteros, e sylleros e xastres que fazen avillaviço de guerra, e saben quantos señores traen conducta de gente por Italia e sus devisas. Siguen unas notas sobre los monumentos y especialmente sobre el duque, algo retraido, y sobre el regimiento de la ciudad<sup>59</sup>, p. 226—230.

De Milán se dirige a los Alpes haciendo parada quizá en Lugano<sup>60</sup> y utilizando, cosa nueva para él, trineos tirados por bueyes para ganar el paso de San Gotardo aun cubierto de nieve<sup>61</sup>. Por la vertiente suiza, pararía en Lucerna, que por confusión colocó en la vertiente

<sup>58</sup> «en esta cibdat ay las mayores cerezas que nunca vi», advierte, p. 227.

<sup>59</sup> Los consejeros no pueden haber dinero de nadie, salvo del Duque. Las consultas les son presentadas por escrito y han de ser evacuadas igualmente por escrito, sin consultarse el uno al otro, p. 229.

<sup>60</sup> Dice Lucerca, por Lucerna. Es probable que fuera Lugano, aunque él, al escribir, pensaría en Lucerna que habría visto al bajar por Suiza.

<sup>61</sup> Como que era tiempo de deshielo los guías disparaban las catebrinas antes de entrar por sitios peligrosos para que con el ruido las masas de hielo se deslizaran pendiente abajo. Tafur dice en forma vaga que era a fines de agosto. Seguramente era en julio.

italiana y llega sin nombrar otra ciudad a la noble Basilea, donde entonces había reunido el Concilio. La describe así: «abundosa, segunt que es Alemania, e ay buenos vinos e toda otra cosa de bivar; bien murada e gentilmente encasada, de buenos sobrados<sup>62</sup> altos e chimeneas, e las [casas] están gentilmente labradas con sus vedrieras a la calle, e muchas torres con sus cruxíos con sus grimpolas encima, e muy polida cosa de ver de dentro e muy mucho más de fuera; las calles enlosadas e empedradas e muchos abrevaderos<sup>63</sup> dentro», p. 230—233.

Abí se entera de que su paisano el cardenal Cervantes, del título de San Pedro ad Vincula, se encuentra en el monasterio cisterciense de Maristella (Wettingen)<sup>64</sup>, cerca de Baden, y va a verlo. El cardenal le hace quedar tres semanas para que se cure la herida del pié recibida en los Dardanelos. Tafur tiene ocasión de frecuentar los baños calientes de Baden y se admira sin escandalizarse demasiado de que, sin separación de sexos, las gentes se bañen desnudas<sup>65</sup>. Otra cosa le llama la atención en el país, los coros populares: esta generación comunmente cantan bien, e fasta las personas comunes cantan con todas tres voces como personas artistas», p. 233—235.

**Basilea-Colonia.** — Por río regresa a Basilea y después de unos días sigue hasta Estrasburgo<sup>66</sup>, en cuya catedral hay la mejor torre que haya visto. Admira además los mesones muy aventajados y sobre todo el servicio de incendios tan bien ordenado. Una noche vió como funcionaba, p. 235—238.

Seguramente que, antes o después de Maguncia, visitó la feria de Frankfurt (15 agosto—15 set.). Por error manifiesto Tafur coloca esta visita al regreso.

Camino de Maguncia cree por confusión situada la silla de piedra del emperador. En el trayecto siguiente, de Maguncia a Coblenza, se queda extasiado ante el soberbio paisaje de las riberas del Rin: de un cabo e de otro tantas villas gruesas, e tantas cosas notables, e tantos castillos, e tan espesos, que ha onbre vergüença de lo dezir, tan cerca unos de otros e tan obrados con aquellos cruxíos altos e aquellas grimpolas con aquellas mançanas doradas. Hasta Colonia hace el camino sin otra parada por consejo que le dieron, pues el señor de

<sup>62</sup> Sobrados = pisos. <sup>63</sup> Las típicas fuentes.

<sup>64</sup> Ya Morel-Fatio identificó este monasterio sin que nadie después lo tuviera en cuenta. Stehlin y Thommen hacen la misma identificación.

<sup>65</sup> «e allí me parece que non han por desonesto entrar en los baños los onbres e las mugeres desnudos en carnes, e allí fazen muchos juegos e muchas bebidas a la manera de la tierra». Y aun nos hace mención de haber hecho él algun juego picareseo.

<sup>66</sup> Antes de llegar a Estrasburgo vió unos hombres que sacaban oro de las arenas del río, p. 236.

uno de los castillos, de Hanesberque<sup>67</sup>, yendo de romería a Santiago había sido detenido en Burgos y, posiblemente resentido contra los castellanos, pudiera causarle alguna molestia. Parece no había motivo para ello, pues dicho señor, al enterarse de la cosa, le mandó recado haciéndole presente que quería hacer paz con castellanos, p. 238—240.

Colonia es la mayor, más rica y más hermosa ciudad de toda Alemania, muy bien encasada «e muy gentiles calles, e muchos artesanos de todas artes mecánicas... e muy buenos mesones, ordenados para rescibir, si menester fuere, un rey». Dichos mesones parece eran propiedad de una sociedad en comandita formada por nobles que tenían interés en que los hubiera tales<sup>68</sup>. La catedral o iglesia mayor estaba en construcción, guardaba los cuerpos de los Reyes magos, en cuya tumba poco antes habría acaecido un gran milagro. Esta ciudad le da ocasión para juzgar así a los alemanes: «es gente muy sutil, mayormente en estas artes, que dixe, mecánicas», p. 240—243.

*Excursión a Flandes.* — Siguiendo el Rin pasa a Bruselas, con cortas estancias en Cleve, Nimega<sup>69</sup>, Bois-le-Duc<sup>70</sup>, ciudad donde se crían muchos cisnes y en donde compró un caballo muy barato, y Malinas<sup>71</sup>, p. 243—245.

En Bruselas fué muy agasajado por los Duques de Borgoña, de cuya corte fastuosa hace grandes elogios. En ella encontró a dos ciegos naturales de Castilla que «tañien vihuelas de arco, e después los vi acá en Castilla». Para visitar la ciudad iba acompañado del conde de San Pol. De la Casa de la ciudad u Hotel de Ville dice que es la mejor que ha visto, p. 245—250.

Acompañado de un caballero de L'Écluse va a Brujas y por el camino tiene ocasión de comer, para poder tomar vino, en un monasterio de dueñas, cuya abadesa había recibido mucha honor de castellanos al hacer la peregrinación a Santiago, p. 250.

Brujas es el mayor emporio comercial del mundo «día fué que salieron del puerto de Brujas setecientas velas». Venecia no puede competir con ella, pues allí solo hacen el comercio los naturales del país, mientras que a Brujas acuden los comerciantes y barcos de todas las naciones: «Allí vi las naranjas e las limas de Castilla, que paresçe

<sup>67</sup> Sin duda el señor de Heinsberg, que poseía un castillo en las Siete montañas, aunque Tafur, por confusión, lo cree muy cerca de Coblenza. Cf. Stehlin, n. 32.

<sup>68</sup> Otras notas curiosas sobre los mesones.

<sup>69</sup> Visitó los señores de Cleve y el duque de Geldern.

<sup>70</sup> Entre Bois-le-Duc y Malinas dice que paró en Lila, ciudad que se halla muy lejos de esta región. Quizá la visitó después y por confusión la puso aquí. La ciudad que probablemente encontró fué la de Tilburg.

<sup>71</sup> «el duque (de Borgoña) se precia mucho de venir a folgar a ella como quien va a un jardín, e non tiene posada suya en ella, mas en un mesón posa, e tal es, que non a él mas al mayor principe del mundo podrien reseçbir», p. 245.

que entonces las cogen del árbol; allí las frutas e vinos de la Grecia, tan abundantemente como allí; allí las confaciones e especerías de Alexandria e de todo Levante, como si allí estoviese; allí vi las pelleterías del Mar mayor como si allí nasçieran». Ciudad muy industriosa y muy rica pero donde «gran poder tiene la dehesa de la luxuria»<sup>72</sup>, p. 250—254.

En L'Écluse, donde aquel año había gran carestía de pan, socorrió a una muger y dos doncellas velando al mismo tiempo por su honestidad amenazada<sup>73</sup>, p. 235.

Vuelto a Brujas hizo una rápida excursión por la Picardía, visitando Arras y quizá Lille, y no se llegó hasta París por miedo de la peste. Después pasó a Gante<sup>74</sup> «una de las grandes cibdades del mundo» y a Amberes que estaba de feria, la mejor que viera nunca. Había gentes de toda Europa y especialmente de España y mayormente de Castilla: «Aquí es la más fermosa cosa de ver... en un monasterio de Sant Francisco se vende todo lo de pintura, e en una yglesia de Sant Juan todos los paños de Ras, e en un monasterio de Sant Domingo toda la orfebrería de oro, e así repartidos por los monesterios e eglesias, e después por las calles todas otras cosas», p. 255—260.

Desde Amberes comienza el regreso a Colonia, tocando Lovaina, Bois-le-Duc, Nimega. Por confusión, según hemos anotado, coloca aquí su visita a Frankfurt, p. 260. 261.

**Colonia-Constanza.** — En Colonia se encontró con una embajada del concilio de Basilea al Duque de Borgoña que ya estaba de regreso. En ella iba el obispo de Viseo, que conociera en Chios, un alemán y el protonotario Ludovico «el más valiente letrado que en su tiempo se falló». Con ellos hubo de continuar el viaje. En Maguncia solicitaron y obtuvieron seguro para pasar por tierras de Baviera, cuyo señor era enemigo declarado del Concilio. Con todo, poco tiempo después de salir de allí, una turba de 200 jinetes los detuvo «assaz dercostésmente» y los encerró en un castillo de Livantane<sup>75</sup>. Les hicieron perder quince

<sup>72</sup> Le contaron que las mugeres de Brujas, de toda condición, tenían libertad de ir a pasar la noche en un Hall del puerto y entregarse a quien tuviese gusto con la condición de que éste no intentara verlas ni saber quiénes eran.

<sup>73</sup> «Llegó a mí una muger e dixome que quería fablar conmigo en secreto cosa que me cumplie, e llevóme a su casa, que era cerca de mí, e mostróme dos moças, e dixome que tomase qual d ellas quisiese... e yo tomé juramento a ella e a ellas que tal cosa non fiziesen con ninguna persona... e diles seys ducados». L'Écluse tendría unos 1500 vecinos.

<sup>74</sup> Recuerda la sublevación contra el duque de Borgoña habida en 1453, poco antes de escribir el libro.

<sup>75</sup> Duraba de últimos de agosto a medio octubre.

<sup>76</sup> Quizá Lowestein. Cf. Stehlin, p. 79. El episodio habría tenido lugar el 5 de octubre de 1438 entre Worms y Spira, según los *Mon. Concil. saec. XV*, t. III, p. 55 y 163.

Feria de  
S. Bavon<sup>76</sup>

Octubre  
1438

5 octubre  
1438

setiembre  
1438

días pero —advierete— sé que non muertos de hambre, que de noche e al alva e a toda ora nos fazían comer e beber al modo de allí, allende de nuestra manera, lo qual nos oviera de tener mal provecho, p. 261—262.

Nuestro caballero envió a decir al duque o conde Stéfano quién él era y cuál el motivo de su viaje, que nada tenía que ver con el Concilio. Fué puesto en libertad y enseguida se presentó a dicho señor reclamando la libertad de los embajadores, cosa que logró ayudado por las circunstancias, pues las gentes del país se tomaron a mal que su señor quebrantara el seguro dado, de tal manera que al ser libertados fueron muy obsequiados a su paso y no les dexaron despendir nada». Tafur en estas trifulgas perdió su espada y no quiso admitir otra del duque que le ofrecían, exigiendo la suya misma con amenazas de que se pagaría en su nación de aquella injuria que le habian hecho sobre su seguro. Por fin la recobró y aun le fué dicho que el duque avía fecho más por la cobrar, que por una villa. Terminado el desagradable incidente, alcanzaron Estrasburgo y Basilea, p. 262—264.

Dejando Basilea, se encuentra en Schaffhaus con un vistoso torneo, que describe complacido, y en Constanza con su amigo el cardenal Cervantes que vuelve a retenerlo ocho días. La ciudad, dice, había mejorado mucho en ocasión del último concilio. La catedral está toda... pintada de las armas de la corona real de Aragón <sup>77</sup>. En isletas vecinas hay varias ermitas <sup>78</sup>. Nota curiosa: «Aquí vi la más hermosa muger que jamás vi nin espero ver; e tanto era su fermosura que yo dudava si en persona humana tanto pudiese eaver», p. 264—267.

**Constanza-Breslau.** — Con cortas paradas en Ulm y Nördlingen llega a Nüremberg, donde había dieta reunida por causa del concilio. Entre otras personalidades vio allí a Juan de Segovia y a Fray Torquemada. Hizo amistad con Gaspar Schlich, canceller del imperio y, para poder continuar con él el viaje, esperó acabara la dieta. Sigue un elogio de la ciudad <sup>79</sup>, poblada a la manera de Toledo, y la mención de un incidente al visitar las reliquias de la iglesia mayor, p. 267—270.

<sup>77</sup> Habían sido pintadas con ocasión de los funerales celebrados durante el tiempo del Concilio por el alma de Fernando de Antequera.

<sup>78</sup> Sobre el pasaje «ay algunas ysletas enmedio del agua do están ermitas e un monasterio de dueñas» escriben Stehlin y Thommen una nota (p. 83) algo incorrecta por partir del supuesto que la voz hermita tiene en español el significado restringido de Einsiedelei. Su significado, mucho más amplio, es: santuario en despoblado, segun Diccionario de la Academia esp., ed. 1925.

<sup>79</sup> «Viven allí muchos artesanos, especialmente de toda labor de latón.» Tafur visitó las reliquias de la catedral, entre las cuales había la lanza santa. El se atrevió a objetar que la lanza la había visto en Constantinopla y por poco le pegan.

A fines de noviembre <sup>80</sup> saldría de Nüremberg con dicho canceller, deteniéndose unos días en Eger, do tuvo lugar la boda de una hermana de éste, en Praga, en la residencia del duque de Sajonia y llegando tres días antes de Navidad a Breslau, meta de su viaje, para encontrar allí al emperador o rey Alberto, que estava en guerra con el de Polonia, p. 270—272.

Para congratular al rey Alberto, elegido emperador poco antes, avien allí concurrido diversas generaciones e muchas embaxadas de reyes e principes, e de comunidades de Italia; estava allí el obispo de Burgos por mandado de nuestro señor el rey D. Juan, ... del duque de Borgoña, e del duque de Milán, de Veneja, e de Florencia, e de Génova, e del papa Eugenio, e del rey de Aragón, e algunos d estos, especialmente de Venecia e de Florencia, le levaron ricos presentes. Advierete que el rey no quiso admitir los de Venecia y que allí me paresció que la guerra non empachava a las fiestas e justas e torneos e bodas... nin las fiestas non empachavan la guerra, mas a todo se dava buen recabdo», p. 272—275.

Tafur fué invitado a una de las bodas y comió a la misma mesa del emperador que era «baço <sup>81</sup> de color, e dizienle los alemanes por mote que era de nación castellano». Aun recibió otros honores del rey Alberto <sup>82</sup>, pero, al preguntarle éste que tal le había parecido Alemania, le recordó el desagradable incidente de Livantane, p. 276—277.

De Breslau hizo una rápida excursión a una ciudad, que no nombra, para visitar al rey de Polonia.

En Breslau le llamaron la atención el sistema de calefacción de las casas y de los carros con braseros parece que la calles son de vidrio y por esto son muy vianderos». Como era por Navidad, no resulta extraña esta otra observación: «En la media noche todos fasta los niños están en la yglesia, que son devotos de la missa», p. 276—279.

**Breslau-Viena-Ferrara.** — De Breslau se trasladó en doce jornadas a Viena. Hacia tanto frío que por el camino se le cayeron las muelas. Antes de llegar a la ciudad unos caballeros pobres quisieron saltarle, pero él con los suyos se aprovechó de los buenos caballos que montaban para escapar. Por la noche en la posada vió a dichos caballeros y, después de echarles en cara su fea acción, los socorrió con dinero y trabó amistad con ellos, de tal manera que le acompañaron mientras estuvo allí. Vió a la emperatriz o reina Isabel, a quien dió nuevas de

<sup>80</sup> Stehlin y Thommen suponen que saldrían algo antes. Téngase presente que en las *Reichstagsakten* (vol. XIII, p. 893, lin. 37) se hace una paga a Schlich con motivo de la dieta de Nüremberg el 27 noviembre.

<sup>81</sup> baço = moreno.

<sup>82</sup> El emperador le quiso obsequiar con 300 florines que le presentaron en una copa de oro. Tafur rehusó aceptarlos con mucha cortesía.

su marido Alberto. La torre de la catedral le pareció imitación de la de Estrasburgo, p. 279—282.

Para descansar, estuvo invitado unos días en el castillo imperial de Laxendorf y de allí llegó hasta Buda<sup>83</sup>, la capital de Ungría que, según él: «es nación ya cuanto grossera», p. 283—284.

De Viena pasó a Wiener-Neustadt en donde se celebraban unos desposorios principescos<sup>84</sup>.

Por las tierras de Austria y el Friul llegó a Treviso y, enterándose de que el papa estaba a punto de salir de Ferrara, sin entrar en Venecia, se dirigió directamente a Padua<sup>85</sup>. Aquí admira la basílica de San Antonio y la gran sala de la Ragione «la mayor dos tantos que yo he visto en el mundo» con su espléndida decoración, con las estatuas de grandes paduanos, como Tito Livio y Pedro de Abano, p. 286. 288.

Por fin entra en Ferrara el día en que el papa dejaba dicha ciudad para dirigirse a Florencia (19 enero 1439). Así describe el cortejo «Todos los arzobispos, e obispos e otros perlados e clereçia con las cruçes en proçesion yvan a pié, e luego los cardenales a cavallo con sendos bastones, puestos por orden, e luego salieron doze cavallos encubertados de velludo carmesí, e cada uno llevaba, qual la humbra, e qual la cadera, e qual los coxines, e ansí todos fasta el postrero, que víníe cubierto de brocado e una silla rica de plata e un arca ençima, e traye el cuerpo de Nuestro Señor e una campana de plata colgada del pescueço... e detrás d este cavallo sale el papa en un cavallo encubertado de carmesí e él vestido de missa, e su mitra de obispo, e dando su bendición a una parte e a otra, e onbres delante d él echando dinero por las calles porque los que los cogiesen ganasen perdones; esto porque non llegasen al papa tanta multitud de gentes»<sup>86</sup>, p. 289—290.

<sup>83</sup> «Es la mejor ciudad que ay en Ungría, e de muchos artesanos, aunque non en aquella pulçia que en Alemania», p. 284.

<sup>84</sup> Según Tafur el novio se hallaba ausente y esto puede explicar mejor la confusión que hace entre los personajes. Cf. Stehlin, nota 171.

<sup>85</sup> «El día que en ella entré, ví fazer justicia de un natural d'ella porque avía muerto a un cavallero catalán, que llamavan mosen Villafranca, teniéndolo por huésped», p. 288.

<sup>86</sup> Añade algunos detalles interesantes: Que por miedo a las asechanzas del duque de Milán, el marqués de Ferrara con tropas hizo ver que el papa se dirigía a una ciudad suya, mientras que en realidad por otro camino lo puso en dos días en Florencia; detalle confirmado por Sgaropulos (Vera historia, p. 211). Que el papa en premio de éste y otros favores le redujo el tributo en 3000 ducados y que de esto había una bula grabada en una lápida colocada en al iglesia mayor de Ferrara.

#### 4. Viaje de regreso a España

(16 enero 1439 — primavera mismo año)

Tafur por haber encontrado en Ferrara los «cambios cerrados e partidos» se vió obligado a hacer un viaje a Florencia; pero antes volvió a Venecia y entregó aquí todas sus cosas al mercader amigo que estaba de partida para Sevilla. Entretanto llegó noticia de que los milaneses tenían cercada y muy apurada a Brescia y aun con barcos en el lago de Garda privaban le llegaran víveres. Los venecianos para socorrerla armaron una (o unas) galera y arrastrándola por tierra y aun haciéndola subir por un alto monte la entraron en el lago, para ver lo cual acudió inmenso gentío «e non sin razón, dice Tafur, que yo nunca vi cosa nin arteficio tan duro de creer que pudiese ser»<sup>87</sup>. Nuestro viajero se encantó con el espectáculo y no menos con el del desfile del ejército milanés capitaneado por Nicolò Piccinino, p. 290—292.

De ahí partió para Vicenza, Verona, antiquísima ciudad, y Florencia, que ahora se entretiene en describir muy elogiosamente. Le causó admiración la torre del Giotto y el baptisterio con sus mármoles y, sobre todo, se entusiasmó con los hospitales «los mejores del mundo, uno de onbres e otro de mugeres, con tanta limpieça e tanto regimiento e tanto abastamiento, que si necesitat de enfermedat ocurriese a un rey o principe estando allí, dexaría su propia casa por yrse allí a curar» Y acaba: «Que non fará bueno gente tan discreta?, que de Florencia siempre salieron grandes e valientes onbres en çiençia e se fallan oy en día», p. 292—295.

Aquí toma ocasión Tafur para hablar de Pisa, antes señora y ahora sierva de los florentinos, de su historia legendaria y de su campo santo, cuyo suelo «es de la tierra de aquel Campo santo que fué comprado por los treinta dineros», p. 295—296.

Por Bolonia<sup>88</sup> y Ferrara<sup>89</sup> vuelve por quinta vez a Venecia, donde estuvo un mes esperando pasaje, que, por fin, encontró en una nave de Sicilia. Por el Adriático, que ya en parte recorría por cuarta vez, tocó los puertos de Rimini, Pesaro, Fano, Ancona y Brindisi, y, dando la vuelta a la Calabria, llegó a Mesina, de la cual los antiguos «ansí poetas, como oradores, como estoriadores... fablaron mucho; especialmente en el primero de Bello punico»<sup>90</sup>, p. 296—298.

<sup>87</sup> «un meraviglioso fatto e tale che non si truova scritto in alcuni libri degli antichi scriptori» dice con el mismo entusiasmo Decembrio (Muratori, Rerum ital. Script. XX, col. 1076 E). El Chronicon Eugabinum (ibidem, XXI, col. 977—978) dice que las galeras eran dos y que el suceso tuvo lugar entre enero y marzo de 1439. Ambos fijan que el lago era el de Garda.

<sup>88</sup> Antes paró en Florençuela, el lugar de la batalla de Cannas.

<sup>89</sup> Aquí vendió sus caballos que había dejado a pie.

<sup>90</sup> Digresión sobre la leyenda de las sirenas.

Vieron las islas de Lipari con el Stromboli y entraron en Palermo. Aquí visitó Monreale, cuyos mosaicos le parecieron lo mejor entre los latinos. Al pasar por Trapani se acuerda de que en un monte está el cuerpo de Anquises. Dan la vuelta completa a la Sicilia por Agrigento hasta Siracusa y Catania, que está al pie de la tercera boca del infierno, el Etna. Al salir de aquí un viento griego los llevó contra su voluntad hacia el África, al puerto de Tunis, cuya ciudad no pudo visitar nuestro viajero por no darle tiempo el patrón de la nave, p. 299—301.

Por fin, desde Tunis en dos días y dos noches llegan al puerto de Cálter, en Cerdeña. «Esta ysla, dice, es mal sana por mal ayre e mal agua... Así queda interrumpido el texto en el manuscrito, p. 302.

### III. Tafur, Poggio y Nicolò de' Conti

Hemos dicho que Morel-Fatio y Desimoni habían puesto graves reparos a la veracidad de Tafur basándose principalmente en lo que él nos cuenta de Nicolò de' Conti, el aventurero veneciano que hizo por aquellos mismos tiempos un largo viaje y aun una más larga estancia por las tierras de India y que, como hemos visto, se encontró con el viajero sevillano en la costa del Mar rojo, cerca del Sinaí. Como se conserva un relato de sus aventuras según él mismo de palabra la expusiera a Poggio Bracciolini<sup>1</sup>, el sesudo humanista, secretario del papa Eugenio IV, era y es cosa fácil de confrontarlo con la relación que Tafur dice haber escuchado del mismo Conti. Las divergencias son notables, no cabe dudarlo, inconciliables los dos relatos a primera vista. Luego Tafur en dicha relación inventaría de lo lindo. Más aún, Morel-Fatio llegó a lanzar la hipótesis de que Tafur pudo inventar el encuentro con dicho aventurero<sup>2</sup>. En esto el eximio hispanista traspasó los límites de la prudencia. No era suficiente excusarse a renglón seguido con que la cosa merecía más detenido estudio.

Desimoni (que no conoció la crítica de Morel-Fatio) en su ya citado trabajo hizo, titubeando es verdad, suposiciones no menos insostenibles. Afirma que entre las dos relaciones se encuentran *contraddizioni* o *diversità* al menos *così notevoli*, *che costringono a dubitare della buona*

<sup>1</sup> Poggii Bracciolini flor. *Historiae de Varietate Fortunae Libri quatuor*. París 1723. El relato de Conti se encuentra en el lib. IV, p. 126—148.

<sup>2</sup> «Les différences que séparent les versions de Poggio et de Tafur sont telles qu'il nous semble impossible d'admettre l'une sans rejeter entièrement l'autre. Si le récit de Poggio est exact (il est difficile qu'il ne le soit pas) nous ne serions pas éloigné de croire que Tafur a inventé une rencontre avec le célèbre marchand vénitien pour donner plus d'intérêt à sa narration. Le passage en question mérite donc d'être examiné à nouveau et de très près. Morel-Fatio, art. cit., p. 140.

fede dell' uno o dell' altro narratore»<sup>3</sup>. Naturalmente la balanza pende en favor de Poggio. La única excusa en favor de Tafur podría ser que «il veneziano abbia voluto un poco divertirsi a spese dell' uomo che non gli dava requie con interrogazioni».

Antes de contestar directamente a estas objeciones nos sea permitido de emplear un argumento «ad hominem» no despreciable.

Tafur dió un resumen de lo que le contaría Conti durante no pocas horas y días de viaje que hicieron juntos del Sinaí al Cairo; Desimoni lo ha hecho en su artículo de lo que escribió Tafur, teniendo el libro impreso a la vista y pudiéndolo consultar tranquilamente cuantas veces quisiese. Pues bien, en su resumen hay tales inexactitudes y disparates que excusan de sobras los que pudo cometer Tafur. He ahí las más notables. Transcribimos los textos porque el de Desimoni no es muy fácil de encontrar en las bibliotecas.

| Tafur   | Desimoni  |
|---|---|
| (Hace hablar a Conti): Sabe que en tiempo que el Tamurbeque señoreava yo me fallé en Mixandria con cierto cabdal de mi padre, e de allí ove de venir en Babilonia, e por mal regimiento e poco seso de mi edad, que sería de fasta diez e ocho años... p. 96. | Secondo Tafur, il Conti di 18 anni trovatosi a Damasco di Siria per commercio, come è uso de' Veneziani. scialacquò tutto il suo... p. 344. |

Es decir que Alexandria y el Cairo se convierten en Damasco de Siria<sup>4</sup>.

|  |   |
|--|---|
| Vido un elefante muy grande blanco como nieve... e que lo tenien atado a una colupna con cadenas de oro, p. 106. | Un elefante tutto bianco come neve... questo era su di una colonna, con catene d'oro... p. 348. |
|--|---|

Desimoni hace subir el elefante encima de la columna, que naturalmente, sería mucho más gruesa que la tan cacareada de Simeón el Estilita.

|   |   |
|---|---|
| «En el tiempo que Santo Tomás andava predicando e non lo creyan, vino por la rivera del Nilo un muy grandísimo árbol, e encalló allí en tierra, p. 109. | San Tomaso... vedendo che non si convertivano egli fece venire giù pel Nilo un grandissimo albero che ivi si abbatte chiudendo i passi... p. 348. |
|---|---|

Resulta que santo Tomás hizo venir el árbol milagrosamente, cosa que no dice Tafur, lo que sí hizo milagrosamente el santo fué sacarlo de aquel lugar do había encallado.

|  |   |
|--|---|
| «que (Conti) me rogava que yo le levase ciertas letras a Veneja... e que | Conti volle partire (del Cairo), sebbene persuaso da Tafur a rimanere |
|--|---|

<sup>3</sup> Desimoni, p. 343.

<sup>4</sup> El disparate se explica teniendo en cuenta que, como después veremos, es Poggio el que hace comenzar el viaje en Damasco.

quando entendia partir; e yo le dixi, ancora quindici o venti giorni per  
 como venia trabaxado de tanto caminar maggiore riposo... p. 348.  
 e que estaria allí (en el Cairo) veynte  
 o treynta días, e así lo fize...» p. 112.

El que había de partir, y no lo hizo porque estaba cansado, fué Tafur y no Conti, como dice Desimoni.

Tafur en Constantinopla visitó varias veces al emperador Juan Paleólogo y le acompañó al barco en su partida para Italia<sup>5</sup>. Desimoni en cambio supone que el emperador estaba ausente<sup>6</sup>.

Podríamos, pero no queremos alargar más la lista<sup>7</sup>. Nos guardaremos de acusar a Desimoni de mala fe o cosa parecida. Nos contentamos con acusarle de un poco de precipitación y de escaso conocimiento de la lengua española. Estas mismas serían en todo caso las acusaciones más graves que se podrían presentar contra Tafur, invirtiendo, claro es, los términos: lengua española y lengua italiana.

Pasando ya al fondo de la cuestión, diremos que hemos examinado con alguna detención (seguramente la primera vez que se ha hecho) las dos redacciones o relaciones del viaje de Nicolò de' Conti, la de Poggio y la de Tafur, y nos atrevemos a afirmar que son del todo infundados los reparos de Morel-Fatio y de Desimoni.

Hay que tener en cuenta principalmente la cualidad de los dos narradores y las circunstancias en que fueron tomados sus relatos.

Tafur era un hombre de armas, un viajero curioso que se encuentra casualmente con el mercader veneciano y se aprovecha de la ocasión para oír informaciones sobre el país legendario que él intentaba y no pudo visitar. Tafur tenía una idea preconcebida falsa de la división geográfica y política del lejano Oriente, idea más o menos corriente entre sus paisanos de la época. Allí habría solo dos grandes imperios, el del Gran Tamerlán (Tamerbeque), al Este del Mar negro (Mar mayor), y el de la India, al Este de la Palestina y Egipto. Este último era el fabuloso imperio del Preste Juan que comprendía, como si estuvieran reunidos y sin separación marítima, la India y la Etiopía. Por esto ya hemos visto que santo Tomás evangelizaba por el Nilo,

<sup>5</sup> Vide el itinerario, p. 35.

<sup>6</sup> «Tafur qui (en Constantinopla) visita Constantino il fratello dell' Imperatore assente allora in Occidente» Desimoni, p. 336.

<sup>7</sup> Podríamos alargarla haciendo ver inexactitudes debidas especialmente a desconocimiento del lenguaje. Bastará citar este caso. Tafur habla del color moreno de los indios y de los etiopes: «la color de los ombres de la India mayor es un poco más baxo que nosotros, e viniendo a la Etiopía mucho más baxos» Desimoni traduce: «il colore degli uomini dell'India è un poco più basso (scuro?) del nostro; in Etiopia è anche più basso». En cualquier diccionario hubiera encontrado que baxo (de badius = rojizo) significa moreno amarillento.

que segun Tafur viene de la India, haciendo sin duda un solo río del Nilo y del Indus<sup>8</sup>. Esto le lleva naturalmente a confusiones lamentables, y le hizo dar interpretaciones equivocadas a algunas de las noticias que le proporcionaría Nicolò.

Poggio, el erudito humanista, estaba mucho mejor informado de la geografía. Se sabía de memoria la obra de Ptolomeo.

En Tafur la relación de Nicolò se divide marcadamente en dos partes; por el tiempo, por la materia y por la forma de narración. La primera parte tiene lugar en el primer momento de encontrarse los dos viajeros en la ribera del Mar rojo. Es la presentación que hace de sí el gran aventurero: una ojeada rápida de su gran viaje con las notas personales de él y de su familia. Por esto Tafur hace hablar al mismo Nicolò. Aun que corta, es la más interesante de la narración. La transcribimos íntegra con algunas otras notas de vista añadidas por Tafur.

La segunda parte la oyó Tafur durante los quince días de viaje por el desierto. Un resumen de lo más saliente, a juicio suyo, de las largas charlas allí habidas y que, segun manifiesta explícitamente, le hicieron olvidar las molestias del camino. Una parte mínima sin duda de lo mucho que oíría. Aquí es Tafur el que cuenta y se entretiene particularmente en las cosas que le parecieran más extraordinarias y que, no es de extrañar, son las fabulosas y legendarias.

El relato de Poggio fué tomado en condiciones muy diferentes. Nicolò fue sometido a un interrogatorio sistemático en el gabinete de trabajo del humanista o ante el papa. Fué obligado a ceñirse a dar información sobre lo que había o creía haber visto. Nada de historias que conociera de oídas.

Si examinamos el relato de Poggio veremos que es una síntesis muy concisa de las informaciones, principalmente geográficas y etno-gráficas, dadas por Conti sobre su larga peregrinación, informaciones condensadas en 22 páginas de texto. Frases lapidarias de un latinista que, si responden fundamentalmente al pensamiento del narrador, están muy lejos de la forma en que éste lo expondría. No cabe duda que una gran cantidad de detalles más o menos pintorescos que saldrían de la boca de Conti y que Poggio dejó de lado porque no respondían al plan

<sup>8</sup> Esta confusión de Tafur la encontramos en otros pasajes de su libro que nada tienen que ver con el veneciano. Téngase presente que en la geografía de la Edad media la Etiopía y la Arabia con algunas regiones vecinas formaban la India media. Más allá había la India mayor, de la cual habla también Tafur, ya diferenciándola ya confundiéndola con el imperio del Preste Juan. Véase más adelante p. 62 la declaración que hacen unos monjes etiopes sobre los confines de su país que, segun ellos, tocaban con la India. Véase ahí mismo como era corriente el nombre de Preste Juan.

que él se había trazado para su libro, tendrían hoy un valor inapreciable. Menos artística pero mucho más interesante<sup>9</sup> hubiera sido una transcripción más fiel de lo que contaría el veneciano, fuera o no digno de crédito. Téngase además en cuenta que es cosa admitida aun por los admiradores de Poggio que éste corrigió y aun aumentó con noticias de otras fuentes, principalmente clásicas, el relato de Conti<sup>10</sup>. Un detalle muy significativo es el que Poggio, intencionadamente sin duda, deja en la sombra la personalidad del narrador que le procuró tan preciosa información. Poquisimas, vagas y dispersas notas personales del que él llama un *Nicolaus quidam Venetus* sin dignarse siquiera dar su verdadero nombre.

Por esto decimos que en cuanto a las notas personales no solo son más precisas y completas las que da Tafur sino también más dignas de crédito cuando aparecen diversas. Y vamos a verlo, para lo cual será mejor reproducir los textos:

## Tafur

Yo fui por la costa del mar Vermejo... por ver como venía la caravana, e fallé que venía allí un veneciano que dezian Nicolò de Conto, gentil ombre de natura, e traya consigo su muger e dos hijos e una hija, que ovo en la India, e venía él e ellos tornados moros, que los fizieron renegar en la Meca...

E quando él esto oyo de mí... dixo: Sabe que en tiempo que el Tamurbeque señoreava, yo me fallé en Aloxandria con cierto cabdal de mi padre, e de allí ove de venir en Babilonia, e por mal regimiento e poco seso de mí edat, que sería de fasta diez e ocho años, perdí lo que tenía, e con desesperación e vergüenza de non bolver a la tierra, fuíme a do el Tamurbeque andava, e estuve allí en su corte un año, e de allí busqué camino para pasar a la India mayor, e fallélo, porque en aquel tiempo todo era seguro, por quanto fasta la India lo señoreava todo desde el mar mayor; e yo, como llegué a la India, fui levado al Preste Juan, el qual me rescibió mucho bien e fizo muchas mercedes, e me casó con esta muger que aquí traygo, e estos

## Conti

*Nicolaus quidam Venetus qui ad intima Indiae penetravit, ad Eugenium pontificem accessit veniae impetrandi gratia, quoniam cum ab Indis rediens ad Aegypti fines mari rubro pervenisset, fidem abnegare, neque suo tantum quantum uxoris, liberorumque, quos secum advexerat, mortis metu coactus est.*

*Is adolescens ab Damasco Syriae, ubi mercaturae gratia erat, percepta prius arabum lingua... cum suis mercimoniis per Arabiae Petreae deserta loca, inde per Chaldaeam ad Euphratem pervenit... p. 126—27.*

*Sunt insulae duae in interiori India... in quibus cum uxore et filiis (comites enim omnis peregrinationis habuit) novem mensibus mansit, p. 133.*

*Vim fortunae... quae hominem ab extremis orbis finibus per*

hijos allá los ove, que quarenta años ha que bivo en la India con grant deseo de bolver a mi tierra. E como yo alcancé grandíssima riqueza, procuré, después que el Tamurbeque murió e la tierra se cerró, de aver pasage por el mar Vermejo e venir a la Meca e al logar do agora está, e para esto, aver salvo conduto del Soldán; e ha dos años que ando en esto, e él me lo embió; e viniendo con mi muger e hijos, mandaron que fuésemos quemados o renegásemos la fe; e bien que yo dispuesto estava para rescibir el martirio, pero yo senti en mi muger e hijos que antes querian renegar la fe que morir, e yo pensé de me renegar así mesmo, esperando en Dios que en algunt tiempo a mí e a ellos pudiese salvar; e ciertamente el Soldán fué partiçonero en esto por aver parte del robo que me avian fecho. Agora ésta es la mi vida, el fecho mio ha pasado... p. 95—97.

E metime con la caravana en compañía de aquel Nicolò de Conto. E en aquel camino non fazia otra cosa salvo saver de él el fecho de la India; e muchas cosas me dió por escripto de su mano... p. 99.

Dize que aunque lo avien robado, que muchas cosas traye e muy ricas, así como perlas e piedras, e lo que más mención fazia era de cosas medicinales muy saludables. Tanto que, segun el dize, non podié aver estimación el valor d ellas... p. 105.

E llegamos a Babilonia e concertamos de nos ver cada día...

Otro dia Nicolò de Conto fué ver al Soldan e a quejársele de como non le avian guardado su seguro... El Soldán por lo amansar... fizolo su trujaman mayor... p. 111.

Hemos copiado todas las noticias que da Poggio referentes a la persona y familia de Conti. Las demás se refieren a las etapas del viaje, en la forma que se puede ver en el último trozo copiado; son noticias externas. No nos dice, pues, nada de donde ni cuando se casó o tuvo los hijos, ni si estuvo en relación con alguna persona (ni tan solo una nombra), ni donde fué obligado a renegar la fe, en resumen que le interesaba poco a Poggio la persona del narrador.

Basta, creo, leer los dos informes para ver que el uno es una narración viva, que merece absoluta confianza en todos aquellos detalles fáciles de comprender y de retener, mientras que la otra es bastante

<sup>9</sup> A este propósito dice Heyd: «Aber um wie vieles mannigfaltiger wären die wirklich treffenden Beobachtungen über Land und Leute, Gewächse und Handelswaren auf uns gekommen, wenn Conti selbst die Feder ergriffen hätte». art. cit., p. 181.

<sup>10</sup> Esto dice la Enciclopedia italiana a la voz: CONTI.

tot maria ac terras quinque et viginti annos jaetatum, p. 126.

Hinc ad urbem Adenam... se contulit: demum ad Aethiopiam transvexit diebus septem, in portum qui Barbora nominatur. Tum, mensis navigatione, in mare rubrum ad portum Gidda, ac deinceps, duobus mensibus, propter navigandi difficultatem, prope montem Sinai in terram descendit.

Deserto postmodum ad Carras Aegypti civitatem, cum uxore et quatuor filiis, totidemque servis profectus, ex peste uxorem et duos insuper filios, omnesque servos amisit.

Venetiae tandem patria cum cum duobus liberis, post tot errores terrae ac mari exactos, excepit, p. 139.

más vaga y sería arriesgado quererle dar significados demasiado precisos.

Si los comparamos detenidamente notaremos algunas divergencias y aun contradicciones.

1. Según Tafur las vicisitudes de Conti habían empezado en Alejandría; según Poggio en Damasco. No nos parece muy grave la contradicción y nos inclinamos a creer que Tafur tiene razón. Poggio se interesa sobre todo por la estancia de Conti en la India; las vicisitudes anteriores y posteriores las pasa como sobre ascuas. Hemos transcrito todo lo que dice, y es bien poca cosa, del viaje desde Aden a Florencia que duró a lo mínimo tres años, con estancia de dos años en el Cairo. Nada tiene pues de particular que no se interesara por lo que pudo hacer Conti antes de estar en Damasco. De Alejandría y el Cairo pudo pasar a Siria, ya que Tafur le hace decir que se fué «a do el Tamurbeque andava» y en aquel tiempo el Tamerlán andava también por allí.

2. Según Tafur la peregrinación habría durado unos 40 años; según Poggio solo 25. La diferencia es notable. Pero es tan vaga la referencia del florentino que ya Desimoni<sup>11</sup> duda de si él la escribió y no es más bien una añadidura posterior. Por otra parte 25 es una cifra en números redondos, no una cantidad exacta, como hace notar Heyd. A qué años se refiere dicha cifra, a los que estuvo fuera de Venecia como parece a primera vista, o a los que estuvo en la India? Para que se vea que en estos puntos las referencias de Poggio no se han de tomar al pié de la letra, haremos notar que aparentemente en dicho relato se marcó el tiempo de duración de todas las etapas del viaje por tierra, mar y río, y de las estancias en cada ciudad, de tal manera que el lector se forma la idea de que se trata de un viaje ininterrumpido de un turista que con la bolsa repleta de dinero, como la de Tafur, se da el gustazo de dar la vuelta al mundo oriental. La estancia más larga sería de un año, en Tapobrana, otra de nueve meses en unas islas y las otras mucho más cortas. Contando todas las etapas y estancias resulta que la peregrinación duró unos cuatro o cinco años<sup>12</sup>, a todo estirar seis. Donde pasó pues Conti los otros 20? Porqué no nos lo dijo Poggio si estaba tan bien informado?

Naturalmente tratándose de un aventurero, Conti, tal como supone Tafur, haría una larga estancia en alguna de las tierras; allí casaría, le nacerían los hijos y adquiriría riquezas, y solo después, cuando éstos ya no serían niños de pecho, emprendería la más larga de sus peregrinaciones y el regreso. Luego las referencias de Poggio no se pueden tomar al pié de la letra. El pasaje suyo en que dice que su esposa e hijos le acompañaron durante toda su peregrinación (omnis

<sup>11</sup> «Ma veramente ci sembra che il Bracciolini proprio non vi abbia posto quella cifra», p. 344.

<sup>12</sup> Así lo dice la Enciclopedia italiana, voz: Conti.

peregrinationis comites) si no se toma así es una manifiesta contradicción, pues si Conti al salir de Damasco, en donde aquella empezó, era un *adolescens*, cómo se ha de entender que entonces ya tuviera la muger y los cuatro hijos? Luego los 25 años son un mínimo, no dicen gran cosa en concreto y hay que admitir la cifra aproximada de Tafur, que es también en números redondos y no exacta. Este habla o hace hablar a Conti en concreto: desde los 18 años de edad hasta la vuelta pasaron unos 40 años<sup>13</sup>, es decir que Conti tendría al llegar al Sinaí sus 58 años, poco más o menos. Pudo confundir Tafur un hombre de tal edad con uno de 40 que nos daría la cifra de Poggio? Pudo hacerse tal exageración? No es razonable ni creíble. Además hay una referencia que hace imposible la de 25 años. Conti salió de Alejandría «en tiempo que el Tamurbeque señoreava» y, poco después, el camino desde el Asia menor a la India era seguro por cuanto lo dominaba todo dicho príncipe. Ahora bien, sabemos que esto sucedía precisamente por los primeros años del siglo XV, del 1400 al 1405<sup>14</sup>, es decir unos treinta cinco años antes del encuentro en el Sinaí, en cambio por los de 1414 a 1415, que corresponderían a la cifra dada por Poggio, el Tamurbeque hacía tiempo que había muerto (en 1405) y su imperio estaba deshecho, como ya se advierte después en el relato de Tafur. Luego es errónea la fecha de 1414 admitida por la *Enciclopedia italiana* como inicial de las aventuras de Conti y hay que adelantarla por lo menos en unos diez años.

Aun se podría añadir en corroboración de lo dicho que generalmente los aventureros o los que van a buscar fortuna en otros países no es a los 40 años sino de los cincuenta a los sesenta que piensan en volver a su patria a disfrutar de las riquezas adquiridas.

3. Una tercera divergencia es que Tafur habla de dos hijos y una hija de Conti llegados al Sinaí, mientras que Poggio habla en general de cuatro hijos. Tampoco me parece grave ni mucho menos la tal diversidad ya que los hijos son nombrados muy de paso y aun cabría un error del manuscrito<sup>15</sup>. En principio pero me merece más fe la referencia de Tafur que vió a los hijos con sus propios ojos. Adviértase que Poggio habla de cuatro hijos en general y Tafur, más específicamente, de dos hijos y una hija. Pues bien, la investigación moderna en los archivos de Chioggia, la patria de Conti, ha probado documentalmente que en efecto éste tenía una hija de nombre María<sup>16</sup>.

<sup>13</sup> Claro que esta cifra expresaba un número redondo y sin duda algo exagerado, como es costumbre entre gente que cuenta sus hazañas. Si se admite la cifra de 35, creo que nos acercariamos mucho a la realidad.

<sup>14</sup> Véase a la voz: Timur de la Enc. Italiana.

<sup>15</sup> Fácil de cometer si en el original había cifras romanas.

<sup>16</sup> Bullo, La vera patria di Nicolò de' Conti e di Giovanni Caboto, studi e documenti. Chioggia 1880. Citado por Desimoni, p. 344.

4. Desimoni pretendió encontrar otra cuarta contradicción, la más grave a su parecer, al constatar que Poggio habla de la muerte por peste de la muger y dos hijos de Conti en el Cairo y Tafur no. «Come poteva Tafur —escribe— dimenticare tale e così grave circostanza? Sencillamente porque cuando ocurrió tan desgraciado accidente Tafur ya no estaba en Egipto. Una lamentable confusión de Desimoni, de la cual antes hemos hecho mención, en suponer que Conti salió antes o al mismo tiempo que Tafur de allí.

Pasemos ahora a la segunda parte, es decir a lo que nos cuenta Tafur del Oriente como oído durante sus quince días en compañía del veneciano por el desierto. En esta parte no hay inconveniente en dar la primacía a Poggio. Tafur cuenta cosas que ha oído hace años y del todo extraordinarias, el florentino reproduce lo que le interesaba oír en su despacho de trabajo. Pero, en verdad, no hemos sabido ver tampoco en esta parte graves contradicciones. Algunas confusiones sin importancia y diversidad de cosas narradas, diversidad que no supone contradicción.

He aquí en primer lugar las cosas que se encuentran en ambos relatores por el orden en que las cita Tafur.

1. En esta montaña de Saylán nace el cinamomi fino, p. 101. Medio in sinu... est insula Saillana... cinamomum quoque fert plurimum, p. 130.

Noticia concordante, con el posible error en Tafur de suponer Ceilán una montaña y no una isla.

2. Allí mismo «avie una fruta como calabazas grandes redondas que dentro d ellas avie tres frutas, cada una de su sabor», p. 101. Fructum viridem habent nomine durianum, magnitudine cucumeris, in quo sunt quinque veluti malarancia oblonga, varii saporis, p. 131.

No creo tenga gran importancia el detalle de si eran tres o cinco las frutas del interior.

3. Ay otros que porque d ellos quede fama de fuertes e sus hijos sean vistos hijos de buenos... fazen un arteficio como de tiseras de tundidor, e meten la cabeça entre la una e la otra, e tirando con los pies. jüntase e córtale la cabeça, p. 101. Plures, decreta morte, adstant, ferreo ad collum lato circulo, cuius exterior pars rotunda est, interior acie acutissima. Anterior ex parte ad pectus catena pendet, in quam sedentes, contractis cruribus, deflexo collo, pedes inserant; tum... extensis subito cruribus, simul et erecta cervice, caput abscindunt... hi habentur sancti, p. 144.

Por la dificultad de explicar un aparato que no se ha visto, Tafur se vale de una comparación más o menos acertada.

4. Dize que vido comer carne de onbres, e questa es la cosa más estraña que él vido, p. 101. In eius insula... antropophagi habitant... capita humana in thesauris habent, quae ex hostibus captis abscissa, esis carnibus, reconduunt, p. 131.

5. Muy interesante y con detalles pintorescos la descripción en Tafur de la bárbara costumbre india por la cual las mugeres casadas han de ser quemadas vivas junto al cadáver de su marido, al morir éste, p. 104—105. Concuerda bien y aun complementa la que da Poggio a p. 141—142.

6. Tafur dice «bestias vido de estrañas figuras»; Poggio describe algunas de verdaderamente raras a p. 134.

7. Tafur habla, ya lo hemos citado, de un elefante blanco atado con cadenas de oro a una columna y adorado como un Dios. Poggio, de que un rey tenía un elefante blanco con cadena de oro pendiente del cuello. No sería extraño que fuera objeto de veneración, aunque Poggio no lo diga.

8. Tafur habla de los «unicormios» simplemente; Poggio los describe. De igual manera aquél, de los elefantes armados de torres; con detalles en éste.

9. La nigromancia la traen mucho por la mano e muy usada anota Tafur y a continuación expone la forma curiosa de una consulta hecho en el Mar rojo sobre los vientos futuros, p. 107. Poggio dice «Vuigata est apud multos eius, quam geomantiam vocant, peritia», p. 142, pero no cita ningún caso concreto. Después añade: «Incantationibus quoque deduntur», y ahora explica el caso concreto de hacer venir los vientos que hacían falta para continuar la ruta en forma muy diferente de la descrita por Tafur para la predicción de los vientos. Se trata de dos casos diferentes o de dos partes de un mismo suceso y no hay contradicción como apunta Desimoni. El primero es un caso de «geomantia», el segundo una «incantatio».

10. Dize que los navios son como casas muy grandes, e non de la fazión de los otros, e ay diez o doze velas, e grandes çisternas de agua dentro, porque allí non son los vientos tan rigorosos, p. 108. Naves fabricant quasdam longe nostris maiores, ad duo millia vegetum, quinis velis totidemque malis. Pars inferior trino tabularum ordine contextitur ad ferendos impetus tempestatum, quibus maxime quatiuntur, p. 143.

La diferencia mayor es referente a los vientos que Tafur supone suaves, engañado sin duda por el gran número de velas de los barcos.

Como se puede ver los puntos de contacto entre las dos narraciones no son pocos, sino muchos más de los notó Desimoni.

Pasando ya a las verdaderas diversidades, hemos de separarlas en dos grupos: cosas referentes a la India y cosas referentes a la Etiopía o tierra del Preste Juan.

Entre las primeras hay estos dos curiosos textos que no encuentran su paralelo en Poggio: «dize que avie una costa de mar, donde en saliendo los cangrejos e dándoles el ayre se tornavan piedras», p. 101; «entre los cristianos vido comer la carne de las animalias cruda, requi-

riéndose de quince o veinte días de comer de una yerva muy odorífera, e si de allí pasa, que torna leproso», p. 101—102. Poggio en cambio nombra animales de agua no menos extraordinarios que aquellos canchales. Lo de comer carne cruda aun es menos extraño.

Aun es más curiosa la leyenda siguiente: «dízese que de un vientre de una muger nascieron dos hijos a la pareja, e, en nasciendo, se ataron los ojos con sus manos e dixeron, que en tal mundo malo ellos non entendían de bevir, e fuéronse a una montaña, e fezieron su vida allí, e allí murieron; e donde el uno murió se fizo un gran piélago de agua, e donde el otro murió un piélago de lodo; e allí van, e se lanzan e mueren, e dizen que van a la gloria», p. 101. Es lástima que Poggio suprimiera esta leyenda, que ciertamente no se inventó Tafur, aunque si pudo embrollar en algunos detalles.

Por fin Tafur hablando de la tumba de Santo Tomás en la India, inserta la leyenda de sacar miraculosamente un árbol encallado en el Nilo, para convertir a los indios, y de unas pildoras hechas de tierra que toman los devotos, p. 109—110. Poggio menciona simplemente la basilica de Maliapur, pues no creía en historias extraordinarias ni en supersticiones, p. 129.

Pasemos por fin a las leyendas sobre el Preste Juan que son las más extraordinarias, las más largas y las que sin motivo suscitaron las objeciones de Morel-Fatio y Desimoni.

Es sorprendente, segun Heyd, que Poggio no tomara ninguna nota de Conti referente a la Etiopía, y sin embargo escriba a continuación unas páginas con cosas referentes a aquel país<sup>17</sup>. Que el aventurero veneciano también estuvo allí no cabe la menor duda, el mismo Poggio le hace tocar uno de sus puertos. La razón no puede ser otra que, poco después de informarse de las aventuras de Conti, llegó a Florencia, en 1441, una comisión de naturales de aquel país que le procuraron informes merecedores de más estima. Esto solo ya echa por tierra cualquier objeción que se base en la diversidad de los relatos de Tafur y Poggio acerca de las cosas etíopes.

Consignemos las famosas leyendas que, aun veremos, tienen ciertos puntos de contacto con lo que refirió la mencionada comisión etíope.

La primera es sobre la forma en que es preparado para su cargo y elegido el Preste Juan: doce electores que viven en un monasterio arriba de una montaña educan y preparan varios jóvenes y entre ellos eligen el futuro Preste. A la muerte del emperador reinante reciben dichos electores su cadáver y al mismo tiempo entregan al nuevo electo por ellos preparado, p. 99—100.

Otra larga leyenda es sobre una expedición para investigar el origen del Nilo. Para ello se prepararon varios exploradores que desde

<sup>17</sup> Heyd, art. cit., p. 483.

niños se acostumbraron a no tomar otro alimento que pescado crudo; así no les faltaron nunca los víveres durante el viaje, p. 102—103.

Por fin Tafur nos pone en relieve la magestad del fabuloso Preste con estas observaciones: para dar muerte a un magnate que lo merezca, le envía un hombre soez y el reo inclina resignado la cabeza. La mayor recompensa que pudo dar a un gran señor que le presentaba magníficos regalos y con ello adquirió tanta gloria que el emperador «luego le mandó matar, diciendo, que aquel servicio le podía fazer él, nin otro ninguno; que non fuese poco para él», p. 107.

De todo esto Poggio no sabe nada. Lo suprimió como suprimió, lo vamos a ver, cosas mucho más serias.

Después de todo lo dicho creo que no se puede hablar en serio de graves contradicciones entre los relatos de Tafur y Poggio, sino tan solo de algunas confusiones y diversidades, debidas al carácter diverso de sus autores y al fin distinto que se proponían. El de Tafur es en cierta manera más fiel que el del florentino porque intenta reproducir exactamente lo que oyó de labios de Conti sin preocuparse de si era o no fabuloso. Poggio por el contrario, hace pasar por el cedazo de su crítica rigurosa de humanista la narración del aventurero veneciano y suprime o desecha cuanto no está conforme con sus ideas preconcebidas o cuanto no le interesa. Que esto no es pura hipótesis sino palpable realidad lo demuestra la parte de su informe referente a las cosas de Etiopía, que, por suerte, podemos comparar con otra recensión debida a otro humanista de la misma categoría.

En efecto, segun hemos dicho, Poggio para esta parte se vale de otros narradores, de unos etíopes anónimos que se presentaron al papa Eugenio por cuestiones de fe, poco después de Conti. Pues bien, la ida a Florencia de tales etíopes y lo que allí dijeron nos son conocidos por otras fuentes y especialmente por una historia de Biondo publicada poco ha, en 1927<sup>18</sup>.

No sé si hasta ahora nadie ha notado la identidad de tema de los dos relatos de Poggio y de Biondo; el editor del último olvida de advertirlo, pero no cabe ninguna duda de ello. Comparándolos detenidamente descubriremos un cierto paralelismo entre el método observado por Poggio con respeto al de Tafur y con respeto al de Biondo.

Segun Biondo el minorita Alberto de Sarteano salió en misión papal al patriarca de Etiopía que se encontraba en Egipto y después de dos años volvió de allá con una delegación, que podía llamarse imperial, de ocho monjes escogidos por dicho patriarca y por el abad etíope de Siria y Palestina. Estos monjes se presentaron ante el papa y (el 2 de

<sup>18</sup> Scritti inediti e rari di Biondo Flavio, con intr. di B. Nogara (Studi e Testi, 48), Roma 1927, p. 19—27.

setiembre de 1441)<sup>19</sup> pronunciaron un largo discurso de salutación transcrito por Biondo al pié de la letra. Poggio de todo esto solo dice: «Eodem ferme tempore et ab Aetiochia quidam fidei causa ad Pontificem profecti», es decir, tal como había hecho con Nicolò de' Conti, no se interesa por la personalidad de los narradores que llama *quidam*, y aun comete una incorrección, pues los etíopes no se presentaron espontáneamente, como parece él indicar, sino con ocasión de haber sido requeridos por Alberto de Arteano. Del discurso, ni una palabra.

El papa nombró una comisión de tres cardenales<sup>20</sup> ante los cuales comparecieron los ocho monjes que son sometidos a un interrogatorio, en primer lugar sobre el clima, los productos del suelo, el origen del Nilo, las comunicaciones con el occidente. Al interrogatorio, es seguro, estarían presentes Poggio y Biondo, ambos secretarios apostólicos. Aun me atreviría a afirmar que Poggio fué el encargado de hacer las preguntas sobre estos puntos. Por esto él, que se calla lo de la comisión cardenalicia, dice: «cum rogarentur a me per interpretem de situ Nili», como si el interrogatorio se hubiera hecho para él solo. Las respuestas a dichos puntos son dadas en breve resumen por Biondo, con grande extensión y con muchos detalles por Poggio<sup>21</sup>, ya que éstas son las cosas que le interesan. Es sin embargo curioso observar que, según Biondo, los etíopes dijeron: *provinciae suae fines ad Indos pertinere* y cuando les hicieron notar que esto estaba en contradicción con lo que expone Ptolomeo, «dixerunt, aut nos falli, aut aliam esse Indiam eis ad orientalem plagam confinem». Poggio suprime esta referencia por creerla equivocada.

Sigue la pregunta sobre el emperador, que es interesante: De rege interrogati, cui apud nos et in Syria ac Aegypto presbytero Joanni est appellatio, responderunt: eum . . . nomine Zareiacob . . . sed cognomine et simul dignitate Constantinum dici, tanquam virtute et potentia illi similem qui primus romani imperii sedem transtulit Byzantium . . . cui suo regi subesse affirmant centum reges maiora singulos possidentes regna quam nostri Europae . . . exercitus autem sub ipso . . .

<sup>19</sup> Esta fecha puede servir para precisar algo más el tiempo de llegada de Conti a Florencia, que necesariamente hubo de ser antes.

<sup>20</sup> Los cardenales eran: Giuliano Cesarini, Jean de Terouanne y Juan Torquemada. Biondo da muchos otros detalles y aun se conocen algunos más por otras fuentes, por ejemplo, Raynaldi, *Annales ecclesiastici*, a. 1441.

<sup>21</sup> Poggio, p. 149—152. Notemos que en la explicación sobre las fuentes del Nilo hay algunos puntos que concuerdan con la dada en Tafur, p. 99—100. No solo puntos de contacto sino mucha semejanza ofrece la descripción de este animal: «id magnitudine asini, virgatum rubeo, viridique colore cornibus trium cubitorum» de Poggio, p. 151—152 con el de Tafur: «vido un asno, que truxeron al Preste Juan poco mayor que un podenco e de quantos colores se puede decir», p. 107.

quod quingentos duces rei bellicae habeat, quorum singuli quinquaginta equitum millibus praesint. Biondo observa: «Nec ignoramus haec talia esse, quae multi impossibilia, plurimi somnii et fabularum . . . quam historiae digniora»<sup>22</sup>. Poggio, que seguramente era uno de los plurimi aludidos, se contenta con decir: *Regem unicum habent qui se post Deum regem regum appellat: plures sub eo esse reges dicunt*<sup>23</sup>. Calló pues o tergiversó el nombre del rey, cambió el centum reges en plures reges y suprimió lo del ejército fabuloso, tal como había suprimido las leyendas fabulosas de Conti.

En tercer lugar el interrogatorio versó sobre la doctrina y la administración de cada uno de los sacramentos, los libros sagrados, los santos Padres, los edificios y ornamentos del culto, las causas históricas de su cisma. Biondo explana con minuciosidad las respuestas. Poggio las pasa por alto. En cambio Poggio habla de grandes fiestas populares que se celebraban entre Navidad y Cauresma, omitidas por Biondo.

Por fin también pasa por alto el florentino la respuesta, que fué favorable, de si el Zareiacob estaria dispuesto a requerimientos del papa a tomar parte en una empresa para rescatar los Lugares Santos. En una palabra, si se leen los relatos de los dos humanistas sobre el tal interrogatorio no se hallará ninguna contradicción, pero las diversidades son notables, casi tanto como las antes advertidas entre los de Poggio y Tafur.

En resumen que queda firme que la veracidad de Tafur no padece lo mas mínimo en la narración dada por él de su encuentro con el veneciano Nicolò de' Conti. Alguien podría decir: ¿cómo se explica pues la exclamación de un autor de la categoría de Morel-Fatio? sencillamente porque mientras las noticias concordantes entre Tafur y Poggio, que son muchas, se dan en nuestro autor en una o pocas líneas, las que son diversas, cuatro o cinco leyendas, ocupan una o varias páginas cada una. Una lectura superficial da fácilmente la sensación de que estas leyendas son casi lo único del relato. Por otra parte las cosas tan extraordinarias narradas por Tafur chocan no poco comparadas con la sobriedad de las de Poggio. Heyd, el más moderado y razonable de los que hicieron tal comparación, dice: *Hat schon die Existenz eines solchen christlichen Herrschers überhaupt mit seinen 25 Unterkönigen und vielen heidnischen Völkern, die ihm gehorchen, für uns etwas Befremdendes . . .*<sup>24</sup> es decir que se encuentra

<sup>22</sup> Biondo, *Scritti*, p. 23.

<sup>23</sup> Poggio, p. 151. Según Tafur, Conti, preguntado sobre el poder del Preste Juan, dijo «como era muy gran señor, e que tenía veynte e cinco reyes a su servicio», p. 99.

<sup>24</sup> Heyd, p. 482.

extraño que Tafur nos hable de 25 reyes subordinados al Preste Juan y sin embargo los monges etíopes, como hemos visto, hablan de 100 reyes y de un ejército de 25 millones de jinetes. No han, pues, de extrañarnos tampoco las otras cosas extraordinarias que cuente Tafur porque las omitiera Poggio, ya que éste, como acabamos de ver, omitió otras muchas cosas.

#### IV. La descripción de Roma

Tafur pasó toda la Cuaresma de 1437 en Roma y quedó tan admirado de la grandeza de los monumentos antiguos de la ciudad, entonces tan abandonada, que antes de empezar su descripción se cree obligado a pedir perdón y a excusarse —es la única vez que lo hace— de que él fuera capaz de «poderlos escribir» y aun de haberlos mirado como debía. También se lamenta, y con razón, al fin, de que no hubiera encontrado allí nadie que le hubiera sabido dar explicación satisfactoria sobre dichos monumentos. Casi nos causa extrañeza que durante su larga estancia en la ciudad no se presentara a ninguna personalidad ni trabara conocimiento con nadie, si recordamos que en la visita de las otras ciudades su primer afán es el de ponerse en contacto con los grandes y el de hacerse amigos. Esto se puede explicar teniendo en cuenta que su viaje a la urbe no pudo ser preparado, lo hizo de sopetón durante los meses que hubiera debido esperar en Venecia el barco para Tierra santa. Así no pudo procurarse ninguna recomendación para personas de algún rango que hubieran podido colmar sus deseos. Hubo de contentarse de mala gana con lo que le dirían algunos sacristanes o cicerones más o menos petulantes.

No está sin embargo ayuna de interés su descripción, aunque desordenada y desigual y, lo repetimos, bien merecía ser citada o figurar en la literatura tan abundante y minuciosamente recopilada sobre la Roma medioeval. La obra bibliográfica de Calvi<sup>1</sup> la desconoce del todo y lo mismo las obras especiales sobre la materia.

Por esto queremos transcribir aquí el texto anotando con breves comentarios la mayoría de las noticias. Pongamos ahora en relieve las que ofrecen más novedad.

La más interesante quizá y nueva es la puesta en último lugar (n. 31), referente a las populares estatuas de Pasquino y Marforio. La más antigua referencia a la estatua de Pasquino, nos dice Cesareo<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> E. Calvi, *Bibliografia generale di Roma. I: Bibliografia di Roma nel Medio evo (176—1499)*. Roma 1903 y Suppl., Roma 1908.

<sup>2</sup> Para esta y las referencias bibliográficas siguientes, véanse las notas comentarios de los números del texto correspondientes a los que aquí señalamos entre paréntesis.

es del año 1447 y los más antiguos pasquinate conocidos serían de principios del siglo XVI. Pero Tafur ya nos habla como vistos en 1437 de las unas, aunque sin nombrarlas, y de los otros, y de estos últimos nos da un texto. Parece pues que la más antigua mención de los pasquinate sería la de nuestro autor.

Quizá también es la de Tafur la más antigua referencia hecha con precisión de que las doce «colonne vitinee» de la basilica de San Pedro provenían del templo de Jerusalén y que una de ellas, la columna santa, sobre la que se apoyó el Señor, era de virtud milagrosa para curar los posesos de malos espíritus (n. 8c).

Sería igualmente importante la noticia que nos da Tafur sobre la manera como se hacía la adoración de la llamada Verónica (n. 8b) si hablara en testimonio ocular, pero no parece que él viera tal ceremonia que acostumbraba a tener lugar por la fiesta de la Ascensión cuando él ya no se encontraba en Roma.

Otra nota curiosa es la insistencia con que Tafur nos expone, nada menos que tres veces (nn. 2, 6 y 28), la leyenda de que San Gregorio Magno fué el que hizo aterrar gran parte de los monumentos de la Roma clásica porque eran un motivo de distracción para los peregrinos que iban a la ciudad santa. No cabe duda que nuestro viajero sería uno de tales peregrinos, según se desprende claramente de las notas de su descripción.

Una invención o sugerencia personal de Tafur sería, creo, la de suponer que la magnífica estatua ecuestre de Marco Aurelio representaba a Mucio Scévola. El vulgo, como dice despectivamente el Magister Gregorius (del s. XII), creía que aquella era la estatua de Constantino; los peregrinos, la de Teodorico; los curiales, la de un Marcus o Quintus Quirinus. Poggio, entre otros contemporáneos de Tafur, la atribuye a Septimio Severo. No sabemos que nadie, fuera de Tafur, la haya atribuido a Mucio Scévola. Los «Mirabilia» no dan ningún nombre al explicar la leyenda de dicha estatua, pero es evidente que su explicación podía fácilmente ser aplicada a Scévola. Esto es lo que creemos haría Tafur. Oiría una explicación parecida a la de los «Mirabilia» y, dadas sus ínfulas de conocer la historia antigua, no le sería difícil llenar el vacío del nombre.

No parece sin embargo que Tafur utilizara los «Mirabilia» ni ningún otro de los guías para peregrinos que tuvieron no poca difusión en aquella época, o a lo menos no siguió particularmente el parecer de ninguno de ellos. Solo así se explican algunas de sus confusiones al reunir en una sola leyenda dos o tres cosas distintas, como al tratar del derecho de asilo y del jubileo (n. 11b) que es la más embrollada de sus confusiones.

Por fin juzgamos bien notable el juicio de Tafur sobre el deplorable estado en que se encontraba la capital de la cristiandad (n. 30). Aun después de la patética lamentación que escribiera Poggio, el erudito humanista, pocos años antes sobre Roma, adquiere relieve la menos amanerada y más sincera del hidalgo sevillano. No solo los monumentos antiguos medio arruinados le daban compasión, sino también los bien vivientes, tales las basílicas de San Pedro y de Letrán con sus tesoros y reliquias clamaban al cielo contra los administradores que los tenían en tal estado de suciedad y dejadez. La frase tafuriana «Roma que solie ser cabeza del mundo e agora es cola» vale por todo un capítulo, y las otras aplicadas a sus moradores «que son vituperio de la gente» según los mismos italianos, y que «no sabien dar razón de aquellas cosas antiguas» más que la «supieran dar de las tavernas e lugares desonestos», retratan bien al vivo a aquel pueblo reñido con su soberano y pastor, a aquella ciudad medio despoblada por do andaban «liebres, e raposos, e lobos, e ciervos, e dizen que puer-crepsines».

**Advertencia:** Descando no cargar demasiado las notas-comentarios con referencias bibliográficas, nos limitamos, en general, a citar los trabajos más modernos en donde se encuentra ya anotada la bibliografía sobre el tema. He ahí la lista de los citados frecuentemente y en forma abreviada:

Bulletti, E., *Itinerarium Urbis Romae* de Fra Mariano da Firenze, O.F.M. (Studi di Antichità cristiana, II). Roma 1931. Citado: Bulletti o Mariano da Firenze.

Cerrati, M., *Alpharani de basilicæ vaticanae antiquissima et nova structura* (Studi e Tesi, 26). Roma 1914. Cit.: Cerrati o Alfarano.

Jordan, H., *Topographie der Stadt Rom im Altertum*, T. II. Berlin 1871.

Graf, A., *Roma nella memoria e nelle immaginazione del Medio Evo*. Turin 1882—83.

Gregorovius, F., *Gesch. der Stadt Rom im Mittelalter*. Stuttgart 1903—04.

Rushfort, G. McN., *Magister Gregorius de Mirabilibus urbis Romae: A new description of Rome in the twelfth century*, en: *The Journal of roman Studies*, IX (1919) 11—58. Cit.: Ruhsfort o Mag. Gregorius.

Como descripciones contemporáneas de la de Tafur, citamos especialmente:

Poggio = Poggii Bracciolini, *Hist. de var. fortunæ* (Paris 1723), escrita hacia el 1431. De carácter erudito.

Biondo = Blondi Flavii Forliviensis *de Roma instaurata libri tres* (Venecia 1510), escrita hacia el 1446. De carácter erudito.

Rucellai = *Il giubileo dell'anno 1450 secondo una relazione di Giovanni Rucellai*, por G. Marcotti, en: *Arch. d. Soc. rom. di Storia patria*, IV (1880) 563—580, escrita el 1459. De carácter popular, como la de Tafur.

Harff = *Die Pilgerfahrt des Ritters A. v. Harff*. Cöln 1860.

### TEXTO Y COMENTARIO

1. En Roma estuve toda la quaresma visitando los santuarios e obras e diligios antiguos, a nuestro parescer maravillosamente fechos, los quales yo, <sup>1. Proemia.</sup> dubdo non solamente poderlos escribir, mas aun aver mirado entiendo como se devia; e si yo, segunt la magnificencia e grandeza de la cosa, en algo menguare, sea perdonado [p. 22] porque yo non soy bastante a tan grant fecho, aunque aterrado e destruido e derribado e aflacado; pero bien muestra a quien mirarlo quisiere quanta fué su grandeza, que demás de las grandes persecuciones que en ella vinieron, después que su caída se comenzó por las discordias de los príncipes eibdadanos d ella, e aun los estruymientos que los poderosos reyes que después la guerrearon en ella fizieron, e la antiguedat del tiempo en el qual todas las cosas se consumen,

2. el papa Sant Gregorio, veyendo que los fieles christianos que del universo allí concurrían por procurar salvación de sus ánimas, viendo la magnificencia <sup>2. Leyenda del papa Gregorio.</sup> de los edificios en tal manera espedían en los visitar, que empachavan el santo propósito con que vinieran, por tanto mandó desatar todas o las más de las magnificas obras, que avian quedado de los antiguos tiempos.

3. La eibdat es en circuito muy grande, de muro en torno veynte e quatro millas, que son, al terçio, ocho leguas de las nuestras, e así lavrado e enfleto <sup>3. Murallas de Roma</sup> que paresce que hoy sale de la mano del maestro, e si en alguna cosa desfallesce será donde algunas vezes los tyranos entraron en la eibdat, que la obra es tal que, aun derribándola e estruyéndola, non la pue[23]den acabar, quanto más dexándola estar como los antiguos la fabricaron.

1. La gran impresión causada por la grandeza de los monumentos antiguos en Tafur la manifiestan igualmente casi todos los viajeros de la Edad media. El Mag. Gregorius (p. 45), que era clérigo letrado, aduce bellamente a este propósito el dístico de Hildebert (PL 171, 1409):

Par tibi, Roma, nichil cum sis prope tota ruina.

Fracla docere potes integra quanta fores.

Tafur, como hemos ya dicho, se cree obligado, por primera y única vez, a pedir perdón al lector por si su narración no responde a la magnificencia de tan gran «fecho».

2. Son varios los autores medievales que atribuyen al papa Gregorio Magno la destrucción de los monumentos paganos. Algunos solo le acusan de la destrucción de estatuas, entre ellos en forma radical el Mag. Gregorius, que dice que por mandato suyo «pene omnes . . . delete aut deturpate sunt» (p. 51). Juan de Salisbury lo cree destructor de la Biblioteca (Gregorovius, II, p. 91—92). Una redacción (del 1250) de los «Mirabilia» atribuye la destrucción de los monumentos, y por la misma causa que menciona Tafur, al papa Silvestre (Jordan, II, 638).

3. En realidad el circuito de Roma tenía unas 12 millas, pero no faltan autores antiguos o medievales que lo han alargado hasta 50 millas. Exactamente 24, como Tafur, le da otro viajero español

4. Por medio d esta çibdat pasa una rivera que los romanos truxieron con grandíssimo trabajo e metieron por medio d ella, e ésta es el Tiberi; e fizieron nuevo suelo, dizen que de plomo, e entradas e salidas a la una parte e a la otra de la çibdat, así para abrevar cavallos como para tomar agua e fazer otros servicios convenientes al pueblo; e quien por otro lugar entrase anegarse ía. En esta rivera ay muchos molinos de la una parte e de la otra, que fazen la çibdat toda una.

5. Al un canto está un castillo fecho a mano de tierra echadiza, e crecido otero tan alto como una montaña, e encima d él obrado de muy alto muro e muy valientes torres; éste llaman el castillo de Santo Angelo que está sobre la puente del Tiberi pasando a Sant Pedro, do está el asentamineto o posada de los Apóstoles. Dizen que fué una grant mortandat en Roma que turó grant tiempo, e fué revelado al papa Gregorio que fiziese una grant procesión a una yglesia en del siglo XII, el judío Benjamín de Tudela (Viajes de Benjamín de Tudela, pub. por I. González Llubera, Madrid 1916, p. 56).

4. La fantástica suposición de que el Tiber estaba pavimentado con placas de metal parece cosa propia de los autores árabes. Edrisi el primero, de quien deriva Faqut, que da muchos más detalles (J. Guidi, La descrizione di Roma nei geografi arabi, en: Archivio della Soc. rom. di Storia patria, I, 1878, p. 176 y 178). Quizá de alguno de ellos la tomó el arcipreste de Hita que en su *Libro del Buen Amor* (estr. 256) le dedica estos versos:

Todo el suelo del rio de la ciudad de Roma  
Tiberi(o), agua cabdal, que muchas aguas toma  
Fizole suelo de cobre, reluce más que goma.

que recuerda Graf (II, p. 571). Posiblemente del arcipreste la sacaría Tafur, pues en las descripciones romanas del siglo XV no se encuentra. El que los romanos hicieran pasar el río por el centro de la ciudad, que también confusamente recuerdan algunos autores árabes, deriva sin duda de la obra de los grandes acueductos. El Mag. Gregorius dice: «aqueductum per quem annis a montanis fontibus . . . urbi illabitur». También contribuiría a ello el recuerdo de las grandes obras emprendidas por algunos emperadores para canalizar su cauce. Mariano da Firenze (p. 103) reproduce la inscripción que perpetuaba la memoria de los realizados por Trajano y Marco Aurelio.

No he encontrado en las descripciones medioevales la mención de los molinos. Sospicho hay una corrupción en el manuscrito. En vez de molinos se debería leer puentes, pues el que a continuación se diga que «fazén la çibdat toda una» no veo como se puede aplicar a aquellos y estaría muy bien aplicado a éstos.

5. Es muy conocida esta leyenda. En Gregorio de Tours, Paulo Diácono y Juan Diácono hay ya alusiones a la procesión para alcanzar del cielo el fin de la peste. La leyenda completa con la aparición del ángel la da quizá el primero Durandus (Bulleti, 72). Mariano da

cabo de la çibdat que llaman Santa Ágata de la Suburra, donde antiguamente avía un ídolo que se adorava de los gentiles e aun secretamente de algunos aunque [24] christianos, porque algo les oviese quebado del rito gentilico; e como fuese la procesion con el papa, quando llegaron a la yglesia e emparejaron con la ymagen del ídolo dió un garnt tronido e partiése en pedaços; e el papa, veyendo aquel milagro, fizo su procesion; e bolviéndose devotamente a la yglesia de Sant Pedro, pasando por aquella puente debaxo de aquel castillo, vieron ençima de la más alta torre, él e todo el pueblo, un ángel con una espada sacada llena de sangre, como la alimpiava al manto e la metía en su vayna en señal como Dios era ya aplacado e non le plaçie que más gente moriese; e la ydolatría fué quebrantada e así aquel castillo de aquella vez ovo nonbre castillo de Sant-ángelo; e así está oy, e el ángel así puesto.

6. Dizen que el papa Gregorio, visto este miraglo e así mesmo las cosas e obras magnificas e así miraculosamente fechas, que en Roma avía, e porque los christianos más a los edifiços que a los santuarios declinavan ver, los más e mayores mandó derribar, así que aun non pudo tanto fazer que los que oy allí van, si de ver gentiles cosas han deseo, antes aquellos que otra cosa van buscar.

7. El papa tiene su posada junta con la yglesia de Sant Pedro que es debaxo del [25] monte Aventino, lugar donde antiguamente se usó procurar la libertad de Roma —por esa vía se ha de procurar la de nuestra fe por aquel que es defensor constituido para esa mesma contra qualesquier ereges que la querrán

Firenze (p. 70—72) la relata muy por extenso. Un detalle al parecer nuevo es el que añade Tafur de que el ángel limpiaba la espada con el manto.

Por otra parte nuestro viajero relaciona, por confusión, dicha leyenda con otra referente al mismo santo, la de lo sucedido con motivo de pasar del culto ariano al culto católico la iglesia de Santa Ágata de la Suburra. El mismo San Gregorio en sus *Diálogos* (III, c. 30) nos cuenta que al celebrar la misa en ella, el demonio salió de allí en forma de puerco «in cuius dedicatione diabolus ut porcus exivit, ipso (Gregorio) teste in libro Dialogorum», anota Mariano da Firenze (p. 207). Después, durante tres días, se oyeron grandes ruidos en el techo de la basílica. En esto se basa la relación de Tafur; el culto idolátrico sería el ariano; el «grant tronido» eran los ruidos de que hemos hecho mención. Lo de que el ídolo se partiese en pedazos debe relacionarse aun con la otra leyenda del papa destructor de imágenes y quizá particularmente con la del coloso de Nerón, que, según el Mag. Gregorius, era un ídolo muy venerado y que por lo mismo lo hizo destruir San Gregorio con gran trabajo (Rushfort, p. 49). Cf. el texto y comentario en Huelsen, Cecchelli, Santa Agata dei Gofi (Roma 1924), p. 44—45 y 167—168.

6. Repetición de la leyenda anotada en n. 2.

7. Aunque se encuentran no pocas confusiones en los autores medioevales sobre las colinas de la urbe (los «Mirabilia» dicen que el Aventino es lo mismo que el Quirinal), no hemos visto que ninguno

violar— donde los emperadores, ante que resciban la corona, han de estar ciertos días como que teniendo real contra los que contradixiesen la nuestra santa fe católica; e despues de allí, con ciertas çerimonias de que agora non entiendo escribir, resciben la postrera corona de oro. La posada del papa es comunal aposentamiento, más, segunt yo lo vi, mal parado.

8. a) La yglesia de Sant Pedro es notable yglesia, la entrada d ella magnífica e por gradas muy altas, e lo alto labrado de mosayco ricamente; de dentro, la yglesia grande pero bien pobre e mal tratada e sucia e en muchas partes derribada. b) A la mano derecha está un pilar alto como torreçilla, e en él está la santa Verónica; e quando la van (de) mostrar, en la techumbre alta de la yglesia está un agujero, e cuelgan por unas maromas un arca de madera en que vienen dos clérigos, e deçenden en aquel torrejón, e luego suben el arca arriba, e ellos con grandíssima reverença sacan la Verónica e muéstranla a las gentes,

confunda el Aventino con el Janículo o Vaticano. Esto da lugar a nuestro viajero con pretensiones de humanista a recordar el hecho culminante acaecido en aquella colina y a una bella confesión de fe católica.

Los emperadores antes de recibir la corona hacían el juramento y promesa a San Pedro, al papa reinante y a sus sucesores de proteger y defender la iglesia romana, en una capilla del atrio, la de Santa María in Turri. Lo recibía el papa en las gradas, lo ungían en la nave transversal y era coronado en el altar mayor (Alfarano-Cerrati, p. 22 nota, 46 y 123). Pocos años antes que Tafur estuviera en Roma había sido coronado el emperador Segismundo. También Mariano da Firenze recuerda que en dicha capilla del atrio hacían los emperadores el juramento de fidelidad (p. 79). Tafur se referiría a la coronación del emperador Federico en 1450. Sabemos, en efecto, que llegó al Vaticano el 9 de marzo con su novia D<sup>a</sup> Leonor y se alojó unos días en el palacio papal y D<sup>a</sup> Leonor en unas habitaciones contiguas a la basílica. El día 19 de marzo fué coronado. Cf. L. von Pastor, *Geschichte der Päpste*, ed. 7<sup>a</sup>, Freiburg i. Br. 1925, t. I, p. 504—508.

8. a) Al decir Tafur «por gradas muy altas» quiere significar que había muchos escalones, de 28 a 36 segun los peregrinos medioevales (Cerrati, p. 22 nota), exactamente 35, pero éstos estaban delante del atrio o quadripórtico. En cambio los mosaicos a que se refiere serían los de la fachada de la basílica.

b) Segun hemos dicho, Tafur no habla en testigo ocular al describir la curiosa ceremonia de adoración de la Verónica. En los documentos contemporáneos se dice que ésta tenía lugar todos los años el día de la Ascensión, así en 1484 (Muratori, RIS, XXIII, 296), en 1491 (ib. XXXII, 420, ed. de 1906). Por la forma en que lo cuenta ya se deduce que no la vió. Durante el año del jubileo de 1350 era enseñada todos los domingos (Gregorovius, VI, 316). No hemos visto en ningun autor mencionada lo del arca elevada por medio de

que en aquel [26] día señalado allí concurren; e muchas veces acaesçe peligro de morir gentes, tantas vienen e tan grande es el aprieto. e) Un poco más adelante están dos colupnas grandes, de fuera encaçadas de madera, donde meten a los que son tocados de los espíritus; e éstas son donde Nuestro Señor predicava al pueblo en Jerusalem. d) En frente d éstas está colgada la sogá o cuerda de que se ahorcó Judas, que es tan gruesa como el brazo o más. e) E en el altar mayor están los cuerpos de Sant Pedro e de Sant Pablo, que es grandíssima perdonança, en cierto día plenaria a culpa e pena. f) Está la silla donde Sant Pedro fué asentado, e allí se asienta el papa quando es elegido. E bien que devotamente los estrangeros lo miran, pero ello nin rico nin reverenciado se tiene. Muchos otros santuarios en esta yglesia están.

cuerdas para ir a sacar la reliquia. En un trabajo inédito del Grimaldi (ms. H. 3 del Archivo capitular de S. Pedro), titulado «De Veronica», citado por Cerrati (p. 55) no hay rastro de tal particularidad, segun nota que me comunica mi amigo J. Serra Vilaró, que ha hojeado dicho manuscrito.

e) Las columnas eran doce, aunque en las descripciones medioevales varia no poco el número. Rucellai, en 1450, dice que eran diez y seis (p. 567). Sobre dichas columnas y sus vicisitudes ha escrito una interesante nota histórica Cerrati (p. 53—57). Los primeros testimonios, empezando por el Liber Pontificalis, solo hablan de columnas procedentes de Grecia, aun así Mallius en el siglo XII. La leyenda, pues, sería muy tardía, se formó en los siglos XIII—XIV. La columna santa, bien conocida, en que se habria apoyado el Señor, era una sola. En 1438 el cardenal Orsini la hizo circundar de una balustrada, que sería de hierro segun testimonios posteriores (Burchard, Harff en 1492). Tafur un año antes la vió con balustrada de madera, parece que su testimonio es el más antiguo ya bien explícito no solo sobre la balustrada, sino sobre la leyenda ya formada.

d) La sogá de Judas, que también citan Rucellai (p. 567) y Harff, fué robada en 1525 en el saqueo de Roma por los alemanes (Gregorovius, VIII, 547). Segun Bergamaschi (Giuda iscarote nella tradizione e nella leggenda, en: Scuola cattolica XV, 1909, p. 574—80) se conservaba un pedazo en Annovaz, cerca de Innsbruck.

e) Era muy general la creencia de que también el cuerpo de San Pablo estaba en la basílica vaticana. Véase la nota de Cerrati, p. 35 sobre el particular.

f) La cátedra cambió muchas veces de lugar en el siglo XV (Cerrati, p. 41, nota 2). Esto ya explica el que estuviera algo abandonada, como observa Tafur. En 1441 había sido colocada prope Crucifixum, n. 54 en la planta de Alfarano. Había sido restaurada no pocas veces.

9. Al otro costado d ella está una alta torre fecha de un pedaço de losa al modo de un diamante de tres esquinas e puesto sobre tres carnícoles de latón; así que muchos, pensando que sea cosa santa, pasan entre el suelo e el asiento de aquella torre. Ésta fué una obra fecha por reverencia de Julio César e asignada por su sepultura; e encima d ella están tres mançanas gruesas doradas en que están los polvos del emperador Gayo César [27]; e çiertamente es un noble edificio e maravillosamente ordenado e por estraña manera; ésta es la que dizen el aguja de César e en medio, e al cominço e aun al cabo están algunas letras antiguas entalladas que no se pueden ya bien leer, pero en efeto dezian como allí estava sepelido el cuerpo del César. E entorno d éste están otros muchos edificios derrocados por tierra.

10. La çibdad de Roma es mal poblada segunt su grandeza, e es opinión de muchos que después que fué destruyda e abaxada, e despoblada, que de aquellos grandes edificios, e cuevas, e çisternas, e casas e bóvedas baxas que agora están desahitadas sale tan inponçoñable ayre que faze impresión en los cuerpos humanos, e de aquél se dize que Roma es mal sana. E en el tiempo de su población por el contrario era. E bien parece que a los lugares do ésta mayor salud falla la gente, así como en Campo de Flor, que es un grant barrio, e en Campo Dolio, que es otro grant barrio, e la plaça Judayca, que es una gran çibdad, e todo lo otro restante son casas adradas.

9. Por confusión, si no hay errata en el manuscrito, Tafur dice que el obelisco era de tres esquinas y reposaba sobre tres carnícoles, cuando en realidad es de cuatro. Carnícoles=pesuñaes, es decir, imitación de patas de un animal. El Mag. Gregorius dice «super iiii. eneas leones» (p. 57). Mariano de Firenze (p. 88) precisa bien que era «super quatuor pedes leonum», concordando con Tafur y explicando al citado Magister. Éste menciona ya también la superstición de creer cosa santa el pasar por debajo «meniunturque mundum a peccatis... qui sub saxo repere potuerit».

La leyenda de la llamada aguglia de César o de San Pedro con las cenizas de César en la bola superior la dan todos los autores. Graf hace notar que Alfonso el Sabio la llama Julia y que seguramente de Julia derivaría el nombre de aguglia, ya conocido en un documento de 1053 (Jordan, II, 182). Aun Cervantes en su famosa obra menciona la leyenda: «las cenizas del cuerpo de Julio César se pusieron sobre una pirámide de piedra de desmesurada grandeza, a quien hoy llaman en Roma la aguja de San Pedro» (Quijote, p. II, c. 8).

10. A la vista de la magnífica planta de Roma dibujada por Du Perac-Lafrery un siglo después, publicada por Ehrle (La pianta di Roma del 1577, Roma 1908) se comprende bien lo que dice nuestro viajero de la despoblación de Roma. Un núcleo de casas compacto solo se halla en la región del Campo de Marte, entre el Tíber y las colinas del Capitolio y el Quirinal, casi tal como Tafur dice. La plaza judayca va en dicha planta con el nombre de plaza judaea. Las demás regiones eran bien casas adradas o separadas.

11. a) La yglesia primera que se dize que fué entre los latinos es Sant Juan de Letrán, donde los Padres Santos han su advocación, e de allí se [28] llaman obispos; así en ella como en torno de ella ay cosas bien singulares de ver.

b) Esta yglesia, segunt se dize, fué la casa donde Roma tenía su tesoro, e allí está la puerta Tarpea, que el César abrió quando sacó el tesoro, que fasta la ora siempre avia estado çerrada. El emperador Constantino quando se convirtió a la fe católica, e dió el patrimonio del imperio a la Yglesia e la dotó, suplicó al papa Sylvestre que él diese tal bula para aquella puerta para el ánima de los que por allí entrasen, qual de antes para la vida era otorgada a los que allí llegavan; e era así, que qualquiera que viniese fuyendo e allegase a la puerta Tarpea por ningunt delicto que oviese fecho non lo podiesen de allí sacar; e esto por reverencia del tesoro que allí estava. E agora el papa le otorgó que qualquiera que por allí entrase fuese asuelto a culpa e a pena; e porque muchos avien osadía de pecar con entención de ser asueltos en aquella entrada, el papa mandó çerrar e que non se abriese si non de çiento a çiento años, e después abaxó a cinquenta años, e agora como el papa lo quiere disponer.

c) En esta yglesia están las cabeças de Sant Pedro e de Sant Pablo, grandíssima reliquia e grant pordonança a culpa e a [29] pena quando las muestran, así en aquella manera que la Verónica en la yglesia de Sant Pedro.

11. a) Queda bien señalada en Tafur la «mater omnium ecclesiarum».

b) El origen del jubileo como procedente del derecho de asilo lo da también como explicación secundaria el contemporáneo Rucellai en esta forma: «Anchora si dice que il palazzo di Constantino imperadore era nel propio luogho dov'è la sopradetta chiesa et che il detto palazzo v'era una porta che aveva chesta preminenzia, che chaluque persona che facessi homicidio o ruberia o qualunque altra dionesta cosa et passassi per detta porta era libero del fallo commeso, et che al tempo di sancto Salvestro papa s'ordinò che come a quel tempo uno peccatore era libero de' falli temporali ora fosse degli spirituali qualunque entrasse per detta porta» (p. 570). Una explicación, como se ve, muy parecida a la de Tafur. Éste por una extraña confusión sitúa en el Laterano una puerta Tarpeia y el tesoro. Además hace intervenir a César en el asunto. Para atar todos estos cabos sueltos ténganse presentes los siguientes datos. El tesoro, segun dice Biondo (Roma instaurata, Venecia 1511, fol. 21), estaba «in Tarpeia» (en el templo de Saturno del Capitolio). César abrió el tesoro o aerarium y sacó 15000 libras de oro y 30000 de plata (Plinio, Nat. Hist. 33. 55). Augusto concedió el derecho de asilo al templo divi Julii. Por fin, en el Laterano habría el tesoro de la iglesia.

c) De las conocidas reliquias veneradas en San Juan de Letrán no es necesario anotar nada.

9. Obelisco vaticano.

10. Población de Roma.

11. Letrán.

b) Asylum y jubileo.

c) Reliquias.

d) Aquí está al un canto de la yglesia una capilla apartada que llaman *Sancto Sanctorum*, e está una ymagen de Nuestro Señor de la çinta arriba en una losa pintada. E dizen que Nuestra Señora rogó a Sant Lucas, que fué pintor de la mano, después de la muerte de su fiyo que le pintase su figura, e Sant Lucas, teniendo aderesçado para la pintar, fallóla pintada; y ciertamente es cosa de grandissima devoción e obra bien propria como de aquel que tuvo e tiene poder para fazer todo; allí muestra bien la figura de Nuestro Señor e su hedat. e su color, e todo qual era, e un lunar en el carrillo ysquierdo en nuestra humanidad. Esta es la cosa de mayor reverencia nin mayor reliquia que en Roma está. Continuamente la guardan de ora en ora quatro ombres onrrados con sus maças de fierro, e un día del año, que es Santa Maria de mediado agosto, sacan a aquella reliquia con mucha gente d'armas e muchos juegos e grant procesión e lévanla a Santa Maria la Mayor, e están allí aquel día e la noche, e otro día la vuelven a su lugar; e todo este tiempo quien allí está gana plenaria indulgencia. En este lugar do está esta [30] reliquia non entran mugeres; e dizen que porque una dixo tales cosas por que reventó.

e) A la puerta d' esta capilla están dos campanas, dizen que las primeras que ovo en el mundo.

f) En esta yglesia se faze la elección del papa, e aquí le fazen las çirimonias e resciben las coronas.

g) En esta yglesia hay muchas reliquias que Santa Elena madre del emperador Constantino embió quando fué a Ultramar. Esta yglesia es grande, pero non rica, nin bien labrada, nin limpia, nin bien aderesçada.

d) De la primitiva pintura del Acheropita, que puede remontar al siglo V, quedaba ya muy poca cosa cuando la vió hace unos años Wilpert que la describe minuciosamente (L' Acheropita ossia l' imagine dell' Emmanuele nella capella del Sancta Sanctorum, en: L' Arte, X, 1907, p. 161—177, con 10 figs.). Lo que se veía en el siglo XV y aun ahora es una nueva placa riquisimamente decorada que cubría la antigua. Tafur dice «de la cintura arriba», pero casi solo tiene pintada la cabeza. Es curiosa la observación de que tenía «un lunar», que no aparece hoy. (Cf. Cecchelli, L' Acheropita, en: Dedalo, VII [1926] 295—319.)

También Harff (p. 16) y Mariano da Firenze (p. 157) hacen notar que en la capilla no podían entrar mugeres (cosa no exclusiva de dicha capilla), pero no mencionan el incidente que provocaría tal prohibición.

e) Solo en Rucellai hemos visto mencionadas las dos campanas, que se dice eran «le prime campane che si facessino mai al mondo» (p. 571).

f) La coronación del papa tenía lugar en la capilla de San Silvestre, segun Mariano da Firenze (p. 157).

g) Casi todos los peregrinos medioevales hacen mención de estas reliquias. Citemos a Rucellai (p. 572).

12. De fuera d' ella en una gran plaça están muchos edifiçios e memorias antiguas; está la figura de aquel Muçio que deceró a Roma e, pensando matar al rey, mató a su privado, porque él se condenó e dexó quemar el braço derecho; éste está sobre un grant cavallo de latón dorado, e ovo buen maestro, así su figura como el cavallo en que está. E allí en torno de aquella plaça muchas e diversas cosas están, así de figuras como de mármoles e losas, e piedras con letras entalladas antiguas.

13. E allí cerca está el Coliseo que fué, segun dizen, el mayor e el mejor e más rico edificio que en el mundo fué fecho; e bien parece, aunque por la mayor parte está desfecho, su grandeza e maravillosa fábrica.

14. E sería largo de dezir cómo los romanos tienen [31] este Coliseo, e con tanta reverencia, e la estatua que allí tenían, tan grande que, teniendo los pies en el suelo, tenía la cabeza en lo más alto de la techumbre, sacando el braço derecho alto, e tenía en la mano una grant mançana —la qual está a la puerta de Sant Juan de Letrán— dizen que dando a entender como la redondeça del mundo era en su mano; e de allí dizen que los emperadores tomaron esta cerimonia de fazerse traer la mançana delante de sí.

12. La famosa estatua ecuestre de Marco Aurelio, que en la Edad media estaba cerca de San Juan de Letrán, ha sido tenida por la de Constantino, Teodorico, Marcus o Quintus Quirinus, segun al Mag. Gregorius (Marcus, hace notar Rushfort, p. 22, puede ser un eco del verdadero nombre: Marco Aurelio); Septimio Severo por Poggio (de Varietate Fortunae, p. 21) y Muffel (en 1452, segun Graf II, 566), y Commodo por Filarete que en 1465 la reprodujo en pequeño (Gregorovius VI, 693). Los «Mirabilia» no le dan ningun nombre y cuentan que fué erigida en memoria de un anónimo ciudadano que salió de la ciudad e hizo prisionero a un poderoso rey oriental que la tenía cercada. Rucellai, el contemporáneo de Tafur, oyó sin duda una explicación parecida, que es la que también escucharía Tafur. El darle el nombre de Mucio Scévola pudo ser cosa suya.

13—14. Segun las descripciones medioevales desde la de los «Mirabilia» (siglo XII) a la de Mariano da Firenze (siglo XVI) en medio del Coliseo, y no a un lado, habría estado el coloso de Nerón que, como es sabido, sufrió varias transformaciones, la más conocida como estatua del sol. Habría sustentado el techo, ya macizo, segun unos, ya el velamen. Casi todos advierten, como Tafur, que tenía una esfera (pomum) en la mano para indicar el poder o señorío del mundo. Tafur, como cosa propia, dice que sacaba la mano en alto por un supuesto agujero, como el del Panteón sin duda, y que de ahí procede la costumbre de hacerse traer los emperadores la manzana delante de sí. Algunos autores añaden que en la otra mano tenía la lanza (Mag. Gregorius), y varios que dicha esfera con la mano y aun la cabeza se veían en su tiempo en la plaza de Letrán. La redacción del 1250 de los «Mirabilia» (Jordan II, 511) dice de la esfera «quod modo palla Sansonis

5. *Salvatio civium.* 15. E dizen que esta estatua en torno d ella tenie todos los reves e principes del mundo, de cada uno su estatua con una cadena a la garganta de cada uno ligada a los pies de aquella grande estatua, así que, quando sabien que algun rey o príncipe se revelava contra Roma, derrivávanle su figura e proveyen contra él mandándole fazer guerra.

Como quier que ello sea, este Coliseo muestra aver seydo una muy magnifica e suntuosa obra.

16. Cerca d él están los palacios de Octaviano Augusto que dizen que él fizo e enfortalesció, porque le fué dicho por una de las Sebilas que, quando la Virgen pariese, su estatua caería; e esto fué en el avènement e nascimiento de Nuestro Señor; e cayó su palacio, e aun se dize que en cada año en el día del nascimiento de [32] Nuestro Señor una parte se cae; allí está grande altura como otero, e bien paresçe que de muy grande edificio derribado se fizo aquella altura; e allí paresçen muchos mármoles e losas e piedras grandes, e otras muchas cosas que muestran bien lo que deviera ser; e allí está un notable monesterio de la orden de San Bernaldo, que se llama Santa María la Nueva.

vocatur». Esto explica que Benjamín de Tudela, un siglo antes, pusiera en aquella plaza la estatua de Sansón (ed. cit. p. 57), refiriéndose sin duda a estos fragmentos, conservados aun en el Museo Capitolino, los cuales, por otra parte, no procedían del coloso de Nerón. Lo de Tafur: «con cuanta reverencia», alude al culto de que habría sido objeto dicha estatua, de cuyo culto dice pintorescamente el Mag. Gregorius: «Hanc dum Roma floruit quicumque Romam veniebat flexis genibus adorabat, Rome scilicet deferens honorem, cuius suplex venerabatur imaginem» (p. 49).

15. La Hamada *salvatio civium* la ponían los autores ya en el Panteón, ya en el Capitolio, ya en el Coliseo. Un autor árabe la supone en el palacio del papa. Era la colección de estatuas representativas de todas las provincias del imperio que, por arte de nigromancia, hacían una señal cuando se rebelaba una provincia. Segun unos la respectiva estatua daba media vuelta poniéndose de espaldas a la del centro, la colosal. Segun otros se movía haciendo sonar una campana o cascabel que pendía del cuello. El Mag. Gregorius les pone un *tintinnabulum argenteum quod omni metallo sonorius est* (p. 50). Tafur, como se ve, no hace uso del arte de encantamiento: la estatua era derribada, y aun añade una frase de duda. Cf. Graf I, 148 ss.

16. Graf ha escrito un largo capítulo sobre la leyenda de la sibila y Augusto, o la leyenda de Aracaeli, pero aun pudo escribir mucho más. La recensión de Tafur es una nueva variedad que tiene quizá el mayor parecido con la que da pocos años después Rucellai. Generalmente se hace pasar la acción en el Capitolio, en Aracaeli, pero ya los *Mirabilia* dicen que era *in camera Octaviani* es decir en su palacio. Tafur la supone también en el palacio de Augusto señalando sin duda los del Palatino. Rucellai dice que la cosa sucedió en el templum Pacis que

17. Está en Roma una yglesia que se llama Santa Cruz de Jerusalem, e allí está el título que fué puesto encima de la cruz de Nuestro Señor que dize: JHS NAZARENUS; e toda esta yglesia, así el suelo como las paredes e toda la obra, fué fecha de la tierra de Jerusalem trayda por laste en los navios quando Santa Elena envió las santas reliquias de Jerusalem a Roma; e aquí es indulgencia plenaria a culpa e pena.

18. Está otra yglesia muy notable que dizen Santa María la Redonda, que antiguamente de los romanos era población do tenían consejo, e es fundada sobre muy grandes colupnas e cubierta de plomo; e un día del año es plenaria indulgencia.

19. Otra yglesia está de dueñas do está la cabeça de Sant Juan Bautista; en su día es indulgencia plenaria.

20. Cerca de allí está una grant colupna de una piedra, la qual fué [33] fecha a memoria del emperador Trajano que fué de Castilla, natural de Pedraza, e dió las leyes a Roma por do oy ellos e nosotros usamos así en las batallas como en el regimiento público.

21. E allí tres o quatro a más arcos triunfales están, los quales los romanos a aquellos que venian vitoriosos fazian, entre los quales uno, que fué fecho a Jullio Çesar, es muy notablemente obrado.

22. Está aquí una yglesia muy antigua que llaman Escala Çeli, debaxo de la qual está un grant aposentamiento de bóveda so tierra, e allí algunas veces los romanos tenían consejo, e allí fué muerto Jullio Çesar por mano de Casio e Bruto.

aveva a durare insino que una vergine partorisce». Tafur inventa lo de fortificar el palacio, y lo de caer la estatua le viene de otras recensiones.

17. El título de la cruz, que hoy se conserva, fué encontrado en 1492 (Bulleti, p. 163, nota 4), pero antes debería haber ya otro que pasaba por el verdadero, segun cree Tafur. La Tradición quiere, en efecto, que Santa Elena hizo venir tierra de Jerusalem al construir la basilica, pero nuestro viajero exagera un poco demasiado al decir que toda estaba construida con tierra procedente de la santa ciudad.

18. No se encuentra en otros relatos de peregrinos la referencia de que el Panteón sirviera también como lugar de consejo. La palabra *población* me parece fuera de lugar aquí.

19. S. Silvestro in Capite, dicho así, de la reliquia. La tenían las monjas de Santa Clara, como también anota Rucellai (p. 576).

20. Trajano era, segun creencia más autorizada, hijo de Itálica, en la Bética, pero no faltan autores que lo hacen hijo de Pedraza de la Sierra, provincia de Segovia. Lo de que él diera «las leyes» a Roma se puede suponer una confusión con Justiniano.

21. El arco que Tafur atribuye a Cesar era sin duda el de Septimio Severo, pues ya hacen esta confusión los *Mirabilia* (Jordan II, 414).

22. La equivocación del nombre Escala Celi, por Aracaeli, se debe al recuerdo de la gran escalera que hay al pie de esta iglesia. El

17. Santo Cruz de Jerusalem

18. La Redonda

19. S. Silvestro in Capite

20. Columna de Trajano

21. Arcos triunfales

22. Ara Caeli

- S. María Mayor. 23. E luego está la yglesia de Santa María la Mayor donde en cierto día del año ay indulgencia plenaria, e a la puerta, en una grant plaça, ay una grant pila de una piedra de un pórfido que non se puede estimar el valor d ella; en esta yglesia ay muchas reliquias.
- S. Praxedis. 24. E junto con ella está una yglesia que llaman Santa Precidis donde está la mitad de la columna en que fué açotado Nuestro Señor, e allí está el cuerpo del bienaventurado Sant Gerónimo; e en su día ay plenaria indulgencia.
- S. Pietro Vincula. 25. Está la yglesia de Sant Pedro de Vincula, donde fué encarcelado; e ansi mesmo plenaria indulgencia.
- S. Tre Fontane. 26. Fuera del [31] muro está la yglesia donde fueron descabeçados Sant Pedro e Sant Pablo, en que están aquellas fuentes que son de agua muy provechosa; e ansi mesmo tiene indulgencia plenaria.
- S. Pablo. 27. E çerca de allí está el monesterio de Sant Pablo, muy notabio, de la Orden de Pedricadores, con esta misma indulgencia.
- Leyenda del papa Gregorio. 28. E otras cosas muchas, e santuarios, e indulgencias plenarias, e maravillosos edificios, que serie largo de dezir, en esta çibdat están. E porque los que vienen con entinción de visitar las cosas santas, mirando los edificios e obras antiguas que en la çibdat avía, el papa Gregorio mandó todos o la mayor parte d ellos derribar porque dexassen aquella visitación e siguiesen los santuarios, pero non se pudo tanto derribar que las más cosas o parte d ellas non parezcan aquello que fueron.
- apoyamiento de bóveda uno de tantos como habia en la vertiente del Capitolio, queria referirse a la Curia que está algo apartada, en San Adriano. Una iglesia de Scala Dei existía en Tre Fontane. Este nombre pudo ayudar a la confusión.
23. Entre los peregrinos solo hemos visto que mencione esta grant pila de piedra o vasca, Rucellai, que la describe así: Item, fuori sulla piazza dirimpetto alla porta di mezo uno vaso di porfido d'uno pezzo ritratto a modo di tazza in su colonnette, che il diametro suo puo essere braccia 4 en 5. (p. 569).
24. Se confunde Tafur en poner el cuerpo de San Jerónimo en Santa Práxedes, pues se veneraba en Santa María la Mayor (Rucellai, p. 569; Muratori, RIS, III, p. II, 842).
25. Otra confusión la de hacer de la iglesia que guarda la reliquia de las cadenas la cárcel donde habría estado San Pedro.
26. Tafur no recuerda, como Rucellai, lo de los tres saltos de la cabeza del apóstol al ser decapitado; se contenta con decir que el agua era muy provechosa. Supone, equivocadamente, que también San Pedro fué decapitado allí.
27. Se adivina que Tafur ya está cansado de recordar iglesias de Roma al hablar tan brevemente de la basílica de San Pablo.
28. Repetición por tercera vez de la leyenda de San Gregorio, anotada en n. 2.

29. Allí están las sepulturas de Remus e Rómulo, primeros edificadores de Roma; e están otras muchas estatuas ansi de ombres como de mugeres que por cosas que fezieron las pusieron allí a perpetua memoria.

30. Roma, que solie ser cabeça del mundo e agora es cola, en sus çirimonias non pierde nada de aquello que, quando sojudgava al mundo, tenia; pero está en tan baxo estado que dezirlo es vergonçoso. [35] Dizen que, por no perder el derecho que tienen a ser señores del mundo como ya lo fueron, que un día del año fazen una protestación contra el papa, diciendo que ellos están prestos para sojudgar el mundo segunt solian, que non pierden el derecho que d ello tienen, puesto que el papa ge lo estorva; e esta protestación se faze el martes de Carnestollendas. E pluguese a Dios que ya ellos fuesen para regir a si mismos, e non fuesen como los ytalianos dizen por ellos que son vituperio de la gente dados a todos vicios e todos los maltratan. Jamás fallé un ombre en Roma que me sopiese dar raçón de aquellas cosas antiguas por que yo demandava; mas creo que lo supieran dar de las tavernas e lugares desonestos. Dizen que por maravilla ninguno d ellos comen en sus casas; e bien muestran sus gestos e atavios, ansi de fuera como de dentro de casa, quien ellos son. Esto digo por la mayor parte, que non es dubda en tanta multitud que non aya algunos buenos. Dizen que Roma, aunque despoblada, tiene más gente que ningunt pueblo del mundo de christianos; pero en partes ay del muro adentro que non parece si non una montaña espesa, e ay muchas salvaginas que erian en aquellas cuevas, ansi como [36] liebres e raposos, e lobos e ciervos, e dizen que puererespines.

30. Juicio sobre Roma.

29. Por las tumbas de Rómulo y Remo entiende, sin duda, Tafur la famosa «meta» o pirámide existente entonces entre la mole Adriana y San Pedro, de la cual varios peregrinos hacen la tumba de Rómulo, y quizá la pirámide de Cestius, de la Porta S. Paolo. El Petrarca, entre otros, creía que esta pirámide de Cestius era el sepulcro de Remo, segun anota Poggio (De var. Fortunae, 9).

30. No sé exactamente a que puede referirse la protesta ante el papa de que hace mención Tafur, quien, por otra parte, no la vió. Quizá por alguna confusión se relacione con los juegos populares que se celebraban por Carnaval en Monte Testaccio, que precisamente no pudieron celebrarse aquel año, ni los dos anteriores (E. Rodocanachi, Histoire de Rome de 1354 a 1471, Paris 1922, p. 218). Rucellai, hablando de Monte Testaccio (p. 578), dice que cuando Roma señoreaba el mundo, los súbditos venian con los tributos a monte Testaccio y a continuación habla de los juegos de Carnaval que tenían lugar en él.

Sobre el estado deplorable e aun la corrupción de costumbres de la ciudad pueden verse los testimonios de Poggio (p. 7 y 21) y Biondo (fol. 18), y las referencias dadas por A. von Reumont en su Geschichte der Stadt Rom (Berlin 1868), t. III, parte I, p. 3—22, entre otros. Vespasiano da Bisticci (Vite di uomini illustri del sec. XV, Bologna 1892), en la vida del papa Eugenio IV, anota que al volver este pontífice a Roma, ésta era tornata per l'assenza del papa, come una terra di vaccai;

31. Pasquino y Marforio 31. Están en Roma dos estatuas, e dizen que fué quistión entre los villanos e fidalgos, diziendo los villanos que ¿por qué razón, seyendo hijos de un padre, era a saber, Adán, e por consiguiente Heva madre, que porqué los fidalgos los avian de preceder? E dize el villano en unas letras que tiene entalladas: cum pater Adam nobis est, mater Eva, cur igitur non sumus nobilitate pares? Respondió el fidalgo e dixo: Degenerant omnes viciis, fiuntque minores, exaltat virtus, nobilitatque mores. E de allí se dize los fidalgos quedar con mayor jurediçión, e aun se dize que aquella fué la cabsa por do se fizo la ley que ningun villano nin muger non pudiese aver consuladgo, la qual despues fué quebrada quando propuso en el senado Gayo Mario, segunt Salustio lo dize.

perchè si tenevano le pecore e le vache in sino dove sono oggi i banchi de' mercatanti».

De que aun por dentro los muros de la ciudad anduvieran toda clase de animales salvajes, nos dan una confirmación los «Diaria romana» del siglo XV al hablar de caceras. En una de 1480, muy célebre, a la que asistían hasta los niños, se nos habla de que muy cerca de la urbe «cervorum mirae magnitudinis et capriolorum vis maxima excitata fuit et capta, et ferae nonnullae manibus principum sunt comprehensae» (Muratori, XXIII, 104).

31. Aunque las referencias de Tafur son bastante vagas, creemos que, como ya apuntó Jiménez de la Espada (p. 569), las estatuas aludidas son las famosas de Pasquino y Marforio. De la de Marforio ya hay noticias en el siglo XIV (Gregorovius, VI, 693) y la citan con este nombre varios descripciones del siglo XV, como la de Biondo (fol. 31 v.) y Rucellai (p. 579). En cambio la de Pasquino no es mencionada con tal nombre en la mitad de dicho siglo XV. Rucellai, en 1450, se refiere sin duda a ella, al decir «una figura di marmo senza testa et senza braccia a casa uno cittadino in Pariome: buona figura et bene fatta quanto abbi Roma» (p. 579). Si las inscripciones que copia Tafur estaban realmente grabadas en dichas estatuas, como él parece afirmar, serían las primeras «pasquinate» conocidas. Sea como sea, su testimonio sobre este punto debió ser tenido en cuenta.

Postscriptum.— A última hora hemos visto el interesante artículo de O. Cartellieri: Pero Tafur ein spanischer Weltreisender des 15. Jahrhunderts, publicado en la „Festschrift für A. Cartellieri“ (Weimar 1927), p. 1—47. Ya no hemos podido aprovecharlo para nuestro estudio. El autor, segun manifiesta en una nota, quiere que sea más conocida la obra de Tafur (meine Studie will weitere Kreise auf den bemerkenswerten Reisebericht hinweisen). Para ello se limita a dibujar a grandes rasgos de mano maestra la silueta de Tafur y a dar un resumen muy detallado de las „Andanças“; resumen que, naturalmente, ofrece no pocos puntos de contacto con el de nuestro „Itinerario“.

## Das England-Erlebnis der Spanier in den Jahren 1554—1558

Von Ludwig Pfandl

### 1.

Am 6. Juli 1553, um 9 Uhr des Abends, erlischt das flackernde Lebenslicht des jugendlichen Königs Eduard VI. von England, der ein Sohn Heinrichs VIII. und der Hofdame Jane Seymour gewesen ist. Die den Leichnam sezierenden Ärzte kommen zu dem Ergebnis, daß „Seine gesegnete Hoheit vergiftet wurde“, aber sie vermögen nicht zu sagen, womit. Schon die gleichzeitigen Gesandten wissen es besser: „il a craché son poumon“ berichtet Noailles nach Paris. In der Tat ist der 16jährige Knabe keinem Gift und keinem Verbrechen, sondern einer ihm von seiner Mutter vererbten Lungenschwindsucht erlegen. Seine legitime Nachfolgerin wird Maria Tudor, das einzige noch lebende Kind aus der Ehe Heinrichs VIII. mit Katharina von Aragón. Sie steht jetzt, wo sie unversehens Königin von England wird, im 37. Lebensjahre, aber ihre freudlose Jugend, die häufige Angst um das Leben, die Last von Bitternis, Entsagung und erlittenem Unrecht, die seit den Kindertagen auf ihren Schultern ruht, haben sie älter gemacht als sie in Wirklichkeit ist. Schön war sie nie, auch in den Jahren der Mädchenblüte nicht. Jetzt aber ist sie eine ältliches, mageres, kaum mittelgroßes Fräulein mit welken Zügen, scharfen Kummerfalten, hellgrauen und immer etwas mißtrauischen Augen, verschüchterter Haltung und leisen, beinahe ängstlichen Bewegungen. Nur wenn sie spricht, ist man überrascht von der tiefen, klangvollen, fast männlichen, aber ungemein warmen und sympathischen Stimme. Ihr Temperament ist zur Güte und Milde geneigt: sie hat zeitlebens viel Liebe entbehren müssen und möchte jetzt gern ihre Liebe mit vollen Händen an alle verschenken. Ihr Herz fließt über von Mütterlichkeit und sie fühlt sich innerlich dazu berufen, ihrem Volke eine wahre Bringerin des Friedens und der Eintracht zu werden. Selten ist je eine regierende Herrscherin mit soviel Bereitschaft zum Heilen, zum Helfen, zum Wiedergutmachen, an ihr hohes Amt herangetreten. Sie ist aber bei alledem eine echte Tudor und hat von ihrem Vater den unbeugsamen Willen, die männliche Tatkraft und den unerschrockenen Mut geerbt. Davon wird sie, solange sie nicht ihre Todeskrankheit apathisch macht, mehr als ein überraschendes Beispiel geben.